

Este libro introduce en las principales líneas problemáticas que el campo grupal presenta. Aborda, con un criterio de elucidación crítica, autores clásicos en esta temática realizando un enfoque histórico-genealógico; indaga cómo las distintas corrientes disciplinarias han constituido sus discursos y saberes, sus dominios de objeto, sus dispositivos de intervención; analiza la constitución de diversas prácticas grupales, sus demarcaciones disciplinarias y sus impensables teóricas.

A lo largo del texto Ana María Fernández realiza puntuaciones que permiten focalizar aquellos núcleos teórico-prácticos que en sus insistencias producen las principales demarcaciones del campo grupal. Advierte sobre algunos lugares comunes que han cristalizado en los saberes y prácticas grupales en nuestro medio, proponiendo al lector algunas localizaciones críticas que ofrece como sus notas para una genealogía de lo grupal. También despliega sus propias ideas sobre los grupos, que en la última parte de la obra toman forma sistemática.

Obra original y polémica desde un sostenido referente epistemológico, sus preocupaciones transitan tanto por las cuestiones fundamentales de la clínica grupal como por los debates actuales de las ciencias sociales.

Ana María Fernández

El campo grupal

El campo grupal

Notas para una genealogía

Ana María Fernández

Nueva Visión

I.S.B.N. 950-602-197-X



Psicología
Contemporánea



Algunas fechas por el tiempo
las líneas completadas, e
los desviados por lo TC
practicar en espacios de
7 profundizará completado
en los puntos.

Ana María Fernández: El campo grupal

A Nicolás, Emilia y Francisco,
mis hijos.

Colección Psicología Contemporánea

Ana María Fernández

El campo grupal
Notas para una genealogía

Prólogo de Armando Bauleo

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

302.34 Fernández, Ana María
FER El campo grupal. Notas para una genealogía - 1ª ed.
11ª reimp.- Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.
192 p., 19x13 cm - (Psicología Contemporánea)

I.S.B.N. 950-602-197-X

I. Título - 1. Psicología grupal

**LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO
Y ES UN DELITO**



Toda reproducción total o parcial de esta obra por cualquier sistema –incluyendo el fotocopiado– que no haya sido expresamente autorizada por el editor constituye una infracción a los derechos del autor y será reprimida con penas de hasta seis años de prisión (art. 62 de la ley 11.723 y art. 172 del Código Penal).

© 1986 por Ediciones Nueva Visión SAIC. Tucumán 3748, (1189) Buenos Aires, República Argentina. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

El libro que aquí se presenta tiene su antecedente en el trabajo original escrito como postulante al Concurso de la Cátedra de Teoría y Técnica de Grupos de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, sustanciado en 1985.

Aquella primera producción tenía como eje el tema solicitado en tal concurso: “¿Existen los grupos humanos. Fundamentaciones”. Sucesivas reelaboraciones han transformado aquel texto de setenta páginas en el volumen que se ofrece hoy a su publicación. Si bien luego de casi tres años de trabajo poco queda de aquel primer texto, el actual conserva un eje de ciertos recorridos temáticos y de autores, consecuencia del requisito académico en el marco del cual fueron pensados los problemas centrales de este libro.

Fuerte motor de sus distintas versiones ha sido el diálogo con los alumnos, quienes con sus preguntas e impresiones han orientado muchos de sus tramos. Al mismo tiempo, la discusión y la crítica del equipo docente de dicha cátedra han permitido su enriquecimiento y profundización.

Sin el estímulo de tal marco académico es probable que este libro no hubiera sido posible.

Sus páginas llevan la impronta de largos diálogos con Juan Carlos de Brasi, Marcelo Percia y José Antonio Castorina. Su presencia va mucho más allá de las citas en que son mencionados puntualmente. También llevan el afecto y la eficiencia de Mercedes López, Sandra Borakievich e Isabel Temprano, quienes realizaron el “invisible” trabajo mecanográfico.

A todos ellos, muchas gracias.

*Ana María Fernández
Buenos Aires, diciembre de 1988.*

**PROLOGO DE UNO INCLUIDO COMO LECTOR
EN EL TEXTO *EL CAMPO GRUPAL:*
*NOTAS PARA UNA GENEALOGÍA***

Estoy de acuerdo con Ana María Fernández, Pavlovsky, Eco, etc., en que la inclusión del lector pueda proporcionar otras extensiones o entendimientos a un texto. De todas formas, en un momento determinado, me pregunté si me incluí solo o alguien me había empujado. Mis recuerdos son confusos pero me pareció inútil esta diferenciación, sobre todo cuando ya me encontraba sumido en la lectura del libro.

Lectura complicada ya que existen al menos dos niveles o líneas que me comprometen (en este caso me incluyen de más) haciéndome más intrincada esa lectura. Una de las líneas, el contenido del libro, polémico, interesante; la segunda línea, mi conocimiento de Ana María y del contexto socio-cultural (y profesional) argentino, y sobre todo de Buenos Aires.

Empecemos por esta segunda línea. Entiendo que Ana María debe efectuar ciertos pasos o subrayar ciertas denominaciones para que el contexto porteño no se cierre en los prejuicios que se esconden, muchas veces, detrás de la búsqueda de "precisión" de ciertas nociones. Observo que debe luchar dentro de un particular contexto cultural en el cual los conceptos o las tendencias continúan, a veces, aglutinados con las instituciones. De ahí resulta que si se desea polemizar sobre una noción, ciertos profesionales o ciertas instituciones se sienten agraviados.

Nuestro alejamiento de la A.P.A., a través de Plataforma, tenía como una de sus finalidades comenzar a romper aquella aglutinación. Esa finalidad era ensayar y observar si el pensamiento psi-

coanalítico podía continuar su desenvolvimiento fuera de su institucionalización. No buscaba promover la autodesignación ni el ritual del pase, sino más bien colocar en otra disposición los interrogantes sobre la transmisión como así también situar otra actitud sobre esa línea ondulante que corresponde a la historia de los conceptos. Es decir, no quedar sumidos y agarrados, en lo que J. C. De Brasi sintetiza en una simpática e irónica frase: "Basta de jefes, el jefe".¹

En su libro, Ana María Fernández es minuciosa y cada paso se transforma en "dos pasos adelante, uno atrás" es decir, va y viene en cada cuestión no sólo como manera de encadenar sus apreciaciones en la aparición e historia de las nociones, sino también para señalar lo que éstas aportaron al campo grupal y cómo ellas deberían ser sometidas a una elucidación crítica.

Esa minuciosidad apunta a dos cuestiones: una, metodológica, donde se realiza un punteo de los elementos enunciados hasta ahora en el campo grupal, para luego analizar cómo se fueron transformando —en el mejor caso— o reproduciendo —en el peor— modificando la comprensión de las prácticas en dicho campo grupal. (Lo de mejor o peor va a cuenta mía, no sé si es un "valorativo" teórico o simplemente emocional.) La segunda cuestión, en lo que a minuciosidad respecta, se refiere a la lucha cultural. El libro señala la necesidad de evitar las descalificaciones basadas en imágenes y prejuicios que suelen encontrarse en la base de algunas falsas opciones (¿puede considerarse psicoanálisis el trabajo con grupos? ¿es legítimo realizar esta tarea por fuera de las Asociaciones Psicoanalíticas?). Revaloriza el papel que pueden desempeñar las contradicciones teóricas y prácticas que surgen inevitablemente en el trabajo de un campo tan contrastante como el grupal.

Entremos en la primera línea del por qué era complicada la lectura. Si dije que es un libro "interesante" con esto no me refiero particularmente a que sea bello o atractivo en sentido literario; no hace soñar con paraísos perdidos, ni permite una falsa complacencia o una mera complicidad. Es interesante al revés: por las polémicas

¹ De Brasi, J. C. "Desarrollos sobre el grupo - Formación", en *Lo Grupal* 5, Búsqueda, Buenos Aires, 1987.

que suscita, por las opiniones contrastantes que estimula, por las hipótesis que abre, por los sentimientos que provoca. Es un interés despertado por el deseo de una disputa alrededor de los contenidos, de las apreciaciones y de la misma historia que desarrolla. De aquí que este "interesante" sea más interesante.

Veamos algunas problemáticas.

Un problema inicial surge ya en la página 17, en la cual dice: "Así las cosas, los discursos con respecto a la grupalidad fueron organizando una infatigable Torre de Babel". En la página 19: "se enfatiza una diferenciación: *los grupos no son lo grupal*, importa por lo tanto una teoría de lo que hacemos y no una teoría de lo que es [...] Cómo se construyen los conocimientos sobre lo grupal [y no] qué son los grupos".

Subrayé en la frase de la página 17 porque no sé bien si la palabra "grupalidad" suplanta a "los grupos". Es decir si la frase no debería decir "... los discursos respecto a los grupos organizaron una infatigable Torre de Babel". Siempre he tenido dudas sobre la relación (o correlación) entre grupo-grupos-campo grupal-lo grupal-grupalidad.

Continuando de acuerdo con Ana María en no comentar qué son los grupos sino los conocimientos sobre el campo grupal, quisiera aclarar cierta línea de investigación que continúo desde más o menos seis años, sobre cierta problemática.

Hagamos una hipótesis: podría ser que la genealogía de la grupalidad no fuera la misma que una genealogía del campo grupal. Mientras esta última reconoce un momento renacentista, en el cual la palabra enunciada ya podría señalar el enjambre de relaciones que se establecen en tanto se organiza un conjunto de personas, en la primera la cuestión es más espinosa.

En la grupalidad, su enunciabilidad es mucho más joven, podríamos decir de fines de siglo pasado, y luego resurge después de la Segunda Guerra Mundial, pero su historia como proceso, para todos los autores, se hunde en la prehistoria.

De esta manera la "grupalidad" aparecería o señalaría una situación anterior a socialidad y a individualidad. Lo que me llevó a investigar esta línea es que yo mismo indicaba lo grupal como mediación o como intermediario, entre la sociedad y el individuo. Sobre todo porque la mediación y el intermediario parecían ligados al

proceso de transformación y cambio (pág. 54 de esta obra) importante en nuestra perspectiva del proceso grupal, difícil de imaginar, al cual Pichon Rivière le asignaba la figura de “espiral”.

Entonces tuve que pensar en adelante yendo hacia atrás. Reflexioné que si Freud decía que primero era la Psicología Social y luego se instalaba una Psicología Individual (Psicología de las Masas y Análisis del Yo) no sólo hablaba de campos disciplinarios sino también de procesos mentales. Entonces creí observar que “Psicología Social” era la manera de dar una denominación a un engarce de elementos, anteriores al surgimiento de la individualidad. Pude observar que tanto en trabajos anteriores (*Tótem y Tabú*) como en sus apreciaciones de lo filogenético, Freud no se apartaba de lo que en aquella frase había sintetizado.

Esto me estimuló a buscar en otros autores. Uno de los que más atraen a esta cuestión es Pierre Clastres² y sus labores en Antropología Política, los artículos que anteceden al famoso manuscrito de La Boétie “La servidumbre voluntaria”, en los cuales Clastres y Laforgue discuten y establecen la problemática relación entre lo Uno y lo Múltiple. A esto se adjuntará Badiou³ señalando al “dos hegeliano” como una vía de movimiento en la comprensión del Uno y lo Múltiple. Vayamos agregando los estudios sobre cultura cretense, en el período minoico,⁴ los trabajos sobre el pasaje de la oralidad a la escritura.⁵

Algunas frases de Clastres para repensar aquel mundo primitivo: “Ciertas cosas no pueden funcionar según el modelo primitivo sino cuando la población es poco numerosa. O, en otras palabras, para que una sociedad sea primitiva es necesario que sea numéricamente exigua”.

Después describe ese tipo de mundo con una economía de subsistencia (otro tipo de rapport entre tiempo-trabajo-ocio), la divi-

² Clastres, P. *La società contro lo Stato*, Feltrinelli, Roma, 1977 y *Antropología política*, Gedisa, Barcelona, 1984.

³ Badiou, A. *Théorie du sujet.*, Du Seuil, París, 1982.

⁴ Faure, P. *La vita quotidiana a Creta ai tempi di Minosse*, Rizzoli, Milano, 1983.

⁵ Cole, M. *Storia sociale dei processi cognitivi*, Giunti-Barbera, Firenze, 1976. Oppenheim, A. L. *La Antica Mesopotamia. Ritratto de una civiltà*, Newton-Compton, Roma, 1980.

sión sexual del trabajo, “estas sociedades, sin Estado, sin escritura, sin historia, son también sin mercado” (*La Società contro lo Stato*). No quisiera aquí abundar en estos detalles, sólo deseo indicar por dónde moverse en la búsqueda de datos para pensar la “situación primitiva”.

En el mismo psicoanálisis, pueden encontrarse ciertos ejemplos de esta problemática. Unos pocos años después de *Tótem y Tabú*, Ferenczi escribe su *Thalassa*. Pero fue un discípulo de él, Imre Hermann,⁶ últimamente resurgido y señalado como un autor “interesante e importante” por todas las tendencias psicoanalíticas, quien retoma y desarrolla nuestra temática, a partir del punto particular de “la naturaleza de los instintos primitivos”.

Volviendo a Freud señalaré que en varios momentos de su obra indica la correlación entre “la neurosis, el comportamiento infantil y el del hombre primitivo.” Podríamos entenderlo “cualquiera que se condujese como un primitivo en nuestro mundo actual sería visto como un niño o como un neurótico”.

Fui expresando ciertas ideas que estoy investigando y contrastando que permiten pensar la grupalidad antes de que se configuren la socialidad y la individualidad (y las disciplinas que se fueron haciendo cargo).

Otras interrogaciones se abren cuando las dos genealogías (la de los grupos y la de la grupalidad) se “tocan”. No sabría decir bien en cuántos momentos o circunstancias esto acontece, o para resolver qué problemas teóricos, pero puedo plantear como hipótesis (continúa siendo una investigación) que después de la Segunda Guerra Mundial —una de las más feroces que conmovió todos los niveles de las estructuras sociales e individuales— los trabajos de búsqueda sobre el desarrollo de los grupos llegan a hacer contactar aquellas dos genealogías. Retomaré sólo los casos de Bion y de Pichon Rivière, nombrados con abundancia y con rigurosidad por Ana María.

La autora del libro los nombra en función de cierto cariz del trabajo que ellos realizaron, pero yo insistiré en otro tipo de análisis.

⁶ Hermann, Imre. *L'instinct filial*, Denöel, París, 1971. En húngaro, 1ª edición, 1943, se llamaba *Los instintos arcaicos en el hombre*. Ferenczi, S. *Thalassa. Psichonalyse des origines de la vie sexuelle*, PEP n° 28, Payot, París.

Primero, los dos tenían conciencia de en qué contexto estaban trabajando, como así también de sus inclusiones profesionales, políticas y sociales y —lo que es más— eran conscientes de cuáles podrían ser los “alcances” de sus labores en estos ámbitos (¡hasta dónde podían o qué era posible lograr!). También tenían una cierta idea de la “extensión” de sus prácticas grupales. Por lo tanto sería útil rever aquí el desplazamiento que sufre el marco visible-invisible en comparación con otros autores. Por otro lado, dentro de sus mismos trabajos sería necesario observar otro movimiento o perspectiva.

Sin caer en “qué son los grupos” y manteniéndonos en “cómo se construyen los conocimientos sobre lo grupal”, pienso que ambos autores nos indican que es necesario construir una perspectiva “claro-oscuro” de los grupos en la y desde la cual trabajar. Si dejo a las nociones de visibilidad-invisibilidad las connotaciones que Ana María les dio, utilizo el “claro-oscuro” para marcar que estos autores indican que solamente una perspectiva no positivista, permitiría otra elaboración del campo grupal.

Si no fuera así no sería comprensible qué significa “grupo externo-grupo interno” en Pichon Rivière y “presupuesto de base” en Bion, ya que el primero estipula que es necesaria una cierta colocación del observador para elaborar los conocimientos correspondientes a los “claros-oscuros” del campo grupal, incluyendo desde ya las apreciaciones sobre lo visible-invisible, expresados por Ana María.

Para Bion, los presupuestos de base, no están sólo como organizadores del grupo, sino también en la mente del sujeto como una de sus formas de estructuración. “Bion indica que los presupuestos de base tienen una sola matriz y muestra cómo ellos pueden alternar o sustituirse automáticamente los unos a los otros evolucionando en la forma psicológica de tal “sistema protomental común”. “El concepto de presupuesto de base es una idea-clave para la aproximación psiconalítica del grupo y de la vida colectiva”. Bion piensa que “las ansiedades primitivas ligadas a la relación con objetos parciales son la fuente principal de todo comportamiento de grupo” y más especialmente que “los presupuestos de base son formaciones secundarias en relación a una escena primaria muy primitiva

que se desenvuelve a nivel de los objetos parciales y que está asociada a angustias psicóticas y a mecanismos de clivaje y a identificaciones proyectivas”.⁷

Bion, a diferencia de Anzieu, dice: “Podemos, en efecto, considerar como manifestaciones del carácter de las relaciones a nivel de objetos parciales: lo incoercible y la violencia de ciertos comportamientos de los individuos considerados como miembros de un grupo de base, el hecho de que personas maduras y creativas puedan dar lugar, cuando ellas están reunidas, a formas de construcción de grupos (*gruppificazione*) altamente patológicos, la inhibición del pensamiento, bastante frecuente en grupos numerosos o altamente institucionalizados”. No habla de transferencias positivas o negativas que, para él, tienen otra connotación.

Pero también, tanto para Bion como para Pichon Rivière, un otro concepto forma parte de los conocimientos del campo grupal. Estoy hablando de la contratransferencia y de la contraidentificación proyectiva (que para nosotros harían más densa la noción de implicación).

Por lo tanto los cuerpos conceptuales que hacen a la grupalidad, —a incluir en el campo grupal— señalan (creando) un entrecruce muy original de nociones que indican que para el trabajo en el proceso grupal “claro-oscuro”, no alcanzan o bastan nociones positivistas, porque ahí están en juego conocimientos sobre la agrupación, el psiquismo individual, la grupalidad (“la vida colectiva” o “la escena primaria muy primitiva”), la transferencia y contratransferencia. En tal sentido, la elucidación crítica es “corta” si solamente es moral y no de inclusión. Se vuelve necesaria no sólo una visión hacia afuera sino una mirada hacia adentro. El “claro-oscuro” apunta a la organización compleja y caleidoscópica del conocimiento que entabla las nociones antes indicadas.

Pero también ese complejo conocimiento tendría que dar cuenta de ese contacto entre genealogía de la grupalidad y genealogía de los grupos. Un esbozo de esta cuestión estaría en Bleger “sociedad

⁷ Neri, Claudio “Les presupposés de base”, en: *Bion y los grupos*, Rev. Française de Psychothérapie de Groupe, París, 1986. Neri, C. *Lecture Bioniane*, Borla, 1988.

sincrética y sociedad por interacción”, uno de los pioneros en estas perspectivas.⁸

Hice estas consideraciones también siguiendo los pasos freudianos. Si la teoría de Freud tiene tres soportes, como él mismo afirma: Sexualidad infantil, Represión y Transferencia, podemos ver que en uno de ellos existe un elemento hipotético importante. Me refiero al concepto de represión primaria. Hipótesis necesaria para seguir pensando el aparato psíquico.

Creo haber demostrado hasta dónde el libro de Ana María Fernández puede estimular nuestras intuiciones, o ensamblar pensamientos perdidos, o atraernos y envolvernos en una polémica fascinante, o simplemente ayudarnos a reflexionar.

Como puede imaginarse esperamos las respuestas (es decir, con otros que también creo abrirán interrogaciones), así que estoy curioso esperando el segundo tomo sobre estos argumentos.

Armando Bauleo
Venezia, junio de 1989.

⁸Meltzer, D. *Lo siluppo kleiniano*, T. 3 Bion, Borla, Roma, 1982 y *Studi di Metapsicologia Allargata*, F. Cortina, Milano, 1987. Bleger, J. *Temas de Psicología*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1978.

INTRODUCCION

Elucidar es el trabajo por el cual los hombres intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan.

C. Castoriadis

A. Para una elucidación crítica del campo grupal

Es indudable que a partir de la institución de los primeros dispositivos grupales, mucho se ha escrito sobre grupos. Puede observarse que a lo largo de los últimos cincuenta años se implementaron formas de trabajo muy diversas que incluyen abordajes colectivos entre sus recursos tecnológicos: capacitación de personal de empresas, modernas pedagogías, programación de actividades creativas, gestión de participación social, implementación de políticas de salud, proyectos de investigación-acción, educación sexual, investigaciones participativas, intervenciones comunitarias, etcétera. Los campos de aplicación que llegaron a instituirse en este terreno hubieran sido francamente impensables en décadas anteriores.

El campo de la clínica no quedó por fuera de este fenómeno; con notable celeridad se multiplicaron diferentes dispositivos de pequeño grupo con fines psicoterapéuticos, apoyados —con mayor o menor fortuna— en distintos referentes teóricos.

Así las cosas, los discursos con respecto a la grupalidad fueron organizando una infatigable Torre de Babel. ¿Cómo transitar por ella? Los múltiples campos de intervención instituidos, las variadas técnicas implementadas, la enunciación de discursos teóricos de diverso origen dibujaron, en su devenir, un cierto recorte disciplinario. Sin embargo no puede considerarse —hasta el presente— que sea pertinente hablar de un cuerpo teórico sistemático de lo grupal. Lo que sí puede encontrarse en su Babel es un damero de opciones

teórico-técnicas y ciertos perfiles profesionales que utilizan abordajes grupales en sus respectivos campos de trabajo.

Otra vez la pregunta: ¿cómo organizar una indagación de las producciones que tal campo despliega? ¿Desde qué criterios poner a consideración su legitimidad disciplinaria? ¿Con qué formas de lectura localizar aquellos nudos problemáticos que insisten y atraviesan los diversos dispositivos que se instituyen?

La propuesta que aquí se presenta intenta introducir al lector en algunas de las principales líneas problemáticas que el campo de lo grupal presenta. En lugar de realizar un recorrido por las diferentes teorías sobre grupos aspira a plantear problemas. En tal sentido, cuando se detiene en alguna de ellas no trata de presentar sus ideas en apretada síntesis: más bien se apoya en sus nociones para interrogar los problemas que tales teorizaciones han hecho posibles y así analizar sus criterios de demarcación y la inscripción de sus prácticas. Interroga algunas producciones teóricas problematizándolas; las abre a la crítica: pregunta de qué premisas partió un autor o corriente, qué interrogaciones se formuló, cómo las respondió, por qué habrá producido tales respuestas y no otras, cuáles fueron sus impensables. Desde sus respuestas reconstruir sus preguntas, desde sus enunciados teóricos inferir las condiciones de posibilidad de tal producción. Desplegar sus enunciados para poder sostener un desafío: ¿cómo hacer para pensar tales problemas de otro modo?

En síntesis, se propone un criterio de *elucidación crítica*:

Elucidar es una: labor propositiva, una exploración acerca de... inacabada, sujeta a revisiones y ajustes provisorios, aunque no por eso menos rigurosos; se tratará de pensar sobre lo hecho mientras se buscará conocer con mayor precisión eso que como hecho deberá ser deshecho, para entender su irradiada composición, otorgando a la actividad de-constructiva un lugar central en la tarea de elucidación.¹

Se hace necesario para tales objetivos, en primer lugar, una remisión histórica a los saberes y prácticas grupales; historia en un

¹ De Brasi, J.C. "Elucidaciones sobre el ECRO", en *Lo Grupal 4*, Búsqueda, Buenos Aires, 1986.

sentido genealógico, es decir con el interés de indagar cómo se han constituido los saberes sus discursos, sus diseños grupales, sus dominios de objeto, la institución de sus prácticas y sus demarcaciones disciplinarias. Analizar, por lo tanto, las condiciones de producción de tales saberes: teóricas y epistémicas, pero también institucionales e histórico-sociales; en síntesis, no sólo lo que una teoría dice, sino las formas históricas de gestión de los conocimientos que enuncia; no ya la descripción de sus prácticas, sino más bien el análisis de las demandas a las que tales prácticas dan respuesta.

En rigor de verdad, este libro no desarrolla el conjunto de de-construcciones y re-construcciones de las teorías y prácticas que un estudio genealógico exigiría. Pero sí, en el marco de lo antedicho, propone algunas puntuaciones que permitan focalizar los núcleos que —en sus insistencias— conforman ciertas demarcaciones del campo grupal.

Si bien no despliega el exhaustivo recorrido historiográfico que el rigor genealógico necesita, abre ciertos signos de pregunta sobre algunos lugares comunes que han cristalizado en los saberes y prácticas grupales en nuestro medio. En tal sentido es que aquí se habla de puntuaciones, proponiendo al lector algunas localizaciones críticas que ofrece como sus notas —sus primeras notas— para una genealogía de lo grupal. Su intención se aleja de definir qué son los grupos, y se orienta a esbozar algunas ideas que otorguen instrumentos básicos para pensar una teoría de lo que hacemos cuando instituímos grupos.

En primer lugar, se enfatiza una diferenciación: *los grupos no son lo grupal*; importa por lo tanto una teoría de lo que hacemos y no una teoría de lo que es.² En ese sentido su preocupación es epistémica (cómo se construyen los conocimientos sobre lo grupal) y no óptica (qué son los grupos).

En segundo lugar, es importante subrayar que las diferentes teorías sobre lo grupal —como de todo campo disciplinario— no son sólo producciones discursivas; son, por el contrario, el resultado de una serie de factores articulados. Interesa reflexionar, particularmente, sobre la relación existente entre un cuerpo teórico y el dise-

² Deleuze, G. *Empirismo y subjetividad*, Gedisa, Barcelona, 1977.

ño técnico que organiza sus formas de trabajo grupal, el lugar que tal corriente o pensador sostenga como sus *a priori* en la tensión singular-colectivo,³ la demanda socio-histórica a la que sus dispositivos son respuesta y, en muchos casos, las urgencias de legitimación institucional que marcan sus indagaciones.

En tercer lugar, no hay que olvidar que una teoría demarca sus áreas de visibilidad e invisibilidad, sus enunciados y sus silencios, como resultado de la articulación de los factores mencionados. En tal sentido, una indagación que se propone crítica lejos estará de buscar acuerdos o desacuerdos con los autores abordados. Desplegará sus reflexiones en los pliegues de visibilidades y enunciados, en las soluciones de compromiso entre discursos, prácticas y demandas; entre los "themas" que demarcan sus preocupaciones teóricas y aquellas regiones que han permanecido como impensables.

Un trabajo de elucidación crítica abre la posibilidad de focalizar entre los cursos y recursos de la Babel de los grupos aquellas áreas de visibilidad sobre los acontecimientos grupales que determinados dispositivos grupales han posibilitado y cuáles han quedado necesariamente invisibles. Lo invisible dentro de una teoría, es el resultado necesario y no contingente de la forma en que se ha estructurado dentro de ella el campo de lo visible. Por lo tanto "crítica" aquí no significa, como se señala líneas arriba, evidenciar los errores, mostrar desacuerdos o adhesiones, sino más bien presuponer que aquello que una teoría "no ve" es interior al ver; en tal sentido sus invisibles son sus objetos prohibidos o denegados; puede pensarse entonces que el nivel de lo enunciable que una teoría despliega será la transacción, el compromiso discursivo, pero también institucional-histórico de sus visibilidades y sus invisibilidades, de aquello que le es posible pensar y de sus impensables, de sus objetos afirmados y sus objetos denegados.

Teorizaciones posteriores, en tanto acumulan, refutan, redefinen las producciones teóricas previas y se sitúan desde otras demandas sociales y otros marcos institucionales, producen a su vez dispositivos grupales que generan "fenómenos" grupales y/o se po-

³ Véase capítulo II.

sicionan en otro lugar del *a priori* individuo-sociedad construyendo otros enunciados teóricos. Estos nuevos discursos, por ende, circularán desde otras transacciones entre lo visible y lo invisible, se organizarán desde otras demarcaciones y gestionarán prácticas guiadas por sus propias preocupaciones teórico-técnicas.

En síntesis, el criterio propuesto no se sostiene en la premura de legitimar lo que ya se sabe, sino en abrir interrogaciones sobre lo enunciado y sus prácticas que permita, a su vez, pensar los problemas de otro modo. En tal sentido se propone un doble camino de de-construcción y re-construcción de teorías y prácticas. Esto tiene varias implicancias, fundamentalmente la intención de de-sustanciar los conceptos y desmarcar la lectura, el texto, el autor de un efecto de verdad, juego de de-construcción/re-construcción que al poner en evidencia los silencios de enunciado, los objetos denegados, los impensables en su doble dimensión, teórica y profesional, haga posible pensar de otro modo los problemas recurrentes de la disciplina y cree condiciones para pensar lo hasta entonces impensable.

Por eso *elucidación que se propone crítica y en tanto crítica, ética.*

Obviamente, presentar una elucidación crítica con todos los requisitos señalados en esta introducción conformaría una obra de envergadura muy superior a los objetivos de este libro. Sería muy interesante al respecto, una labor colectiva; frente a tal anhelo es que se espera puedan resultar de utilidad estas *primeras notas para una genealogía del campo grupal.*

B. Una manera de leer, una manera de pensar

La manera de leer que una actitud de elucidación crítica implica se aleja cuidadosamente de un tipo de abordaje a los textos y autores muy difundido en el medio "psi". Necesariamente debe buscar criterios de lectura que se aparten del texto-verdad, es decir se distancien del supuesto por el cual la práctica de lectura es un acto de revelación; esta forma "bíblica" de pensar el texto como continente

de una verdad-revelada-ahí pone al lector en una única posición: el desciframiento; su práctica-religiosa, se dirige a la repetición descifrada —con mayor o menor fortuna— de las enseñanzas de un maestro, poseedor de dicha verdad. Bueno es aclarar que si bien esta manera de leer suele ser muy característica en el medio “psi”, no es privativa de él; muy por el contrario, puede observarse en diversos medios académicos y políticos.

Varias son las consecuencias de esta manera de leer; una de las más relevantes es la dogmatización del cuerpo teórico; este proceso posibilita en el plano teórico mismo la gestión de una ilusión: la teoría completa; a partir de esta ficción ninguna invisibilidad será posible de ser pensada, la actitud de interrogación caerá bajo sospecha, las falacias de autoridad serán una práctica cotidiana de legitimación.

Un efecto institucional muy característico de esta situación es la repetición al infinito de la necesidad —podría decirse la urgencia— de clasificaciones que tipifiquen a sus integrantes en ortodoxos y heterodoxos; expulsiones, rupturas y fracciones y pleitos de membresía se suceden cotidianamente.

Estos procesos teórico-institucionales van produciendo una transformación en la posición del discurso en cuestión: *de constituir un discurso autorizado* —legítimamente autorizado por su sistematización teórica, su rigor metodológico, etc.— *pasa a instituirse como el discurso de la autoridad.*

Frente a esta forma de lectura es importante evitar tanto la sumisión a la repetición del discurso legitimado, como la descalificación de sus valores de enunciado.⁴ Por ambos caminos, aunque de diferente, se empobrece la reflexión teórica. El campo grupal no presenta un cuerpo teórico sistematizado; en ese sentido esta situación podría transformarse en una ventaja ya que puede ofrecer mejores condiciones para la formación de un método de pensamiento crítico. Para ello deberá desandar un camino que ha recorrido en los últimos tiempos; aquel que ha intentado territorializarlo como un campo de aplicación de campos teóricos instituidos como sistemas conceptuales totalizadores.

⁴ Esta descalificación suele ser expresión de rebeldías fallidas frente a los efectos de autoritarismo teórico mencionados.

La tradición de la *teoría crítica*⁵ ha evitado la producción de sistemas teóricos cerrados, prefiriendo el contrapunto y la interrogación con diversos sistemas de pensamiento. En ese sentido es que en esta propuesta se ha elegido un criterio de lectura de-construcción/re-construcción donde los enlaces teóricos puedan realizarse a través de confrontaciones locales y no globales; donde las teorías puedan pensarse desde lo múltiple y no desde lo uno.

Uno de los propósitos de este libro es proporcionar algunas herramientas conceptuales que ayuden a desdibujar los círculos que muchas veces encierran importantes producciones teóricas en grandes relatos totalizadores. Cuando un sistema teórico se totaliza o bien sufre un proceso de banalización al ser “aplicado” a otros campos disciplinarios o bien opera reduccionismos insalvables sobre el campo en cuestión. Por el contrario, si se crean condiciones para su des-totalización, al trabajarse sus conceptos local y no globalmente, éstos vuelven a adquirir la polivalencia teórica imprescindible para producir nuevas nociones, para pensar articulaciones hasta ahora invisibles, cuestionar sus certezas, pensar aquello que había quedado como impensable. En síntesis, el contrapunto y la interrogación como método para que las teorías mantengan su vigor en la subversión de aquello que se ha cristalizado como obvio.

Al mismo tiempo, y desde esta perspectiva, la legitimación del campo grupal no pasaría por lograr constituir una Teoría de los Grupos sino por plantearse tal espacio como un *campo de problemáticas* en el seno del cual habría que discutir sus criterios de demarcación, los rigores epistémicos y metodológicos para que sus contrapuntos locales y no globales puedan operar como “caja de herramientas” y no como *patch-work* teóricos y donde —en función de lo anterior— se pueda:

diluir el fantasma que atraviesa las formaciones grupales, fantasma que confunde las acciones en grupo (dispersivas e intrascendentes) con las experiencias grupales que se realizan orientadas por una concepción desde la cual se analizan y justifican.⁶

⁵ Jay, M. *La imaginación dialéctica* Taurus, Madrid, 1986.

⁶ De Brasi, J.C. “Desarrollos sobre el Grupo Formación”, en *Lo Grupal 5* Búsqueda, Buenos Aires, 1987.

C. Los tres momentos epistémicos

Con el propósito de buscar algún ordenamiento para la indagación a realizar a través de la Babel de los grupos, se señalarán tres momentos epistémicos. En la constitución de saberes y quehaceres grupales, tales momentos, más que indicar un sentido cronológico, expresan ciertas formas características de pensar las legalidades grupales. No puede decirse que unos sucedan a otros linealmente, sino que si bien es posible delimitarlos con cierta claridad, frecuentemente se pueden encontrar rasgos de un momento epistémico en los siguientes.

Los autores o corrientes que se analizan en cada uno de ellos no son excluyentes; ni siquiera podrían considerarse *unánimemente* como los más importantes. Simplemente son aquellos de mayor difusión en el mundo académico en el marco del cual este libro ha sido gestado.⁷ Si son ellos y no otros los que se toman en consideración, esto se debe a que han sustentado algunas cristalizaciones de ciertos lugares comunes que interesa poner en interrogación en este libro.

El *primer momento epistémico* se organiza a partir de pensar al grupo como un todo. La influencia de la *Gestaltheorie* hizo posible afirmar que en un grupo, el "todo es más que la suma de las partes".⁸ Hay allí una primera intuición, aquella que otorga a los pequeños colectivos un plus irreductible a la suma de sus integrantes.

Es en la indagación de tal plus que se delimitan los primeros recortes disciplinarios. Entre ellos se destaca, sin duda, la Dinámica de los Grupos.

Más allá de la difusión de las teorizaciones que esta corriente pone en enunciado con respecto a los grupos, es importante destacar

⁷ Si bien mencionados puntualmente en varios pasajes de este libro, no se ofrece una elucidación más sistemática de los dispositivos grupales instituidos por la concepción operativa de grupos y el psicodrama psicoanalítico. Sin embargo, han constituido instrumentos teórico-técnicos de suma importancia en mi formación. Futuros trabajos intentarán salvar tal ausencia.

⁸ Véase capítulo III.

que aproximadamente entre 1930 y 1940⁹ se instituyeron ciertos criterios en virtud de los cuales comenzó a pensarse en "artificios" grupales para abordar algunos conflictos que acontecían en las relaciones sociales. Cobran visibilidad conflictos humanos en la producción económica, en la salud, en la educación, en la familia, y las instancias organizativas de la sociedad pasan a considerarlos como parte de los problemas que deben resolver.

Sin embargo, pareciera suponerse que tales conflictos no pueden ser abordados mediante los recursos previamente existentes; exigen nuevas formas de intervención y especialistas adecuados a tales fines.

Desde diferentes puntos de origen se inventa una nueva tecnología: el Dispositivo Grupal, y un nuevo técnico: el coordinador de grupos. Rápidamente se multiplican los diagramas técnicos y los campos posibles de aplicación. A su vez, muy disímiles serán las teorizaciones que intentarán dar cuenta de aquello que acontece en los dispositivos grupales instituidos.

Estos movimientos se sostuvieron desde una convicción: el grupo, en tanto todo, es más que la suma de las partes. Tal *plus grupal* hace de los grupos, a partir de allí, *espacios tácticos* con los que se intentará dar respuesta a múltiples problemas que el avance de la modernidad despliega.

Desde entonces, teorizar el plus grupal ha sido una preocupación constante de las diferentes corrientes grupalistas. Todas enfrentan una misma dificultad: el plus grupal es fácil de poner en evidencia, pero se vuelve sumamente difícil producir enunciados teóricos que den cuenta de él y del orden de legalidades que lo sostienen.

El *segundo momento epistémico* se focaliza alrededor de la búsqueda de *organizaciones grupales*; es decir nuclea aquellos intentos que buscan dar cuenta de las instancias de determinación que hacen posibles los movimientos grupales que habían cobrado visibilidad en los dispositivos que se instituían por doquier. El psicoanálisis hace aquí aportes insustituibles,¹⁰ tanto en el plano teórico

⁹ Si bien este desarrollo se inicia en EE.UU. y algunos países de Europa, se extiende rápidamente a ciertos países periféricos como la Argentina.

¹⁰ Véanse capítulos IV, V y VI.

como en el diseño y difusión de dispositivos grupales en el área de la clínica psicoterapéutica. Lo mismo podría decirse de los grupos operativos de Pichon Rivière aunque en áreas más vastas: educación, salud, intervenciones comunitarias, etcétera.

En el interior del campo psicoanalítico, la polémica se centrará en dilucidar si los grupos constituyen un campo de aplicación del saber y la técnica psicoanalítica, o si exigirán la elaboración de instrumentos teóricos y técnicos específicos; constituirán sus propios contextos de descubrimiento y —lo que es más— si podrán legitimar sus propias demarcaciones disciplinarias.

Al mismo tiempo, en este derrotero se perfila un conflicto que implicará una dimensión teórica y otra institucional. Teóricamente se discute si el psicoanálisis puede dar cuenta de los aspectos fundantes del campo grupal. O dicho de otra manera ¿el orden de determinaciones válido en el campo psicoanalítico en función del objeto de estudio que esta disciplina ha delimitado, puede extenderse legítimamente al campo grupal?, ¿son los organizadores fantasmáticos que diferentes escuelas psicoanalíticas pusieron en enunciado, los únicos organizadores grupales?, ¿cómo operan los organizadores socio-culturales? y ¿cómo articular los organizadores descubiertos por el psicoanálisis con los aportes de otras disciplinas?

En el despliegue de estas interrogaciones y sus respuestas posibles no jugarán solamente cuestiones teórico-doctrinarias. Aquí opera la dimensión institucional antes aludida, ya que —como en todo campo de conocimiento— sus elucidaciones sufrirán las marcas de las luchas por la hegemonía en el campo intelectual. En nuestro medio este último aspecto cobra particular relevancia, dado el prestigio logrado, dentro de los dispositivos “psi”, por el dispositivo psicoanalítico. En tal sentido, suele operar un tipo de presión que cierra estos interrogantes impidiendo su despliegue.¹¹

El tercer momento epistémico¹² se perfila, justamente, a partir de las dificultades que presentan las disciplinas de objeto discreto para abordar ciertas realidades disciplinarias sin caer en algún reduccio-

¹¹ Fernández, A. “¿Legitimar lo grupal? Contrato público y contrato privado”, en *Lo Grupal* 6, Búsqueda, Buenos Aires, 1988.

¹² Véanse capítulos VI y VII.

nismo (sociologismo, psicologismo, psicoanalismo). Si las lógicas de objeto discreto¹³ fueron necesarias para poder realizar las demarcaciones básicas de las disciplinas más formalizadas de las ciencias humanas, hoy muchas de ellas se encuentran preocupadas en encontrar otros instrumentos metodológicos que permitan dar cuenta de aquellas áreas que resisten abordajes unidisciplinarios.¹⁴

Esta tarea no es sencilla. Produce fuertes tensiones epistémicas e institucionales. El campo grupal, en la búsqueda de su legitimidad, se despliega hoy en la compleja labor de desmontar dos ficciones siempre recurrentes: la *ficción del individuo*, que impide pensar cualquier plus grupal y la *ficción del grupo como intencionalidad* que permite imaginar que el plus grupal radicaría en que ese colectivo —como unidad— posee intenciones, deseos o sentimientos.

El análisis crítico de tales ficciones implica un *cambio de paradigmas teóricos* y una profunda *revisión de las prácticas grupales instituidas*. Para tal propósito se enfatiza la necesidad de evitar soluciones reductivas y mantener la posibilidad de sostener algunas tensiones operando en su productividad problemática.

Así, por ejemplo, habrá que transitar la tensión entre las *epistemologías de objeto discreto* y la producción de *redes transdisciplinarias* que permitan crear nuevos pasajes de lo visible o lo enunciable en el campo grupal. Esto implica, asimismo, la posibilidad de sostener la tensión entre las *especialidades disciplinarias* y los *saberes transversalizados*. En el marco de tales objetivos que se ha propuesto un *criterio genealógico* en el análisis de saberes y prácticas que permita referir los mismos a su problematización.

Para ello un par antinómico: Individuo vs. Sociedad exige su elucidación crítica. La de-construcción de este *a priori* conceptual abre la posibilidad de realizar un pasaje de un criterio antinómico de individuos vs. sociedades, hacia una operación conceptual que pueda evitar una “resolución” reduccionista y se permita *sostener*

¹³ Véanse capítulos II y VII.

¹⁴ Puede consultarse al respecto Lévi-Strauss, C. *Seminario: La identidad*, Petrel, Barcelona, 1981. También Apostel y otros, *Interdisciplinariedad y ciencias humanas*, Tecnos, UNESCO, Madrid, 1982.

la tensión singular-colectivo. Singularidad descarnada de soportes corporales indivisos; colectividad que en las resonancias singulares produce anudamientos-desanudamientos propios. Singularidad y colectividad que sólo sosteniendo su tensión hacen posible pensar la dimensión subjetiva en el atravesamiento del deseo y la historia.

Capítulo I

EL VOCABLO GRUPO Y SU CAMPO SEMANTICO

A. Producción histórica del vocablo grupo

Se abordará en este punto la etimología del vocablo que es motivo de la presente elucidación; más allá de la relevancia histórica que esta tarea pueda presentar, interesa pensar dentro del campo semántico mismo. Se espera que las líneas de significación puestas de manifiesto, hagan posibles ciertas visibilidades con respecto a las diversas *producciones de sentido* que la palabra "grupo" ha disparado históricamente.

Tanto el término francés *groupe*, como el castellano *grupo*, reconocen su origen en el término italiano *gruppo* o *gruppo*. *Gruppo* aludía a un *conjunto de personas esculpidas o pintadas*, pasando hacia el siglo XVIII a significar una *reunión de personas*, divulgándose rápidamente su uso coloquial.

El *gruppo scultorico* es una forma artística propia del Renacimiento, a través de la cual las esculturas que en tiempos medievales estaban siempre integradas al edificio, pasan a ser expresiones artísticas en volumen, separadas de los mismos, que permiten para su apreciación caminar a su alrededor, es decir, rodearlas; cambia así la relación entre el hombre, sus producciones artísticas, el espacio y la trascendencia; al mismo tiempo, otra de las características a señalar del *gruppo scultorico* es que sus figuras cobran sentido cuando son observadas como conjunto, más que aisladamente.

Contemporáneamente a la inclusión del vocablo en lengua francesa, se imponen en inglés y en alemán vocablos análogos; señala

Anzieu¹ que las lenguas antiguas no disponen de ningún término para designar una asociación de pocas personas que comparten algún objetivo en común.

¿Qué quiere decir que no hay palabra? ¿Que lo no nombrado no existe? ¿Qué tiene un nivel de existencia por debajo de su posibilidad de representación?

Para problematizar aun más esta interrogación, podría agregarse que, si bien un vocablo es construido para hacer referencia a una producción existente, *los actos* —en este caso tal vez sería más correcto decir los procesos— *de nominación*² son piezas claves en las construcciones que realizan los actores sociales para producir sus “representaciones” de la realidad socio-histórica en que viven.

Es necesario pensar entonces que —hasta cierto momento histórico y para los actores sociales de la época— los pequeños colectivos humanos no habrían cobrado la suficiente relevancia como para formar parte de la producción de las representaciones del mundo social en que vivían, quedando así sin nominación, sin palabra.

De ser esto así —y en el mismo sentido— habrá que indagar qué transformaciones sociales se producen en el período histórico en el cual los agentes sociales “necesitan” nominar a tales agrupamientos humanos como “grupos”, como así también qué lugares y funciones sociales y subjetivas van ocupando tales agrupamientos en el proceso por el cual adviene su palabra.

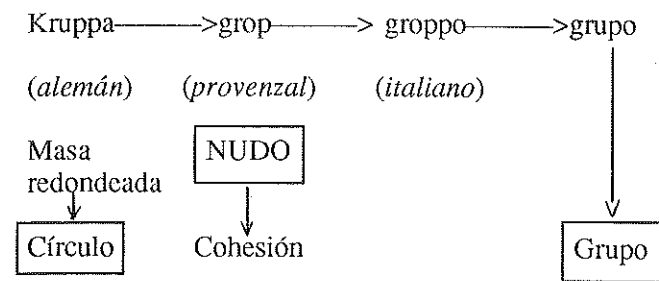
B. Líneas de significación

Pareciera ser que una de las primeras acepciones del término italiano *gruppo*, antes de llegar a ser reunión o conjunto de personas era *nudo*. Derivaría del antiguo provenzal *grop*=nudo; éste a su vez derivaría del germano *Kruppa* = masa redondeada, aludiendo a su forma circular.³

¹ Anzieu, D. *La dinámica de los grupos pequeños*, Kapelusz, Buenos Aires, 1971.

² Bourdieu, P. “Espacio social y génesis de las clases”, *Revista Espacios* n° 2, Buenos Aires, 1985.

³ Anzieu, D. *Op. cit.*



Están presentes, entonces, en el vocablo dos líneas que frecuentemente se encuentran en la reflexión sobre lo grupal, o —dicho de otra manera— dos líneas que insisten en dicha reflexión. Por una parte, la línea de insistencia *Nudo*; si bien para Anzieu la figuración nudo remite al grado de “cohesión necesaria entre los miembros del grupo”, para la perspectiva de investigación elegida en este trabajo, la figura nudo abre otra forma de interrogación sobre la misma cuestión: *¿qué anudamientos-desanudamientos se organizan dentro de un conjunto reducido de personas?*

Por otra, la masa redondeada parecería portar, implícitamente, la idea de *círculo*, en el sentido de *reunión de personas*: agrupaciones de oficios, comerciales, clubes, políticos, etc., que retomando una antigua tradición celta daría idea de círculo de iguales. Son ilustrativos al respecto Los Caballeros de la Mesa Redonda y la orden religiosa de Los Templarios, cuyo altar circular hacía posible que todos los caballeros de la orden estuviesen, en misa, a igual distancia de Dios.

Nótese que aun en la actualidad generalmente se elige la distribución circular en el trabajo con grupos. Esta forma tan característica connota algo que trasciende el espacio mismo, que va más allá de la eventual organización de sus actividades; implica, en realidad, *una particular estructuración de los intercambios entre los integrantes*. Es frecuente encontrar en este punto la acentuación de la igualdad jerárquica atribuida a la forma circular de ubicación; esto significa afirmar que sentarse en círculo horizontaliza o democratiza la relación entre los miembros de un grupo. En realidad, el mero sentarse en círculo no determina igualdades jerárquicas ni atenúa los juegos de poder en el mismo. Por el contrario, parecerían

ser de mucho más peso aquellos intercambios que se organizan desde ese circular —en principio de miradas— que la distribución espacial elegida posibilita.⁴

C. Referentes etimológicos

En primer lugar sorprende la *modernidad* del vocablo. ¿Qué significación tendrá que con anterioridad a la modernidad no existiera un término que diera cuenta de una reunión de un número restringido de personas con un cierto objetivo común?

En otras temáticas ha sido investigada la relación entre la presencia o ausencia de determinados vocablos y su significación en la cultura de la época. Así Ph. Ariès⁵ ha trabajado la ausencia de la noción de niño en la sociedad feudal y la correlativa ausencia de vocablos que nominaran a los niños, o lo que es igual, la presencia de distintos términos que dan la idea de niño a partir del momento histórico en que éste comienza a particularizarse del mundo de los adultos. Muestra, asimismo, cómo se produce una correlación entre este proceso de “poner palabra” y la construcción de campos disciplinarios específicos —en este caso la pedagogía— y las nuevas prácticas sociales que se desarrollaron en este proceso: aparición del “sentimiento de infancia”, maternaje realizado por su propia madre, escolarización de los niños, etcétera.

El *grosso* aparece con el Renacimiento, momento de profundas transformaciones, políticas, económicas, familiares; momento de giros epistémicos y de modificaciones de las *weltanschauungen*. Es en el complejo tránsito de las servidumbres con Dios, el señor, y la fe hacia las autonomías, las ciencias, las artes no religiosas y el libre mercado donde se van creando las prefiguraciones del *individuum*; transitos que harán posible a partir de Descartes, las grandes

⁴ Desde el psicoanálisis se ha trabajado en profundidad el tema de la mirada como posibilitadora de los juegos identificatorios grupales; sería interesante cruzar estos aportes con aquellos que lo investigan como forma real e imaginaria de control social. Foucault, M. *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1981.

⁵ Ariès, Ph. *L' enfant et la vie familiale sous l' Ancien Régime*, Du Seuil, Paris, 1973.

reflexiones modernas del sujeto y el surgimiento de las ciencias humanas. El *grosso* se autonomiza al separarse del edificio asentándose en los atrios y en las plazas. Al mismo tiempo se produce la nuclearización de la familia; ésta inicia un proceso de transformaciones reduciéndose desde sus extensas redes de sociabilidad feudal hasta conformar la familia nuclear moderna.

Este tránsito de “la casa” a “la familia” no es una cuestión atinente sólo a la historia de la vida cotidiana, sino que puntúa transitos claves desde las relaciones de producción hasta la constitución de las subjetividades; se acentúa la intimidad, la individuación, las identidades personales, el uso de nombres y apellidos particularizados, etcétera.

La preocupación por la *noción de individuo* comparte el escenario de surgimiento de las ciencias humanas; con ellas nace dentro de la gran pregunta a la que estas nuevas áreas del saber intentan dar respuesta: *¿Qué es el Hombre?* cada una de ellas desde su ángulo de mira, pero todas preocupadas por la individualidad; preocupación ésta impensable dentro de las sociedades feudales. En las formas del ser social del feudalismo no había lugar para ninguna pregunta sobre el individuo; sí tenían una fuerte vigencia los interrogantes respecto a las obligaciones de los hombres con Dios, por ejemplo; pero ausentes estaban las nociones de individuo, individualidad, intimidad, éxito individual, felicidad personal.

La temática de la individualidad o de la identidad personal, comienza a desarrollarse con el advenimiento de la sociedad industrial, al mismo tiempo que lo privado y lo público reestructuran tanto sus territorios como sus significaciones, y se organiza un cambio radical en las prioridades de la vida, apareciendo en primer plano el libre albedrío y la felicidad personal.⁶

Paulatinamente se van delineando las áreas del saber que conformarán las ciencias humanas o humanidades y las antropologías filosóficas. El Hombre, él mismo, se tomará como objeto privilegiado de reflexión en estos campos de saberes; los tiempos de las taxonomías serán reemplazados —Descartes mediante— por la pregunta por el ser de lo humano. La temática de la *subjetividad* adviene así al escenario filosófico-científico de la época.

⁶ Shorter, E. *Naissance de la famille moderne*, Du Seuil, Paris, 1977.

Puede pensarse entonces que *la producción del vocablo grupo es contemporánea a la formación de la subjetividad moderna y a la constitución del grupo familiar restringido*.

En el marco del capitalismo naciente hasta las últimas fibras del tejido social se reorganizan en figuras impensables hasta entonces. Las sociabilidades feudales, las obligaciones cerradas con Dios, el señor feudal, el rey, el padre y los fuertes intereses corporativos, no dejaban intersticios sociales suficientes para individuaciones, intimidades o enlaces en pequeños grupos. La "grupalización" de la vida familiar al restringir la familia extensa —nuclearizándola— implicará algo más que una reducción de personas. Sostiene un cambio significativo —estructural podría decirse— en los anudamientos subjetivos de sus miembros.

Tal parecería ser la relevancia de estas cuestiones, que historiadores como Shorter⁷ han llamado Revolución Sentimental del siglo XVIII a la "aparición" del amor maternal, del amor conyugal y el sentimiento doméstico de intimidad. ¿Qué transformaciones se han producido? Han cambiado sin duda las prioridades en las vidas de las personas, pero también los *enlaces tanto contractuales como subjetivos entre los integrantes de la familia*. Cambio en el espacio micro social que reproduce y sostiene, pero también produce al infinito, las nuevas formas de gobernabilidad y consenso.

El vocablo grupo, en su acepción actual, se produce en aquel momento histórico que vuelve "necesaria" tal palabra para la producción de representaciones del mundo social. Su nominación vuelve visible una forma de sociabilidad —los pequeños colectivos humanos— que con la modernidad cobra la suficiente relevancia en las prácticas sociales, como *para generar una palabra específica*. La aparición de este vocablo se inscribe en el *complejo proceso de transformaciones* tanto de las *formas de sociabilidad*, de las *prácticas sociales* y de las *subjetividades*, como de *nuevas figuraciones que los actores sociales darán a las "representaciones" que construyen del mundo* en que viven.

Con respecto a la relación entre el proceso de la nuclearización de la familia y la aparición de la palabra grupo, es necesario aclarar que no se plantea aquí que tal proceso haya creado las condicio-

nes para la aparición del vocablo grupo, sino más bien que *las transformaciones socio-históricas que dan origen a la constitución de la subjetividad moderna son parte de los procesos de gestión de los pequeños agrupamientos, entre ellos la nuclearización de la familia*.

En síntesis, el vocablo grupo surge en el momento de constitución de la subjetividad moderna. Su etimología refiere a un *número restringido de personas asociadas por un algo en común*. Se destacan dos líneas en tal rastreo etimológico: la figuración *nudo*, que sugiere interrogación sobre *qué es lo que hace nudo* y lleva implícitos necesarios enlaces y desenlaces entre sus integrantes, y la figuración *círculo*, que remite a *las formas de intercambio* que se producen entre los miembros de tales grupos.

Se insistirá más adelante en la líneas de figuración *nudo* como forma de referirse a los grupos. Avanzando un poco más, tal vez fuera pertinente aclarar que no se usa aquí el término nudo en un sentido analógico: "el grupo es como un nudo", sino —por el contrario— en un sentido metafórico, en tanto figura *nudo* que aspira a producir efecto de significación.

Con la figura *nudo*, se intenta subrayar los anudamientos-desanudamientos de subjetividades, los enlaces-desenlaces diversos, puntuales, simultáneos, fugaces o duraderos, de subjetividades que se producen en los acontecimientos grupales. En este sentido *preguntarse por la especificidad de lo grupal es abrir interrogación por las particularidades de tales anudamientos cuando se constituyen en lo que se ha dado en llamar pequeños grupos*. Anudamientos-desanudamientos que por organizarse entre un conjunto numerable de personas cobrarán características diferenciales con respecto a otras formas de enlace sociales tales como grupos amplios, masas, duplas, etcétera.

D. Primeras puntuaciones antes de avanzar

Luego de esta somera incursión por el campo semántico del vocablo grupo, se hace necesario realizar algunas puntuaciones que permitan delimitar con mayor precisión el área de reflexión del pre-

⁷ Shorter, E. *Op. cit.*

sente trabajo. Frente a algunas preguntas muy clásicas respecto a los grupos, como “¿cuántos individuos conforman un grupo?”, se centrará la reflexión sobre *conjuntos restringidos de personas*; quedan por tanto excluidos de esta elucidación grupos humanos más amplios, colectividades, masas, clases sociales, etcétera.

Se ha visto ya que el mero “juntarse” no constituye un grupo; entonces, “¿cuándo un conjunto de personas se conforma como grupo?”. Desde la etimología ha podido observarse que el *grosso scultorio* poseía cierta forma particular de agrupamiento y que posteriormente el vocablo grupo comenzó a designar reunión de personas, *círculo* de personas con algo en común, “agrupaciones de oficios, comerciales, etc.” Es decir que *serán necesarias determinada actividad en común y ciertas formas organizacionales*.

Por otra parte, la figura *nudo* indica que en tal agrupamiento se formarán “anudamientos-desanudamientos”. El número restringido de personas no remite, simplemente, a una cuestión formal o numérica; en tanto se lo ha asociado con la figura nudo, se afirma que esta característica: *número restringido, orientará en forma significativa los intercambios que entre tales personas se produzcan*.

A su vez, si se toma distancia de la inmediatez de su existencia fáctica, se vuelve necesario abrir interrogación con respecto a las instancias organizadoras de estos colectivos humanos, o sea las formas que sus legalidades adquieren.

Habrá que interrogar también si estas peculiares formas de intercambio que parecen ser los grupos, organizan a, o se organizan desde algunas particularidades de las formaciones psíquicas de sus integrantes, o si —avanzando un poco más— producen “formaciones psíquicas propias”.

Por último, se advierte que en lo que respecta a los discursos sobre la grupalidad, no es intención de este trabajo realizar un análisis de lo que ha dicho cada corriente significativa con respecto a qué son los grupos; se tomarán tan sólo algunos momentos de tales discursos, aquellos que resulten más instrumentales para el desarrollo propuesto.

Esto es, aquellos aportes fundantes de los tres momentos epistémicos delimitados en páginas anteriores, en la constitución de los saberes y prácticas grupales: el todo es más que la suma de las partes; los organizadores grupales y el agotamiento del objeto discreto.

Capítulo II

LO SINGULAR Y LO COLECTIVO

Y mi soledad no ataca más que la inteligibilidad de las cosas. Mina hasta el fundamento mismo de su existencia. Cada vez me asaltan más dudas sobre la veracidad del testimonio de mis sentidos. Sé ahora que la tierra sobre la que se apoyan mis dos pies necesitaría para no tambalearse que otros, distintos de los míos, la pisaran. Contra la ilusión óptica, el espejismo, la alucinación, el soñar despierto, el fantasma, el delirio, la perturbación del oído..., el baluarte más seguro es nuestro amigo o nuestro enemigo, pero... alguien, oh dioses, alguien.¹

A. Antinomia individuo-sociedad

Si bien en la actualidad puede considerarse que las relaciones de los seres humanos con el medio que los rodea son inherentes a la propia humanización, el problema de *la relación de los individuos entre sí* ha sido considerado desde diferentes puntos de vista. Podrían esquematizarse las posiciones más opuestas diciendo que desde una de ellas se considera al individuo, en tanto singularidad, como una realidad en sí mismo; sólo él percibe, piensa, ama u odia, se siente responsable, toma decisiones, etcétera. El grupo, la sociedad, lo colectivo serían generalizaciones teóricas que no tendrían otra consistencia que la realidad misma de ese individuo. En la tesis contraria, el individuo como tal, independientemente de los demás sería una mera entidad lógica. Únicamente el grupo, el colectivo, la sociedad, son reales; sólo a través de dicha realidad se presentifica la instancia individual. Según esta concepción, el individuo sería producto de su ambiente, sea él consciente o no de ello. O, dicho de otra manera, el individuo sería un cruce de relaciones sociales.

¹ Del *log-book* de Robinson en la isla Speranza, antes de la llegada de Viernes. Michael Tournier. *Viernes o los limbos del Pacífico*, Allaguara, Madrid, 1986.

Como puede observarse, tanto en una como en otra posición, la relación individuo-sociedad está pensada desde un criterio antagónico, es decir, que ambas "resuelven" la compleja tensión entre lo singular y lo colectivo desde un paradigma disyuntivo —muy propio del pensamiento occidental— según el cual singularidad y colectividad conforman un par de contrarios; presentan, por lo tanto, intereses "esencialmente" opuestos y se constituyen desde lógicas "esencialmente" diferentes.

Se pueden puntuar en ese sentido dos formas típicas de "resolver" tal tensión: el *psicologismo* y el *sociologismo*. El primero más frecuente en el pensamiento liberal, conserva la tendencia a reducir los conceptos sociales a conceptos individuales y psicológicos; el segundo, más frecuente en el pensamiento socialista, ha ido en sentido contrario: hacia la reducción de los conceptos individuales a una idea globalizada de la historia y de la sociedad. Ambos fomentan un antagonismo entre individuos y sociedades, el primero en favor de una idea abstracta de individuo, el segundo en favor de una idea abstracta de la sociedad.²

En muchos tramos de este libro se observará cierta insistencia en el señalamiento de *sesgos psicologistas* o de *operaciones de psicoanalismo*. No debe entenderse esta preferencia como una consideración de mayor importancia del psicologismo con respecto al sociologismo; la justificación de tal insistencia radica en otra afirmación: aquella que ubica al psicologismo o al psicoanalismo como los impensables más frecuentes de la cultura "psi". Así, por ejemplo, dentro de las posiciones psicologistas en la psicología académica, puede observarse la presencia de la antinomia Individuo-Sociedad en el campo grupal, en la tajante divisoria de aguas entre "individualistas" y "mentalistas" que recorrió los primeros tramos de este campo disciplinario. A su vez, esta polémica desarrolla nuevas formas argumentales en el campo del psicoanálisis, cuando esta disciplina incorpora formas grupales de trabajo clínico; aquí una de las divisorias se ha establecido entre aquellos que han nominado a su quehacer grupal como psicoanálisis *en grupo* y aquellos que lo han llamado psicoanálisis *de grupo*.

² Russell, J. *La amnesia social*, Dos culturas, Barcelona, 1977.

Pero el interés de estas puntuaciones no es sólo histórico, la preocupación con respecto a la tensión entre lo singular y lo colectivo, como así también la necesidad de su reflexión por caminos que no se deslicen hacia los clásicos reduccionismos cobra absoluta vigencia en la actualidad tratando de superar las formas dicotómicas de abordaje de esta temática. Así por ejemplo interrogaciones tales como: ¿cuál es la dimensión de lo social histórico en la constitución de la subjetividad?, ¿cuál es el papel de la subjetividad en los procesos histórico-sociales?,³ dan cuenta de la necesidad actual de redibujar las formas antinómicas de pensar esta cuestión. Son interesantes al respecto las preocupaciones que nuclea a los historiadores de *Annales* para quienes una sociedad no se explica solamente por sus fundamentos económicos, sino también por las representaciones que ella se hace de sí misma. Ha dicho G. Duby en una de sus lecciones inaugurales en el Colegio de Francia:

El sentimiento que experimentan los individuos y los grupos de sus posiciones respectivas y las conductas que dicta ese sentimiento, no son determinados inmediatamente por la realidad de su condición económica sino por la imagen que de ella se hacen, la cual jamás es fiel, sino que es siempre la inflexión del juego de un conjunto complejo de representaciones mentales.⁴

Obsérvese cómo desde este tipo de planteos, quedan en cuestionamiento diversas antinomias simultáneamente, así no sólo lo singular y lo colectivo sino también lo objetivo y lo subjetivo, lo material y lo ideal, la economía y la cultura, abriendo *nuevas formas de enlace entre lo imaginario y lo social*.

³ Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona, 1983. Véase al respecto el término "imaginario social" usado por el autor.

⁴ Bonnet, J. "Le mental et le fonctionnement des sociétés", *Rev. L'Arc* n° 72, Paris.

B. Espacios

La preocupación por pensar las relaciones y diferencias entre individuos y sociedades es, sin duda, una característica fundante en las ciencias humanas, las filosofías y las ciencias y prácticas políticas de la Modernidad. En este sentido, se señalan dos espacios donde estas consideraciones se han desplegado; si bien cada uno de ellos ha dado características propias al tratamiento de la tensión entre lo singular y lo colectivo, no está de más subrayar que suelen presentar amplias zonas de entrecruzamiento. Se hace así referencia al espacio *científico-académico* y al *ético-político*.

1. Espacio científico-académico

La oposición Individuo-Sociedad ha atravesado la psicología y la pedagogía a través de las interminables polémicas *nature-nurture* y la sociología a través, por ejemplo, de la célebre oposición Tarde-Durkheim; estas polémicas "clásicas" no sólo han constituido los debates fundadores de las ciencias humanas, por el contrario, pueden encontrarse aun hoy, por ejemplo, en las discusiones sobre el origen del lenguaje, la psicología del conocimiento, etcétera. Atraviesan, asimismo, tanto las diferentes conceptualizaciones sobre los grupos humanos en las diversas orientaciones de la psicología social como también los abordajes psicoanalíticos con grupos: análisis *del grupo* o *en grupo*, etcétera.

Se ha señalado que los primeros intentos para comprender, en el campo de la psicología, la problemática grupal, se organizaron en un traslado mecánico de conceptos de la psicología "individual" de la época; en reacción a esta forma de abordaje de corte "individualista" se ubicaron las tesis sustentadas por McDougall, Durkheim, etc., que se refirieron al grupo enunciando una *mentalidad grupal*.⁵ Esta polémica se desarrolla en el cruce de un debate entre dos posiciones doctrinarias encontradas, la tesis individualista y la tesis de la *mentalidad de grupo*; da cuenta, de alguna manera, de la dificul-

dad de poder comprender la articulación del funcionamiento de las fuerzas sociales con los actos de los individuos. Ya Asch señalaba que "los grupos parecen más poderosos y a la vez menos reales que los individuos y, si bien parecen poseer propiedades que trascienden las individuales, sólo los individuos pueden originarlos".⁶

Para la *tesis individualista*, los individuos constituyen la única realidad y tiende a negar realidad a los grupos, en tanto sostiene que los procesos psicológicos ocurren tan sólo en los individuos y éstos constituyen las únicas unidades accesibles a la observación. Por lo tanto, si los individuos son los únicos actores reales, el término grupo constituye una ficticia abstracción cuando pretende algo más que referirse a la suma de reacciones recíprocas de los individuos.

De esta forma, para la tesis individualista, en rigor, no existen los grupos; "grupo" será un término colectivo, que hace referencia a una multiplicidad de procesos individuales.

Siguiendo esta línea de reflexión, para comprender los fenómenos sociales debemos rastrearlos hasta llegar a las propiedades de los individuos; de tal forma en tanto éstos son los únicos actores sociales, los acontecimientos de un grupo, las instituciones, creencias y prácticas, siguen los principios de la psicología individual y son producto de las motivaciones individuales. En síntesis, no existe en los grupos, en las instituciones, ni en las sociedades, nada que no haya existido previamente en el individuo.⁷ "Las acciones de todos no son nada más que la suma de las acciones individuales tomadas separadamente".⁸

En oposición a las tesis individualistas, se desarrolló la *noción de mentalidad de grupo*. A partir de la observación por la cual cuando los seres humanos viven y actúan en grupos, surgen "fuerzas y fenómenos" que siguen sus propias leyes y que no pueden ser descritos en términos de las propiedades de los individuos que los componen; afirmarán, por ejemplo, que el lenguaje, la tecnología o las relaciones de parentesco no constituyen el producto de las mentalidades y motivaciones individuales sino que, por el contrario, son procesos que poseen leyes propias, diferentes e irreductibles a los

⁶ Asch, S. *Op. cit.*

⁷ *Id.*

⁸ Allport, F.H. (1924). Citado por Asch, *op. cit.*

⁵ Asch, S. *Psicología social*, Eudeba, Buenos Aires, 1964.

individuos. Algunos autores como Durkheim se refieren al grupo como una entidad mental: "las mentalidades individuales al formar los grupos [...] originan un ser [...] que constituye una individualidad psíquica de una nueva índole".⁹ Consideran al grupo como una entidad distinta de la suma de los individuos; afirmarán, asimismo, el efecto de las fuerzas sociales y de las instituciones sobre los individuos. De acuerdo con esta tesis el individuo aislado constituye una abstracción; fuera del grupo no posee carácter definido, si bien sus potencialidades son necesarias para el funcionamiento del grupo, no son causa de los acontecimientos del mismo. La noción de mentalidad de grupo intenta explicar la frecuente observación por la cual muchos acontecimientos colectivos exhiben una dirección definida, se desarrollan y mantienen a menudo sin relación con las intenciones de los individuos, atribuyendo entonces intencionalidad al proceso en cuestión; en ese sentido es que Asch puntualizó aquello que denominó "*la falacia antropomórfica de la tesis de la mentalidad de grupo*" ya que, si bien esta corriente parte de una premisa correcta, por la cual se constata que la acción de un grupo produce efectos que superan los efectos de los individuos aislados, a partir de ello deduce la existencia de una mente de grupo que otorgaría dirección e intencionalidad a los momentos grupales. Esta "mente de grupo", en consecuencia, sería cualitativamente análoga a la "mente individual aunque cuantitativamente supra individual".

En síntesis, si bien operaron una importante reacción a las tesis individualistas —tal vez la única respuesta posible en tal momento histórico— focalizando la especificidad de lo grupal, quedaron limitados por cierto sustancialismo de la época, no pudieron sostener que los grupos "existían" de un modo cualitativamente diferente a los individuos. Pareciera ser que este antropomorfismo fue la única alternativa con que contaron los primeros pensadores que pudieron demarcar cierta particularidad de lo grupal, no reducible a sus integrantes. De esta forma quedó abierto —ya desde ellos— el camino para largas y reiteradas traspolaciones, en tanto el grupo es pensado como un supra individuo, con los mismos mecanismos de funcionamiento interno, a lo sumo con algunas diferencias de su-

⁹ Durkheim, E. Citado por Asch, *op. cit.*

perficie en cuanto a su falta de sostén biológico, pero que en todo caso afectan a la semejanza y no a la analogía, entre ambos tipos de "individuos".¹⁰

Esta polémica de tipo académico-doctrinario si bien puede encontrarse en la arqueología de la disciplina, ha atravesado insistentemente el campo grupal. Se hace necesario, por lo tanto, someter a elucidación crítica —desconstruir— dos ficciones. Por un lado, *la ficción del individuo* que impide pensar cualquier plus grupal; por el otro *la ficción del grupo como intencionalidad* que permite imaginar que el plus grupal radicaría en que ese colectivo —como unidad— posee intenciones, deseos o sentimientos.

Es importante subrayar que estas referencias a la psicología académica no tienen un interés meramente histórico; puede encontrarse esta polémica en diversos abordajes psicoanalíticos actuales en el campo grupal, donde no es raro encontrar tendencias a personificar al grupo, adscribirle vivencias o tomar las partes por el todo en el análisis de los acontecimientos grupales;¹¹ también pueden encontrarse, por el otro lado, fuertes negativas a pensar alguna especificidad de lo grupal. Ambas posiciones producen, cada cual a su modo, sus obstáculos para poder indagar qué herramientas conceptuales *específicas* habrá que desarrollar desde el psicoanálisis para dar cuenta de aquellos acontecimientos *específicos* de los grupos: re-producen, sin saberlo, una polémica que ha atravesado disciplinas de las cuales el psicoanálisis no se considera tributario.

En consecuencia, es importante subrayar que esta antinomia clásica de las ideas sociales —la relación individuo-sociedad en el sesgo que adquiere— se encuentra implícita en toda concepción sobre lo grupal, y generalmente determina en alto grado el "dibujo" que un pensador realiza sobre los grupos. Opera como verdadero *apriori conceptual*, como premisa implícita desde donde no sólo se piensa la articulación de lo singular y lo colectivo, sino también se "lee" el conjunto de los acontecimientos grupales.

¹⁰ Colapinto, J. "La Psicología Grupal: Algunas consideraciones críticas", *Rev. Arg. de Psicología*, nº 8, Buenos Aires, 1971.

¹¹ Colapinto. *Op. cit.*

En las ciencias humanas, los *a priori* conceptuales forman parte del campo epistémico desde donde se constituyen las *condiciones de posibilidad de un saber*, se delimitan sus áreas de *visibilidad e invisibilidad*, sus *principios de ordenamiento* y sus *formas de enunciabilidad*. Operan, por lo tanto, en alto nivel de productividad organizando la lógica interna de las nociones teóricas y el diseño de los dispositivos tecnológicos de una disciplina, desde donde se interpretan los acontecimientos allí gestados. Es decir, que si bien actúan en forma implícita lo realizan desde el corazón mismo de las teorizaciones e intervenciones de un campo disciplinario.

En general estos *a priori* hacen posible la "resolución" de la tensión de los pares antitéticos por los que oscilan estos campos del saber, los cuales desde su constitución se despliegan en tres pares de opuestos: Individuo-Sociedad, Naturaleza-Cultura, Identidad-Diferencia.¹² Cuando esta tensión es "resuelta" puede observarse con frecuencia que suele producirse desde criterios dicotómicos—muy propios del pensamiento occidental— a partir de los cuales se subsume la lógica específica de uno de los polos al polo contrario que, por lo mismo, cobra características hegemónicas. De esta forma son fundamento de los diferentes reduccionismos, en el caso particular de los *a priori* referidos al par Individuo-Sociedad, los reduccionismos psicologistas y sociologistas, respectivamente.

Así como estos tres pares antitéticos operan desde los momentos fundacionales de las ciencias humanas, podría incluirse en los últimos decenios otro par: Acontecimiento-Estructura, de marcada conflictividad en vastas regiones disciplinarias de estos campos de saberes y prácticas.

En las distintas teorizaciones sobre los colectivos humanos denominados pequeños grupos, el *a priori* individuo-sociedad constituye una pieza clave en la demarcación de lo posible de ser pensado, en la organización de aquello que las experiencias grupales demostrarían, como así también en las formas de enunciabilidad de sus teorizaciones; y lo que es más, el pensar "individuos" vs. "so-

ciudades" se instituye como una fuerte evidencia, es decir como algo natural. En ese sentido, se intenta problematizar, interrogar críticamente los componentes de tal *a priori*. Para ello habrá que deconstruir su naturalización, es decir remitir a la Historia.

¿De dónde surge esta concepción antagónica de individuos *versus* sociedades? Cobra presencia en el escenario liberal europeo de los siglos xvii y xviii, pero merece responder hoy a una fuerte revisión por cuanto *¿qué dimensión es el individuo? ¿qué dimensión es la sociedad?* ¿hasta dónde llegan uno y otra? En realidad, el polo "individuo" es una perspicaz falacia de las teorías que creen que la sociedad puede definirse como una agregación de individuos, y a su vez el polo "sociedad" es algo mucho más complejo que su formulación descriptiva. Más aún, lo más cuestionable consiste, tal vez, en colocar al individuo y a la sociedad en una relación antinómica.¹³ En este sentido es elocuente el planteo de Canguilhem:

quizá no se ha observado bastante que la etimología de la palabra hace en realidad del *concepto individuo una negación*. El individuo es un ser en el límite del no ser, dado que no puede ser fragmentado, sin perder sus caracteres propios. Es un mínimo ser. Pero ningún ser es un mínimo. El individuo supone, necesariamente en sí su relación con un ser más vasto, y apela a un fondo de continuidad que se destaca.¹⁴

Como se planteaba en el capítulo anterior la noción del "individuo" se produce en aquel momento de la historia de Occidente a través del cual la "sociedad" es pensada como un conjunto de productores libres; sostiene así las indagaciones de las filosofías del sujeto que se interrogan por el conocimiento del mundo, abandonando las certezas que otorga la fe y el orden religioso para desplegar las diferentes problemáticas de la subjetividad; en este incipiente horizonte económico, tecnológico, político y filosófico se destacará una nueva figura: el *individuo*, sólida ilusión del capita-

¹² Kaminsky, G. Seminario "Instituciones", Cátedra de Psicología Social, Carrera de Psicología, U.B.A., 1985.

¹⁴ Canguilhem, G. *La teoría celular*, citado por Pontalis, J. en *Después de Freud*, Sudamericana, Buenos Aires, 1974.

¹² Para un análisis del *a priori* Identidad-Diferencia véase Fernández, A.M. *La diferencia sexual en Psicoanálisis: ¿teoría o ilusión?*. Depto. Publicaciones, Fac. de Psicología, U.B.A., Buenos Aires, 1985.

lismo naciente por la que es pensado indiviso, libre y autónomo. Se crean así las condiciones para el paulatino nacimiento de las ciencias humanas; el Hombre se constituye desde diferentes saberes para ser pensado abriendo un espacio propio a los humanismos, antropologías filosóficas y ciencias humanas; en palabras de Lévi-Strauss:

El pensamiento clásico y todos aquellos que lo precedieron han podido hablar del espíritu y del cuerpo, del ser humano, de su lugar tan limitado en el universo, de todos los límites que miden su conocimiento o su libertad, pues ninguno de ellos ha conocido al Hombre tal como se da en el saber moderno. El humanismo del Renacimiento o el racionalismo de los clásicos han podido dar un buen privilegio a los humanos en el orden del mundo, pero no han podido pensar al Hombre.¹⁵

Es entonces con la noción de individuo (sujeto no dividido de la conciencia) que los saberes modernos organizaron sus reflexiones sobre el Hombre. Pero aun más, también la noción de individuo sustentará las prácticas y teorías del libre mercado, las figuras de la gobernabilidad con el contrato, el consumo y la representatividad de las democracias de la modernidad. Nuevas formas políticas y subjetivas de pensar los enlaces sociales, la regulación de sus conflictos y la forma de negociación de sus contratos.

Como una mera referencia cronológica y sin pretender igualar jerárquicamente estas áreas disciplinarias, puede constatarse que los siglos xvii y xviii formulan sus interrogaciones centrales hacia el ser del individuo, el siglo xix hacia el ser de la sociedad (Durkheim, Marx), pero habrá que esperar hasta el siglo xx para que puedan tomar forma aquellas cuestiones referidas al ser de los grupos. De todos modos pareciera bastante explicable que los primeros discursos sobre la grupalidad fueran desplegando sus enunciados en el paradigma de individuo-sociedad como pares antagónicos. Paradigma que si bien comienza a ser cuestionado, presenta todavía fuerte vigencia; en realidad, a fuer de verdad, debe reconocerse que si bien transita por un momento de problematización crítica, de de-

¹⁵ Lévi-Strauss, C. *Seminario: La Identidad*, Petrel, Barcelona, 1981.

construcción, no puede hablarse aún de la constitución de un paradigma alternativo que haya encontrado los caminos de superación que los "impasses" que la antinomia individuo-sociedad proporcionaron a vastas regiones de las disciplinas involucradas.

Las teorizaciones que colocan a los grupos humanos como *campos de mediaciones* entre Individuo y Sociedad, suelen reproducir sin revisar las propiedades antinómicas de estos términos y, en tanto parten de dos conjuntos de opuestos, aquellos campos de la realidad que no serían estrictamente indivisos ni estrictamente macrosociales, como los grupos y las instituciones sólo pueden ser pensados como puentes o instancias mediadoras.

En forma muy esquemática podría decirse que el *a priori* conceptual opera en los diferentes discursos sobre la grupalidad, de la siguiente manera:

- La especificidad de lo grupal la aportan los individuos que lo forman; habrá que estudiar *individuos en grupo*.
- La especificidad de lo grupal es aportada por un plus a los individuos agregados; habrá que estudiar *grupos*.

A primera vista se podría pensar que tomar a los grupos como totalidades ubicaría a las teorías que esto sostienen, a favor de la existencia de una especificidad grupal, pero se verá más adelante que no siempre esto es así.

2. Espacio ético-político

La antinomia Individuo-Sociedad tiene también una inscripción ético-filosófica de gran importancia en el plano político, cuyo origen moderno podría ubicarse en la controversia Locke-Rousseau, polémica que se encuentra en la base de la discusión de las democracias modernas, en tanto han planteado como disyuntiva ético-política ¿qué deberá priorizarse, los intereses individuales o los intereses colectivos?¹⁶

¹⁶ Dotti, J. "Viejo y nuevo liberalismo", Conferencia del Ciclo "Democracia y Transformación Social" Centro de Estudios para la Transformación Argentina. Fundación Banco Patricios, setiembre 1985.

Estos presupuestos ético-filosóficos se hallan presentes implícitamente en las diferentes preocupaciones por las relaciones de los seres humanos entre sí y opera, desde variados puntos de entrecruzamientos —habitualmente invisibles pero eficaces— en las distintas teorizaciones sobre lo grupal. Su operatividad se vuelve visible según se privilegie lo individual o lo colectivo.

Es frecuente encontrar fuertes explicitaciones de utopías sociales transformadoras en aquellos que desde Fourier en adelante han priorizado lo colectivo. Si bien en quienes han priorizado lo individual no siempre su paradigma ético-político se encuentra tan desplegado, podrían ubicarse aquí aquellas teorizaciones que caracterizan, por ejemplo, los fenómenos de masas y los fenómenos grupales acentuando su irracionalidad, lo regresivo o pensándolos como espacios que amenazan de una u otra forma la identidad, esto es, remarcando su negatividad.¹⁷

Estos presupuestos forman parte de los *a priori* conceptuales mencionados líneas arriba; operan creando las condiciones para que los colectivos humanos sólo puedan ser indagados desde las mismas categorías que se suponen legítimas para pensar los “individuos”.

Puede observarse que también desde las prácticas y teorías políticas se han ido desarrollando determinadas preocupaciones por los grupos humanos. Algunos autores ubican incluso sus aportes como parte de una psicología social no oficial.¹⁸ Si bien en este trabajo se abordarán las preocupaciones académico-científicas sobre los grupos, omitiendo deliberadamente las reflexiones que desde el plano político han merecido los grupos humanos, sin embargo no podrá dejar de mencionarse el interés que a los políticos y a los cientistas políticos han despertado algunas incógnitas con respecto al grado de participación o pasividad de los colectivos humanos; ha insistido una interrogación: ¿a partir de qué condiciones es posible desarrollar o frenar tal potencial participativo? Esta temática ha es-

¹⁷ Fernández, A. M. “Formaciones colectivas y represión social”, trabajo presentado en las jornadas del mismo nombre, Buenos Aires, 1985.

¹⁸ Bauleo, “Psicología Social y Grupos”, en *ContraInstitución y grupos*, Fundamentos, Buenos Aires, 1977.

tado siempre presente en las polémicas políticas de los movimientos revolucionarios, sea en la oposición Robespierre-Danton, o Lenin-Trotsky-Rosa de Luxemburgo (discusión de la capacidad autogestiva de los grupos políticos), o Guevara-Bettelheim (estímulos morales *versus* estímulos materiales), organización *versus* espontaneísmo, el Partido como vanguardia “concientizadora” —o no— de las masas, etcétera.

Excede el propósito de este trabajo el análisis de los supuestos que han guiado estas polémicas; de todos modos —y sólo a modo de puntuación— merece señalarse que uno de los múltiples ejes de debate ha estado centrado en dos concepciones políticas de los colectivos humanos, bien diferenciadas. Aquella que ha centrado su interés en guiar, concientizar —y por qué no, muchas veces manipular— tales colectivos y aquella que ha puesto el énfasis en el protagonismo autogestivo de los mismos.

Obsérvese que la preocupación con respecto al montaje de dispositivos grupales eficaces en disponer condiciones de posibilidad para la gestión y la producción colectiva *versus* la manipulación y la sugestión de tales colectivos humanos —bien denunciada hace ya tiempo por Pontalis¹⁹ es un debate teórico-técnico, pero también ético de absoluta vigencia en el campo grupal. Así, por ejemplo, muchos trabajos de elucidación sobre el lugar del coordinador sostienen este tipo de interés: cómo crear, desde la coordinación, condiciones de posibilidad para la producción colectiva, cómo evitar deslizarse hacia la sugestión, la manipulación; en síntesis, cómo no inducir.²⁰ Estas investigaciones se despliegan a partir de una convicción, aquella por la cual *los pequeños grupos son significados como espacios virtuales de producción colectiva, y por lo tanto portadores de un plus respecto de la producción individual.*

En rigor de verdad esta enumeración en espacios científico-académico, ético-político, presenta solamente un valor expositivo; en los hechos entrecruzamientos permanentes de estos espacios han

¹⁹ Pontalis, J.B. *Después de Freud*, Sudamericana, Buenos Aires, 1968.

²⁰ Percia, M. “Taller Abierto Permanente”, Cátedra Teoría y Técnica de Grupos, Facultad de Psicología, UBA, 1986.

recorrido la historia de la constitución del campo de saberes y prácticas grupales.

Así, las investigaciones de Kurt Lewin (psicológico de la Escuela de Berlín, emigrado a Estados Unidos en 1930) sobre los grupos democráticos, autoritarios y "laissez faire", se organizaron a partir de una interrogación sobre el nazismo: ¿cómo pudo producirse, desde el punto de vista psicológico, un fenómeno colectivo como el nazismo?, ¿cómo es posible prevenir psicológicamente tales fenómenos?

En Wilhelm Reich, sus elaboraciones sobre los fenómenos de masas y el grupo familiar fueron animados, asimismo, por una pregunta política: ¿por qué las masas obreras alemanas optaron por el nacional socialismo y no por la alternativa socialista o comunista? Esta interrogación lo llevó a analizar el papel jugado por el grupo familiar, redefiniendo la ideología como una fuerza material.

En los primeros pensadores sobre lo grupal: K. Lewin, Moreno, Pichon Rivière, estuvo siempre presente una fuerte preocupación por el cambio social. Pensaban a los grupos (más allá de los diferentes que pudieran ser sus concepciones de la transformación social o los dispositivos grupales que diseñaron) como instrumentos válidos para la "realización" de las fuertes utopías sociales que los animaron.

Si bien este tipo de preocupaciones parecería estar ausente en la incorporación de dispositivos grupales en el área de la asistencia psicoterapéutica, sin embargo los psicoanalistas ingleses que empezaron a trabajar con grupos, buscaban una forma de abordaje eficaz en la rehabilitación de los combatientes ingleses de la Segunda Guerra internados en los hospitales psiquiátricos militares.

Asimismo pueden señalarse este tipo de enlaces en los aportes sartreanos sobre los grupos humanos. En su *Crítica a la razón dialéctica* (1960) Sartre abre un campo de reflexión: el hombre frente al grupo y la historia colectiva; reflexión sobre lo grupal pero que busca, sin duda, respuesta a una dolorosa interrogación política, ¿de qué manera ha sido posible un fenómeno como el stalinismo?

También se pueden incluir aquí las preocupaciones y replanteos sobre los grupos desarrollados por el Análisis Institucional, de indudables influencias sartreanas. Autores como Loureau, Lapassade, Ardoino, retomarán el interés por los grupos en las institucio-

nes, las condiciones para el despliegue de sus potencialidades autogestivas, la dialéctica de lo instituido-lo instituyente, etc.; dentro de esa línea son significativos también los aportes de Guattari sobre los grupos objeto y los grupos sujeto; es evidente en todos estos autores la importancia del Mayo Francés, como así también su interés por los espacios de autogestión obrera de la Revolución de Octubre y otros momentos revolucionarios europeos anteriores a la Segunda Guerra Mundial.

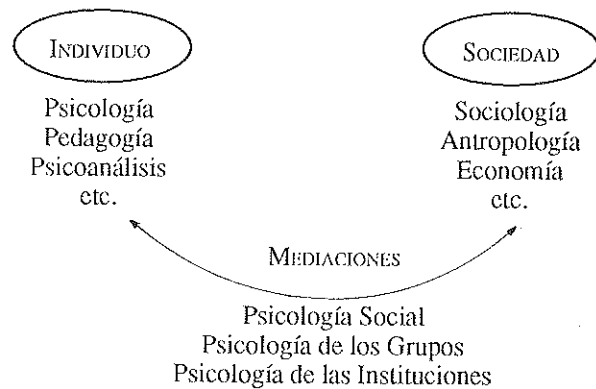
C. La relación grupo-sociedad

La relación grupo-sociedad ha sido tradicionalmente encarada desde una perspectiva de relaciones de influencia, donde las diferentes posiciones teórico-ideológicas varían según otorguen un mayor o menor grado de influencia de lo social sobre los movimientos de un grupo; pero, en todas ellas, *lo social se ubica como algo exterior al grupo, sobre el cual recaerá, en mayor o menor medida su influencia*. Una variante de esta forma de pensar es plantearse la relación grupo-sociedad en términos de *interacción mutua*. En realidad, la relación grupo-sociedad es un subtema de la relación individuo-sociedad que tradicionalmente ha sido planteada en términos antagónicos.

Como se vio en páginas anteriores la antinomia individuo-sociedad forma parte de un conjunto de pares antinómicos: material-ideal, alma-cuerpo, ser-tener, objetivo-subjetivo, público-privado, que han atravesado la reflexión occidental abarcando desde problemáticas filosóficas, políticas y científicas hasta la organización de la vida cotidiana y la producción de subjetividad. Se encuentran articuladas habitualmente desde *lógicas binarias jerarquizantes*. Probablemente el pensar estos pares desde tales lógicas sea una de las formas de mayor eficacia simbólico-imaginaria de la producción de discursos. Asimismo, importaría señalar que tal división dicotómica no sólo ha transitado el nivel discursivo de diferentes disciplinas sino que ha investido también sus prácticas, inscribiéndolas de forma muy particular en diferentes estrategias de disciplinamiento social.

Se dijo ya también que el pensar la tensión entre lo singular y lo colectivo desde la antinomia individuo-sociedad opera como *a priori* conceptual en las diferentes reflexiones sobre lo grupal. En el intento de desdibujar el sentido antinómico de la tensión entre lo singular y lo colectivo, es que resulta pertinente repensar críticamente aquella noción por la cual los grupos constituyen un campo de mediaciones entre individuos y sociedades. Solución de compromiso tal vez válida en su momento, frente a la gran dificultad de pensar las múltiples combinatorias posibles de la tensión antes mencionada, pero que hoy merece revisarse.

La operación que parecieran haber seguido las diversas disciplinas humanísticas en sus momentos fundacionales sería dividir ilusoriamente el campo de indagación en dos objetos de estudio "bien" diferenciados: individuos y sociedades, organizando diferentes áreas y prácticas disciplinarias para luego buscar las formas por donde ponerlos a jugar sus relaciones. Esto hizo necesario entonces demarcar los campos de saberes y prácticas *mediadores*



Esta noción de los grupos como campos de mediaciones ha intentado "resolver" la tensión entre lo singular y lo colectivo a través de la categoría de *intermediación*. Si bien dicha categoría merece revisión, es necesario destacar que mantiene la presencia del polo social en su análisis de la dimensión grupal. Por el contrario, puede encontrarse fuerte tradición en cierta forma de reduccionismo "psi", en aquellas corrientes que centran su análisis de los acontecimientos grupales en las interacciones entre sus integrantes, produciendo un enfoque de *los grupos plegados sobre sí mismos* donde si bien se abre visibilidad con respecto a sus cohesiones, liderazgos e interacción de roles, etc., se invisibilizan los atravesamientos institucionales, sociales e históricos que confluyen en la gestión de tales movimientos grupales.

Esta forma de "grupismo" al reducir los acontecimientos grupales a algunos de sus movimientos, suele operar un efecto de teoría por el cual estos "grupos-islas" terminan produciéndose plegados sobre sí mismos. De todos modos, este tipo de reducción se produce en el marco de corrientes que legitiman un espacio propio de lo grupal, es decir que han podido superar una primera reducción, aquella por la cual los pequeños colectivos humanos no ofrecerían la necesidad de parámetros de análisis propios.

Otra manera de "resolver" la tensión aludida, suele ser la negación de la especificidad de los acontecimientos grupales; puede encontrarse en aquellas formas de abordaje donde el dispositivo grupal es visualizado sólo como un espacio-escenario de despliegue de las singularidades, en sus diversos juegos especulares, pero excluyendo toda posibilidad de especificidad en el agrupamiento en sí mismo.

Un ejemplo en sentido contrario puede ofrecerlo la noción de articulación entre horizontalidad y verticalidad de Pichon Rivière, quien mantiene la tensión sin "resolver" entre ambas instancias; en este autor, horizontalidad y verticalidad no se subordinan una a la otra sino que, por el contrario, es en el cruce de las diacronías y sincronías grupales donde el emergente adviene. El uso extensivo de la noción de emergente que suele encontrarse en las prácticas de los grupos operativos no debe oscurecer la sutileza de esta forma pichoniana de pensar la articulación singular-colectivo.

D. La categoría de intermediario

Esta caracterización de los grupos como mediadores, es decir, como espacios intermedios entre "individuos" y "sociedades" lleva implícito cierto concepto operativo, a través del cual dados dos con-

juntos diferentes previamente demarcados habrá que, posteriormente, buscar sus relaciones, sus puentes articuladores. A su vez, y correlativamente con lo anterior, dadas dos disciplinas ya constituidas —psicología y sociología— se vuelve necesario demarcar nuevos campos disciplinarios intermedios, articuladores. En este caso, una psicología de los grupos. Esta noción articuladora es el concepto de intermediario.

René Kaës se pregunta: *¿Puede la categoría de intermediario ayudarnos a pensar la articulación psicosocial?*²¹ Plantea que, por definición, esta categoría ha estado destinada a pensar lo articular, utilizándose en diferentes disciplinas: psicología, historia de las mentalidades, psicoanálisis, antropología. Es necesario subrayar que esta categoría es puesta en funcionamiento cuando tales disciplinas se han visto frente al desafío de pensar desde sus diferentes campos de demarcación, las relaciones entre subjetividad e historia, entre inconsciente y cultura, etcétera. Sin embargo, sostiene este autor que dicha categoría no ha sido objeto de una elaboración suficiente en las disciplinas que trabajan con ella. Esta situación parecería contrastar con el status que tal categoría ha cobrado en la filosofía, donde:

el pensamiento de lo intermediario (la cualidad de medio) es una de las categorías más pregnantes de la historia de las ideas. Atraviesa todo el campo de la filosofía occidental: en su apogeo con Platón (con las categorías del *mésotés* y del *métaxu*), vigorosa en teología y metafísica, se impondrá aun a las corrientes prerracionalista y racionalista y luego volverá con más fuerza en el siglo XIX en las disciplinas cuya tarea consistirá en dar cuenta de la transformación temporal o de un vínculo entre organizaciones heterogéneas.²²

Plantea este autor tres caracteres generales asociados a la categoría de intermediario:

1. Lo intermediario como función de lo articular, por el cual lo intermediario funciona en el campo de lo discontinuo, en tanto re-

²¹ Kaës, R. "La categoría de intermediario y la articulación psico-social", *Rev. de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Tomo VII n° 1, Buenos Aires, 1984.

²² Kaës, R. *Op. cit.*

sultado de una separación entre elementos que se trata de rearticular, por medio de una suerte de "by pass" teórico. Desde esta perspectiva, lo intermediario está pensado también como un proceso de reducción de antagonismos. Este proceso se refiere también a lo discontinuo, pero a un tipo de discontinuidad basada en los conflictos que se dan en un campo de fuerzas de oposición, se trata entonces de articular, bajo diferentes formas, a los elementos en conflicto.

2. Lo intermediario ligado a la presentación de un proceso de transformación y pasaje, asociada por ende al pensamiento del movimiento.

3. Si bien las dos primeras características hacen aparecer lo intermediario como la necesidad de lo continuo, principio o agente de concatenación, proceso de pasaje de un orden a otro, la tercera insiste en su función estructurante y en su responsabilidad respecto del pasaje de una estructura a otra.

Además de señalar estos tres aspectos de lo intermediario, Kaës propone una distinción entre Intermediarios de Tipo 1, que operan en un campo homogéneo, en el interior de una misma estructura o de una concatenación, e Intermediarios del Tipo 2, que articulan dos conjuntos heterogéneos, heterónomos, de niveles lógicos diferentes.

La cuestión de la articulación psicosocial refiere particularmente a un intermediario del tipo 2, puesto que se trata de dos polos psicológico y sociológico, que se han constituido en el curso de su oposición diferenciada. Kaës plantea que un punto de vista como éste podría admitir o no la mediación entre niveles heterónomos, pero subraya que, frecuentemente, y sobre todo en las fases constitutivas de los campos disciplinarios, el resultado del debate evoluciona asiduamente hacia posiciones reduccionistas.

Sin duda la cuestión del intermediario dista mucho de estar resuelta; su vaguedad conceptual suele ir acompañada en algunos ámbitos de valoraciones negativas, en tanto suele asociarse la intermediación con lo neutro, lo mixto, lo bastardo, lo impuro. Este tipo de anexiones asociativas, sin duda acentuadas desde las disputas por la hegemonía en el campo intelectual, hablan de las dificultades que tales intentos de articulación presentan.

Estas cuestiones no sólo señalan problemas teóricos de compleja demarcación. Se presentan también en la cotidianeidad de las prácticas grupales orientando las mismas hacia algunos de los reduccionismos mencionados líneas arriba, según los *a priori* conceptuales que se pongan en juego en tal terreno. No debe olvidarse que dichos *a priori* han operado previamente como impensables en el diseño de sus dispositivos. De esta manera al crear condiciones para producir determinadas experiencias grupales —y no otras— se refuerza el circuito reduccionista. Aquellos acontecimientos que en el grupo aparecen como lo dado, el dato primero, son en realidad construcciones realizadas desde el *a priori* conceptual; dada su invisibilidad se ofrecen como la “evidencia de los hechos”, cuando en realidad son un *efecto de teoría*.

Resumiendo, muchas son las formas que los reduccionismos pueden presentar. Tanto las teorizaciones como el lugar de la coordinación suelen oscilar entre dos ficciones: *la figura del gran individuo o el espejismo de los grupos como intencionalidad*.

En este sentido se vuelve necesario un *cambio de paradigma*; de un criterio antinómico de individuos vs. sociedades, hacia una operación conceptual que pueda evitar una falsa resolución reduccionista y se permita sostener la tensión singular-colectivo. Singularidad descarnada de soportes corporales indivisos. Colectividad que en las resonancias singulares produce anudamientos-desanudamientos propios.

Singularidad y colectividad que sólo sosteniendo su tensión harán posible pensar la dimensión subjetiva en el atravesamiento del deseo y la historia.

E. Problema epistémico

En un intento —aún provisorio— de superar ciertos impasses que los reduccionismos señalados y la categoría de intermediarios plantean, se enuncia en este trabajo la necesidad de pensar lo grupal como un *campo de problemáticas* atravesado por múltiples inscripciones: deseantes, históricas, institucionales, políticas, econó-

micas, etc. Lo grupal en un doble movimiento teórico: el trabajo sobre sus especificidades y su articulación con las múltiples inscripciones que lo atraviesan. Nueva manera de pensar Lo Uno y Lo Múltiple, intentando superar los encierros que la lógica del objeto discreto impone, abriendo la reflexión hacia formas epistémicas pluralistas, transdisciplinarias.

En este sentido vuelve —insiste— la figura nudo. En su formulación metafórica y no analógica, produce significación dentro del planteo epistemológico que aquí se esboza. Más que buscar los requisitos epistémicos para construir el objeto teórico grupo se presentan los grupos como *nudos teóricos*.

Nudos constituidos por múltiples hilos de unidades disciplinarias que se enlazan en el pensar lo grupal. Esto implica un movimiento bascular por el cual se vuelve imprescindible sostener las categorías de análisis específicas, particulares, de los recortes disciplinarios y —al mismo tiempo— mantener su problematización permanente atravesándolas con las categorías de otras territorialidades disciplinarias que enlazan los nudos teóricos grupales.

Proyectos de este tipo sólo pueden desplegarse si se interroga críticamente la epistemología de las ciencias positivas, en la cual aún se fundamentan las llamadas ciencias humanas —el psicoanálisis inclusive. Tal epistemología supone un *objeto discreto* autónomo, reproducible, no contradictorio y unívoco. Implica una Lógica de Lo Uno donde la singularidad del objeto no se vea afectada por eventuales aproximaciones disciplinarias.²³

Estas lógicas de objeto discreto, imprescindibles, seguramente, en los momentos fundacionales de las ciencias humanas, suelen ocasionar sus propias dificultades para comprender situaciones de transferencias múltiples en diferentes territorialidades. Podría pensarse que en la actualidad han comenzado a producir un *obstáculo epistemológico* en la reflexión de lo grupal. Han conformado algunas ilusiones teórico-técnicas de difícil desarticulación; entre ellas pueden mencionarse: la posibilidad de construir un objeto teórico “grupo”, la lectura de los acontecimientos grupales plegados sobre sí mismos (los grupos “islas”), el psicoanálisis como disciplina

²³ Kaës, R. *Op. cit.*

“explicativa”, unívoca, de los movimientos grupales, o la negación de la especificidad disciplinaria del campo grupal.

La aparición de *propuestas transdisciplinarias*²⁴ da cuenta del surgimiento —aunque incipiente— de otras formas de abordaje de la cuestión, así como de la necesidad de utilizar criterios epistemológicos pluralistas. Habla asimismo de la resistencia de ciertos procesos a su simplificación unidisciplinaria y sugiere la oportunidad de los desdibujamientos de “individuos” y “sociedades”, en intentos de comprensión que aborden estos problemas desde el centro mismo de su complejidad.

Con su propuesta de atravesamientos disciplinarios, esta tendencia se inscribe en un nuevo intento de superación de los reduccionismos psicologistas o sociologistas. Sin embargo, pareciera abarcar un espectro más amplio de cuestiones; por un lado pone en jaque las configuraciones hegemónicas de ciertas disciplinas “reinas”, o saberes arquetípicos a los cuales se han subordinado otras territorialidades disciplinarias; tiene como una de sus premisas más fuertes la implementación de *contactos locales y no globales entre los saberes*; de tal manera que los saberes que las disciplinas “reinas” habían satelizado recobren su libertad de diálogos multivalentes con otros saberes afines.

La invención de los atravesamientos disciplinarios como transgresión a las especificidades, crea las condiciones para hacer salir a ciertos objetos científicos de su referencialismo dogmático e invita a construir una *red epistemológica* a partir de intercambios locales y no globales, donde las transferencias de saberes se realicen según el eje de la metáfora y no según el de la analogía. Transferencias en estado de vigilancia epistémica y metodológica que se organicen en una epistemología crítica.²⁵

Esta epistemología crítica intenta localizar los lugares de singularidad problemática, el grafo de las circulaciones locales y parti-

culares que hace que una cuestión, un problema, un “thema” estremezca los diversos saberes sin pretender conjurarlos bajo una forma globalizante; no ya universales empírica o especulativamente determinados, vestigios de una edad positivista, sino *matrices generativas*, problemas en relación a los cuales un atravesamiento disciplinario dará cuenta tanto de las distancias y diferencias como de las aproximaciones y divergencias disciplinarias.

Obviamente, este movimiento que desdibuja los objetos teóricos discretos, unívocos, implica no sólo el intercambio entre diferentes áreas de saber sino la crítica interna de variadas regiones de una disciplina que, al transversalizarse con otros saberes, pone en interrogación muchas de sus certezas teóricas.²⁶

²⁴ Benoist, J.M. “La interdisciplinarietà en las ciencias sociales” en: L. Apostel y otros, *Interdisciplinarietà y ciencias humanas*, Tecnos, UNESCO, Madrid, 1982.

²⁵ Benoist, J.M. *Op. cit.*

²⁶ Se retoma esta cuestión en el capítulo VII.

LA DEMANDA POR LOS GRUPOS

A. La ilusión de los orígenes

La psicología nació en el cruce de numerosas disciplinas ya formadas o en curso de formación, tales como la psicología social, el psicoanálisis, la psicopedagogía, la sociología de las organizaciones, etcétera. Puede afirmarse que el conjunto de conocimientos cuya preocupación son los grupos humanos tiene uno de sus puntos de origen en la imperiosa demanda proveniente de la práctica social empresarial, con particular localización en los Estados Unidos en los años 20.¹

La introducción de este nuevo dominio del conocimiento había comenzado, sin duda, con anterioridad a que tal demanda se hiciera operativa en encargos concretos. Así los trabajos de Tarde, Mc Dugall, Le Bon, e incluso las primeras investigaciones de Moreno son anteriores a la Primera Guerra Mundial.

Más allá de cierto interés histórico, estas "condiciones de origen" de las producciones técnico-investigativas de la microsociología poseen no poca importancia, por cuanto, de una u otra manera, suelen mantenerse operantes en los corpus teóricos y en los bagajes tecnológicos de diversas corrientes grupalistas. Por otra parte, las críticas a su origen siguen siendo una de las principales líneas de objeción, no sólo ideológicas, sino también teórico-epistémicas.

¹ Lourau, R. *El análisis institucional*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

Las primeras intervenciones que luego darán lugar a la microsociología o estudio de los pequeños grupos, fueron las de Elton Mayo (1924) con sus ya célebres trabajos, en los talleres Hawthorne de la Western Electric Company, cerca de Chicago, donde se “descubre” que los trabajadores constituyen espontáneamente entre sí grupos informales, con vida y organización propias y cuyo código implícito determina la actitud de los mismos hacia el trabajo. Es decir que los individuos que componen un taller no son simplemente individuos sino que conforman un grupo, dentro del cual han desarrollado “redes informales”, es decir, vínculos entre ellos, como así también con los superiores y con los reglamentos de la empresa. Su mejor rendimiento depende más de la interrelación afectiva entre ellos que de las mejoras en sus condiciones de trabajo.²

Aparece por primera vez el planteo de una *moral de grupo*: todo el movimiento posterior de “Relaciones Humanas” tuvo su punto de partida en esta investigación que demostraba la relación positiva entre productividad y actitud del grupo respecto a la empresa.

Aquí entonces se encuentra una embrionaria idea de grupo asociada a un conjunto de personas en intercambio informal afectivo; comienza a vislumbrarse la noción de un plus que tendrá el grupo con respecto a la simple sumatoria de sus integrantes; dicho plus se evidenciará por sus efectos: mayor rendimiento.

Más allá de las múltiples objeciones ideológicas que este tipo de intervención psicociológica ha merecido, aquello que sus técnicos atribuían a un todavía misterioso funcionamiento grupal, hoy podría pensarse incorporando conceptos como la noción de *transferencia institucional*³ aportado por el Análisis Institucional. Sin duda se generaban, entre los operarios que realizaron esta experiencia, “intercambios afectivos”; si bien éstos merecen ser analizados en su especificidad, es importante indicar la probabilidad de que estos movimientos grupales estuvieran también marcados por la circulación de *atravesamientos de transferencia institucional* positiva, que la intervención del mismo psicociólogo ponía en juego; *que-*

² Anzieu, D. *Op. cit.*

³ Lourau, R. *Op. cit.*

daban así confundidos, en este caso, los sistemas de referencia grupal y los sistemas de referencia institucional.

Si bien es comprensible que estas diferenciaciones fueran invisibles en los momentos fundacionales de este campo de intervención merecen ser señalados en tanto con suma frecuencia puede observarse —aun hoy— atribuir capacidades intrínsecas a los grupos que dejan en invisibilidad *atravesamientos e inscripciones* mucho más amplios que el grupo mismo.

Pero más allá de estas puntuaciones *a posteriori* —y posibles en función de desarrollos disciplinarios más actuales— lo cierto es que el tipo de experiencias aquí señaladas puso a los grupos por primera vez en el campo de mira de investigadores sociales, empresarios y hombres de estado de los principales países centrales.

B. La dinámica de grupos

Kurt Lewin, psicólogo de la Escuela de Berlín, emigrado en 1930 a Estados Unidos, aportó principios de la *Gestaltheorie* al estudio de la personalidad y posteriormente al estudio de los grupos. Esta había demostrado que la percepción y el hábito no se apoyan en elementos sino en “estructuras”. La Teoría de la Gestalt puso en evidencia, experimentalmente, refutando el asociacionismo, cómo —en ciertas condiciones— cabe afirmar que “*el todo es más que la suma de las partes*”. Según esta corriente la explicación de los fenómenos perceptuales debía intentarse a través de una unidad de análisis —el campo perceptual— de un nivel distinto al de las unidades propuestas hasta entonces: las sensaciones. Lewin explicará la acción individual a partir de la estructura que se establece entre el sujeto y su ambiente en un momento determinado. Tal estructura es un campo dinámico, es decir un sistema de fuerzas en equilibrio. Cuando el equilibrio se quiebra, se crea tensión en el individuo, y su comportamiento tiene por finalidad su restablecimiento.

En 1938 utiliza el método experimental (por primera vez en las investigaciones grupales) para trabajar la noción de *campo dinámico*, originándose la muy conocida experiencia con grupos de niños a través de la construcción experimental de tres climas sociales: au-

autoritario, democrático y *laissez faire*.⁴ Habían partido de una hipótesis: la frustración ocasiona la agresión; pero al concluir la experiencia pudo observarse que las reacciones agresivas variaban según los climas grupales, dependiendo este del estilo de coordinación.

Dado que esta experiencia se realiza a comienzos de la Segunda Guerra Mundial alcanza gran celebridad. Da fundamento científico a la valoración del ideal democrático al demostrar que en los grupos conducidos democráticamente la tensión es menor, pues la agresividad se descarga en ellos de manera gradual en lugar de acumularse y producir apatía o estallidos, como en los otros dos grupos. Concluye que el grupo democrático, al alcanzar más fácilmente el equilibrio interno, es más constructivo en sus actividades.

A partir de allí Lewin comienza a desarrollar sus hipótesis centrales sobre los grupos: *el grupo es un todo cuyas propiedades son diferentes a la suma de las partes. El grupo y su ambiente constituyen un campo social dinámico, cuyos principales elementos son los subgrupos, los miembros, los canales de comunicación, las barreras. Modificando un elemento se puede modificar la estructura.*

El grupo es un campo de fuerza en "equilibrio casi estacionario". Este equilibrio no es estático, sino dinámico, resultante de un juego de fuerzas antagónicas: por un lado, las fuerzas que constituyen las partes en un todo; por otro las fuerzas que tienden a desintegrar al conjunto.

Como puede observarse es una concepción netamente "gestaltista": el juego de fuerzas expuesto se piensa tan sólo en relación al todo; lejos de que las partes puedan explicar ese todo, da cuenta de cada una de ellas en sus relaciones con todas las demás.⁵ En consecuencia, uno de los problemas más importantes para Kurt Lewin y sus colaboradores es la investigación de *la unidad del grupo y su permanencia como totalidad dinámica* (de allí los numerosos estudios de esta escuela sobre la cohesión grupal, la relación de los miembros entre sí, los procesos de interacción, etc.), como así también, *las relaciones dinámicas entre los elementos y las configuraciones de conjunto*. Ha nacido la *Dinámica de Grupos*.

⁴ Anzieu, D. *Op. cit.*

⁵ Viet, J. *Los métodos estructuralistas en Ciencias Sociales*, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.

De modo tal que, para Kurt Lewin, el grupo es una realidad irreductible a los individuos que la componen, más allá de las similitudes o diferencias de objetivos o temperamentos que pudieran presentar sus miembros. Es un específico sistema de interdependencia, tanto entre los miembros del grupo como entre los elementos del campo (finalidad, normas, percepción del mundo externo, división de roles, status, etcétera). Aquí se diferencia de aquellos que plantean el factor constitutivo del grupo, en mera afinidad entre sus integrantes.

El funcionamiento del grupo se explica por el sistema de interdependencia propio de dicho grupo en determinado momento, sea éste funcionamiento interno (subgrupos, afinidades o roles) o referido a la acción sobre la realidad exterior. En esto reside la fuerza del grupo o, dicho más exactamente, en esto reside el sistema de fuerzas que lo impulsa, es decir, su dinámica.⁶

Las relaciones descubiertas en laboratorio sobre grupos "artificiales" pasan a ser estudiadas luego en agrupamientos de la vida cotidiana: talleres, escuelas, barrios, etc., en la convicción de que el pequeño grupo permite vencer las resistencias al cambio y provoca la evolución de las estructuras del campo social (fábrica, consumidores, opinión pública, etcétera). A partir de ese momento trabajará la temática del cambio social y la resistencia al cambio con la célebre experiencia de modificación de costumbres alimentarias de 1943. Trabaja sobre la resistencia de las amas de casa norteamericanas durante la Segunda Guerra a incluir achuras en la dieta alimentaria; se hacía necesario modificar estos hábitos en virtud de la falta de carne que el abastecimiento de las tropas ocasionaba.⁷

"Descubre" que tomar una decisión en grupo compromete más a la acción que una decisión individual; que es más fácil cambiar las ideas y las normas de un grupo pequeño que las de los individuos aislados (costumbres alimentarias, rendimiento en el trabajo, alcoholismo, etc.) y que la conformidad con el grupo es un elemento fundamental frente a la resistencia interna para el cambio. Se plan-

⁶ Dinámica: en un medio definido, cierta distribución de fuerzas determina el comportamiento de un objeto que posee propiedades definidas.

⁷ Anzieu, D. *Op. cit.*

tea la necesidad de reorientar la fuerza resistencial al servicio del cambio. En tal sentido los dispositivos grupales que diseña se le presentan eficaces para tal objetivo.

La Teoría del Campo elaborada por K. Lewin ofreció una gran posibilidad de estudio de los grupos y dio lugar a vastísimas aplicaciones en sus discípulos;⁸ hizo posible la consolidación de las "técnicas de laboratorio social" y la "Investigación-Acción", instrumentos que han excedido en su implementación su lugar originario para aplicarse en muy variados campos de las ciencias sociales. Los aportes de la Teoría del Campo han tenido gran influencia en ámbitos muy disímiles; puede observarse incluso, la impronta de algunos de sus postulados —aunque con importantes reformulaciones— en autores argentinos como Pichon Rivière⁹ y Bleger.¹⁰ También fueron tomados, en sus inicios, por los psicoanalistas de la escuela kleiniana que abrieron dispositivos grupales en el área psicoterapéutica.

P. Sbandi¹¹ plantea que *la concepción lewiniana del grupo como un todo significa el abandono de la posición que coloca al individuo en primer plano*. Señala, sin embargo, que si bien Lewin acentúa la interdependencia de los miembros, mantiene invisibles los presupuestos sobre los que se funda tal interdependencia; considera, asimismo, que serán los aportes psicoanalíticos respecto a los procesos identificatorios, las relaciones emocionales y los procesos inconscientes los que harán posible ahondar en esta cuestión.

C. Criterios epistémicos de Kurt Lewin

Interesa resaltar de este autor algunas posiciones epistemológicas desde donde pensaba lo grupal. Si bien es sabido que Kurt Lewin tomó diversas nociones de la Física, es importante señalar que no im-

⁸ Véase Cartwright, D. y Zander, A. *Dinámica de grupos. Investigación y teoría*, Trillas México, 1980.

⁹ Pichon Rivière, E. *El proceso grupal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.

¹⁰ Bleger, J. *Temas de Psicología*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.

¹¹ Sbandi, P. *Psicología de Grupo*, Herder, Barcelona, 1976.

portó de esta disciplina tanto sus leyes como sus principios metodológicos; puso énfasis en la construcción teórica de conceptos que no derivan de la experiencia. En *Dinámica de la personalidad* opone al concepto de ley aristotélico el concepto de ley galileano. Para el primero son legales e inteligibles las cosas que ocurren sin excepción, también pueden incluirse las que ocurren con frecuencia; para esta concepción los hechos individuales, que ocurren una sola vez, son mero azar y quedan por fuera de la legalidad.¹² En cambio, para Galileo, que el hecho descrito por la ley ocurra raramente o con frecuencia no compromete la presencia de la ley; el caso puede suceder una sola vez o varias, lo que interesa es que todo acontecimiento es legal.

La ley, para Lewin, es ley estructural ya que establece una relación funcional entre los aspectos de una situación; asimismo el acontecimiento depende de la totalidad de la situación. En el campo formado por la unidad funcional de persona y ambiente, la situación es única, cambiante y caracterizada por la totalidad de las interrelaciones que se dan en un momento determinado. Por ello, para la Psicología, según Lewin, no tiene sentido establecer leyes de acuerdo al criterio aristotélico, en tanto éste toma en cuenta los factores comunes a todas las situaciones o las que aparecen con más frecuencia. Se debe proceder de acuerdo al criterio de la física galileana, que obligaba a tener en cuenta, ante todo, la totalidad de la situación.

Lo que es ahora importante para la investigación de la dinámica, no es abstraer un hecho de su situación, sino descubrir aquellas situaciones en las que los factores determinativos de la estructura dinámica total se manifiestan con más claridad y pureza. En vez de una referencia al promedio abstracto de tantos casos históricamente dados como sea posible, se da la que corresponde al contenido concreto de una situación específica.¹³

Muchas veces, en Psicología Social, la Teoría del Campo de Lewin fue interpretada en un sentido "globalista" o totalista, esto es,

¹² Lewin, K. *Dinámica de la personalidad*, Morata, Madrid, 1969.

¹³ Lewin, K. *Op. cit.*

como si su aporte a las ciencias humanas hubiera consistido en sostener la imposibilidad de dividir por análisis el campo y luego reconstruirlo desde las partes así obtenidas. Ya se ha dicho que aportó la premisa de la *Gestalttheorie* "el todo es más que la suma de las partes" para sus análisis sobre los grupos, pero la intención de Lewin iba mucho más lejos, en el sentido de especificar la noción "estructural" mediante un tratamiento matemático. Así, por ejemplo, Alex Bavelas llevó a cabo esta precisión trasponiendo la "topología" de Lewin —quizá lo esencial de su teoría del campo— a una representación gráfica carente de ambigüedades.

A pesar de sus insuficiencias, la concepción estructural de Lewin siguió firmemente la tendencia metodológica apenas esbozada por los psicólogos de la Gestalt, que llevaba desde la simple descripción de las totalidades irreductibles, al análisis explicativo. Sus aportes constituyen un intento de explicar las interacciones observables por un sistema de leyes, que se intenta reconstruir por modelos matemáticos. Sin bien heredó de los psicólogos de la Gestalt la noción de forma como un todo organizado, no cayó como ellos en el reduccionismo fisicalista del equilibrio estático; sin embargo, mantuvo en común con esta escuela el olvido de la perspectiva histórica. En virtud de que el campo sólo da cuenta de la conducta en un momento dado, se inscribe en una psicología de los estados momentáneos.¹⁴

De tal manera, el dinamismo del campo estructural fue pensado por Lewin en términos estrictamente espaciales, dejando de lado la dimensión temporal y con ella la perspectiva histórica.

Resumiendo, la línea que va de Elton Mayo a Kurt Lewin revisita importancia para el presente análisis por cuanto permite demarcar momentos clave para un intento de reconstrucción genealógica de las teorizaciones sobre los grupos humanos. Es a partir de ellos y sus continuadores que se desarrolla una nueva disciplina, la Microsociología. Más allá de sus derivaciones posteriores, están allí, en germen, muchas de las ideas que —aun hoy— es necesario elucidar.

¹⁴ Castorina, J. A. *Explicación y modelos en psicología*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973.

Por otra parte, fueron un jalón fundacional en el *Dispositivo de los grupos*, a partir del cual se instituyeron formas grupales de abordaje en distintas áreas de la realidad social. Los nuevos técnicos de allí surgidos comienzan a inscribir su práctica social en tal dispositivo histórico. En el plano teórico aparecieron los primeros esbozos de búsqueda y jerarquización de legalidades grupales.

Hasta aquí, entonces, para K. Lewin un grupo es un conjunto de personas reunidas por razones experimentales o de su vida diaria, para realizar algo en común y que establecen relaciones entre sí; conformarán de esa manera una totalidad que produce mayores efectos que los mismos individuos aislados. Es decir que el grupo es irreductible a los individuos que lo componen, en tanto éstos establezcan un sistema de interdependencia; en esto radicará la fuerza o dinámica de un grupo.

D. Primer momento epistémico: el todo es más que la suma de las partes

La pregunta por el grupo, en tanto "todo más que la suma de las partes" se ha constituido en un interrogante clásico en la historia de la llamada Psicología de los Grupos. A partir de la aplicación que K. Lewin realiza de esta premisa de la *Gestalttheorie* a los grupos, ha sido divisoria de aguas con respecto al tema. Fuertes *a priori* conceptuales han orientado las tomas de posición de totalistas y elementalistas.¹⁵

Este aporte de la Gestalt a las primeras conceptualizaciones sobre los grupos resalta la idea de *totalidad*, afirmando un jalón importante a favor de la búsqueda de la especificidad disciplinaria; crea las bases para que pudieran particularizarse estos conjuntos, hasta el momento diluidos entre Individuos y Sociedades. De esta forma, a partir de estos principios de demarcación se crean las condiciones para la producción de dispositivos técnicos y la organización de los primeros discursos sobre la grupalidad.

¹⁵ Véase capítulo II.

Sin embargo, la *relación todo-partes* es un problema cuya respuesta es siempre compleja; porque aun aceptando que el todo fuera, en los grupos, más que la suma de las partes, ¿cómo categorizar tal plus?, ¿qué relación se asigna al todo con respecto a las partes?

El tratamiento de la relación todo-partes ha tenido diferentes formas de abordaje. *Planteos estructuralistas* posteriores a la Gestalt, indicaron que el problema no pasaría por comprobar que el todo fuera más que la suma de las partes, o igual, sino si —en ese todo— las partes organizan relaciones, y qué tipo de relaciones conforman (ya sea entre ellas o entre las partes y el todo). Establecidas las relaciones de las partes entre sí, y con el todo, no sería una refutación al planteo que hubiera situaciones aditivas entre partes¹⁶ o momentos de particularización de partes. Al mismo tiempo, para un interés estructuralista, la relación todo-partes se inscribió posteriormente en la necesidad de delimitar una estructura subyacente, de la cual todo movimiento grupal es efecto.¹⁷ De tal forma para tal perspectiva el problema de la redefinición de la relación todo-partes queda cruzado por la relación acontecimiento-estructura: ésta parece operar como un verdadero *a priori* conceptual, en virtud del cual se “resuelve” la tensión a favor del polo estructura, se subsume el polo acontecimiento y éste pasa a circular como mero efecto de estructura.

En ese sentido, se hace necesario diferenciar la importancia que ha tenido la puntualización del grupo como un todo de algunas de sus consecuencias teórico-técnicas; muchas veces, al pensar la relación partes-todo desde criterios homogeneizantes, se subordinan las particularidades, diferencias, singularidades a una totalidad homogénea, global y masificadora. *Un todo pensado como un gran Unico y no como las diversidades de lo Múltiple*.¹⁸

Así como los *pensadores post-estructuralistas* intentan, en los últimos años, pensar otras formas de articulación entre acontecimientos y estructura, de manera tal que el primero no sea meramente un efecto de la segunda, también se inclinan a considerar otras

¹⁶ Castorina, J.A. *Op. cit.*

¹⁷ Bohoslavsky, “Grupos: propuestas para una teoría”, *Rev. Argentina de Psicología*, n° 22, Buenos Aires, diciembre 1977.

¹⁸ Véase “El todo no lo es todo” (capítulo IV).

formas de relación todo-partes. En ese sentido resultan de interés para la reflexión del tema los aportes de Deleuze y Guattari.¹⁹ Estos autores señalan que esta cuestión ha sido tradicionalmente mal planteada tanto por el vitalismo como por el mecanicismo clásicos, en tanto el todo es considerado como totalidad derivada de partes, o como totalización dialéctica. Es así que dirán:

Ya no creemos en esos falsos fragmentos que, como los pedazos de una estatua antigua, esperan ser completados y vueltos a pegar para componer una unidad que además es la unidad de origen. Ya no creemos en una totalidad original ni en una totalidad de destino. Ya no creemos en la grisalla de una insulsa dialéctica evolutiva que pretende pacificar los pedazos limando sus bordes. No creemos en totalidades más que “al lado”. Y si encontramos una totalidad tal, al lado de partes, esta totalidad es un todo “de” aquellas partes, pero que no las totaliza, es una unidad “de” todas aquellas partes, pero que no las unifica, y que se añade a ellas como una nueva parte compuesta aparte.

Es interesante la reformulación planteada por estos autores en tanto acentúan *el carácter que posee lo múltiple: irreductible a la unidad*. De tal manera piensan el todo como producido, como una parte al lado de las partes que ni las unifica ni las totaliza sino que se aplica a ellas organizando relaciones transversales entre elementos que mantienen toda su diferencia en sus propias dimensiones.

La relación todo-partes no reviste una importancia meramente especulativa sino que es decisiva tanto en la forma de teorizar lo grupal como en las formas de intervenciones interpretantes de los coordinadores.²⁰

En síntesis, el reconocimiento de un todo: el grupo, ha tenido una importancia histórica en la demarcación de los saberes y quehaceres de la grupalidad. Posiblemente ha sido la forma intuitiva, embrionaria, de demarcación de un campo propio para los fenómenos grupales, no reductible a los fenómenos individuales. En ese sentido, también puede pensarse que el campo semántico en una de sus figuraciones: *círculo*, debe operar significancia en el término *todo*.

¹⁹ Deleuze, G. y Guattari, F. *El anti-Edipo*, Barral, Barcelona, 1972.

²⁰ Se retoma esta cuestión en los capítulos IV y V.

El grupo imaginado como un todo más que la suma de las partes, constituye un *primer momento epistémico* en la institucionalización de saberes y prácticas grupales. Tal vez no fuera exagerado afirmar en ese sentido, que esta premisa ha configurado un *imaginario fundador* de este campo disciplinario, es decir, ha operado —como diría Benoist—²¹ un *espacio de proposición*, no necesariamente demostrable, que ha orientado la búsqueda de la especificidad del campo. De allí la importancia de su puntualización para una genealogía de lo grupal.

E. Análisis de la demanda

¿Cuál es la situación político-económica que atraviesa la sociedad norteamericana en el momento en que Elton Mayo realiza su intervención en la Western Electric Company?²² Ya en una etapa de gran empresa los empresarios comienzan a comprender la necesidad de regular la producción en todos sus aspectos: maquinaria, mano de obra, distribución. Es la época de la organización científica del trabajo (Taylor). El técnico sobresaliente en ese momento de la sociedad industrial es el ingeniero-organizador con su gran aporte tecnológico: *el trabajo en cadena*; este sistema fue suprimiendo cada vez más el trabajo viviente, pero los inconvenientes e insuficiencias que el taylorismo creyó poder subsanar mediante una racionalización cada vez más avanzada, aparecían ahora como “disfunciones” ligadas al *factor humano*.

Donde se creía que el *organigrama* solucionaba todos los problemas, nace el interés por el *sociograma*; de los dos aspectos indisolubles del proceso del trabajo: las *relaciones materiales* del individuo con los objetos de la producción y las relaciones sociales de los trabajadores entre sí, se había descuidado el segundo.

²¹ Benoist, J.M. *Op. cit.* Según este autor los imaginarios fundadores tienen el poder de poner desde una disciplina en formación nociones que para el consenso de la época resultan poco aceptables. Son cuerpos de proposiciones fundacionales que se caracterizan por un alto nivel de recurrencia y por las polémicas que desatan.

²² El análisis de esta demanda pone de manifiesto el entrecruzamiento de los espacios científico, ético y político señalados en el capítulo II.

Se comenzaba a ver que detrás del efecto humano —la “holgazanería” del obrero, según Taylor— había una respuesta que el operario dirigía a un sistema de relaciones impersonales frustrantes; esta intuición pasa a considerarse una de las claves para entender el mal rendimiento.

Surge así el encargo a Elton Mayo: *demanda social que pone en evidencia un vacío: la carencia técnico-social frente a los problemas que, en este caso, las nuevas formas de producción generan.*²³ Los nuevos problemas ya no pueden ser resueltos mediante las técnicas de racionalización; exigen la intervención de nuevos especialistas, de tal modo que al ingeniero-organizador suceden los técnicos en grupos, los expertos en relaciones humanas, quienes se adelantaron a “elaborar las frustraciones” que la crisis de los años treinta agravaría para las mayorías de la sociedad norteamericana.

Con respecto a K. Lewin, también desarrollará sus trabajos en un *candente momento político*. Como ya se dijo, sus investigaciones *dieron fundamento científico a los ideales democráticos*; pero ¿qué idea de democracia está allí en juego? la democracia entendida como libre discusión; la discusión democrática como resorte de los pequeños grupos para aliviar tensiones.

Por otra parte, los técnicos capaces de incidir sobre los cambios de hábitos, orientación del consumo, es decir, los técnicos de grupo, se volverán cada vez más imprescindibles²⁴ en una “cultura” industrial que implementará la sociedad de consumo como alternativa para salir de una de sus crisis económicas más severas.

Desde E. Mayo y K. Lewin se organiza una disciplina: la *Dinámica de Grupos*; desde su inicio acoplará campo de análisis y campo de intervención; las primeras investigaciones sobre grupos surgen en respuesta a una demanda económico-política, dando lugar al “Dispositivo Grupal”. He allí una de las características del dispositivo foucaultiano: “formación que en un momento históri-

²³ Lourau, R. *Op. cit.* Se distingue encargo y demanda en el mismo sentido que este autor. Para un análisis detallado de estos términos, véase Woronowski, M. *Pichon Rivière y la crítica de la vida cotidiana*, Dto. Publicaciones, Facultad de Psicología, UBA, 1988.

²⁴ Sobre el carácter no natural de las necesidades sociales, véase Castoriadis, C. *Op. cit.*

→ Foucault → el dispositivo

co determinado, ha tenido como función principal responder a una *urgencia*; el dispositivo tiene pues una función estratégica dominante".²⁵

¿Cual urgencia? Sin duda, *mantener y mejorar el nivel de producción de la gran empresa*, estimulando las relaciones informales entre los operarios; la futura disciplina de las *Relaciones Humanas* ha construido aquí uno de sus pilares fundacionales. Pero también *reforzar los ideales democráticos, operar sobre el consumo*, etc.; la *Dinámica de Grupos* se expandirá rápidamente por diversos campos: empresarial, educacional, de mercado, etcétera. Por tanto, urgencia situada históricamente, en función de imperativos económicos y políticos del sistema del que forma parte.

El momento y el lugar en que surgió la *Dinámica de Grupos* no fueron accidentales. La *sociedad norteamericana de los años '30* proporcionó el tipo de condiciones necesarias para que surgiera este movimiento. Entre ellas merece destacarse la apuesta que los sectores hegemónicos de dicha sociedad habían realizado en favor de la ciencia, la tecnología y la solución racional de sus problemas como pilares de su progreso. La convicción de que una democracia puede mejorar tanto la naturaleza humana como la sociedad a partir de la educación, la religión, la legislación y el trabajo duro. Desde esa perspectiva comienza a desarrollarse la inversión económica en la investigación y ésta a considerarse como un motor fundamental de resolución de los problemas de la sociedad; es decir que se va consolidando la creencia de que el sistemático descubrimiento de los hechos facilitaría la solución de "problemas sociales". Así cuando luego de la Segunda Guerra Mundial comenzó la rápida expansión norteamericana ya estaban preparados para dar apoyo financiero a dicha investigación; ésta provino no sólo de instituciones y fundaciones académicas, sino también de empresas y organizaciones interesadas por "mejorar las relaciones humanas" y por el propio gobierno federal.²⁶ Junto a estos factores, cabe señalar que parte del mundo académico norteamericano de la época había iniciado su "rebelión empírica en las ciencias sociales"²⁷ que opondría

²⁵ Foucault, M. *El discurso del poder*, Folios, México, 1983.

²⁶ Cartwright, D. y Zander, A. *Dinámica de grupos. Investigación y teoría*, Trillas, México, 1980.

²⁷ Cartwright, D. y Zander, A. *Op. cit.*

a la especulación sobre la naturaleza de los fenómenos humanos la necesidad de investigar experimentalmente los fenómenos sociales cobrando rápido e importante desarrollo una psicología social de metodología experimental.

Interesa en este punto contrastar la demanda social en la que se inscribió la *microsociología* empresarial norteamericana con las condiciones de producción que hicieron posible la invención y posterior despliegue de los grupos operativos a partir de Pichon Rivière en la Argentina.

Desde su mítica intervención en el Hospicio de las Mercedes²⁸ y la Experiencia Rosario²⁹ que dieron los primeros diseños de trabajo, pueden puntualizarse algunas diferencias. Tal vez la más significativa sea que no surgen desde un requerimiento de los centros de poder institucional, ni los orienta la intención de consolidar hegemonías instituidas. Muy por el contrario, sus localizaciones iniciales, como muchos de sus desarrollos posteriores, se implantaron en los márgenes de las instituciones o en los intersticios de las hegemonías; en muchos casos fueron animados por marcadas utopías contrainstitucionales.

Si las latencias de una demanda social ponen en evidencia un vacío ¿a que urgencia del *socius* los grupos operativos fueron respuesta? Esta demanda por los grupos en la Argentina (décadas del '60 y '70) se produce en un cuerpo social agitado, momento de auge de las luchas populares. Gran parte de la intelectualidad de los '60 se caracterizó por estar imbuida de fuertes utopías sociales. Muchos de los profesionales del campo "psi" que implementaron estas prácticas fueron críticos de los autoritarismos institucionales: jerarquías médico-hospitalarias, autoritarismo psiquiátrico-manicomial, pirámide A.P.A., verticalidad en los espacios educativos, etcétera.

Junto con otras formas de abordajes grupales, como por ejemplo el psicodrama psicoanalítico, los grupos operativos fueron instrumentos claves para el trabajo en los espacios públicos. En tal sentido, constiuyeron un fuerte anclaje emblemático para aquellos jó-

²⁸ Zito Lema, J. "Conversaciones con Enrique Pichon Rivière.

²⁹ Pichon Rivière, E. *El proceso grupal del psicoanálisis a la psicología social I*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.

venes profesionales de la salud que luego se denominaron trabajadores de la salud mental.

Más allá del derrotero posterior de los grupos operativos —su propia institucionalización— interesa subrayar que desde sus consignas de “aprender a pensar”, “romper estereotipos”, “elaborar las ansiedades frente al cambio” crearon condiciones para que palabras y cuerpos sofocados en las jerarquías instituidas pudieran ponerse en movimiento, afectarse en otras formas sociales, abrir nuevos sentidos para las prácticas colectivas.

En realidad, en el surgimiento de toda disciplina hay una urgencia histórica que la hace posible y “necesidades” sociales que orientan su desarrollo; es decir, que no hay excesivo azar en el “socius”. Al mismo tiempo, el entramado social en que muchas disciplinas y profesiones inscriben sus prácticas, suele constituirse en un impensable significativamente resistente.³⁰

Por otra parte se hace necesario superar cierto maniqueísmo derivado muchas veces de las posturas epistemológicas althusserianas que postularon rupturas un tanto ilusorias entre momentos precientíficos o ideológicos y momentos científicos, a partir de la constitución del objeto formal abstracto de una disciplina, subestimando la necesidad de la articulación entre ciencia y práctica social, entre la productividad de los saberes y la eficacia de los poderes. Así puntúa Foucault la articulación saber-poder, en tanto todo campo disciplinario mantiene con respecto al poder efectos de eficacia y con respecto al saber efectos de productividad.

Por lo tanto *el análisis de un campo disciplinario* —en este caso los discursos y técnicas grupales— deberá pensarse en tanto *conjuntos de conocimiento que produce dicho campo*, elucidando cómo se articulan —en cada caso— estas producciones de conocimiento con los juegos de poder e interrogándose en qué estrategias de saber-poder desarrollarán sus prácticas sociales los técnicos

³⁰ Tal vez el psicoanálisis sea un ejemplo paradigmático de estos impensables; son sumamente sugerentes los análisis de la inscripción social de sus prácticas en las estrategias biopolíticas: Foucault, M. *Historia de la sexualidad*, Tomo I, Siglo XXI, México, 1978; Donzelot, *La policía de las familias*, PreTextos, Valencia, 1979; Castel, R. *El psicoanálisis*, Siglo XXI, México, 1980.

de tal campo disciplinario. La conjunción de lo antedicho, crea condiciones para poder delimitar *qué zonas cobrarán visibilidad e invisibilidad* para tal campo disciplinario y *cuáles se mantendrán necesariamente invisibles y no enunciables*.³¹

En este sentido es importante subrayar que la misma relación que define lo visible de un campo teórico y su práctica, define lo invisible; dicho campo demarca lo visible como lo excluido de su visibilidad, es decir que contiene lo visible como su propia denegación, de tal forma que los futuros nuevos objetos, son hoy los objetos prohibidos de la teoría; ésta atraviesa sus no objetos sin verlos, para no mirarlos.³²

En un sentido genealógico sería útil pensar cuál ha sido la obliigatoriedad de ver —en los primeros dispositivos grupales— al grupo centrado en el grupo, como un todo autorregulado y autónomo, plegado sobre sí mismo, el “grupo-isla”, como ha sido denominado en un trabajo anterior.³³

Los dispositivos grupales que se produjeron desde Mayo-Levin, necesariamente, dada la demanda social a la que respondieron, debieron mantener en la invisibilidad los atravesamientos institucionales, políticos e ideológicos en los que, sin embargo, quedaron inscriptos tanto sus discursos de la grupalidad como sus intervenciones técnicas.

No debe subestimarse, sin embargo, que tales dispositivos hicieron posible la visibilidad de importantes mecanismos de funcionamiento de los grupos: liderazgos, roles, dificultades en la toma de decisiones, cambio, resistencia al cambio, juegos tensionales dentro del grupo, etcétera. A partir de estas visibilidades posibles, se organizaron sus enunciables. Junto a estos visibles dejaron como sus invisibles necesarios los procesos inconscientes que atraviesan tales mecanismos como así también la inscripción institucional y sus eficacias en el seno mismo de tales mecanismos grupales.

Esto no significa crítica a supuestos errores, sino puntuación de las nuevas y necesarias visibilidades en el intento de comprensión

³¹ Foucault, M. *L'archéologie du savoir*, Gallimard, Paris, 1969.

³² Ducrot y otros. *¿Qué es el estructuralismo?*, Ed. Losada.

³³ Fernández, A.; Del Cueto A. “El dispositivo grupal”, en *Lo Grupal 2*, Búsqueda, Buenos Aires, 1985.

de las producciones de posteriores enunciados de la grupalidad. Ya que si —como se ha subrayado— lo invisible es aquello excluido de la visibilidad, lo prohibido de ser visto, también es importante puntuar que, cuando un campo teórico se rearticula, transforma en nuevas territorialidades, aquellas zonas que, en la demarcación anterior, ni siquiera habían sido advertidas. De allí la importancia para una genealogía de lo grupal, de puntualizar las zonas de visibilidad y enunciabilidad que una corriente abre, y cuáles quedan por fuera de su óptica, a la espera de futuros investigadores.

Esta forma de análisis más que buscar acuerdos o desacuerdos con los autores que se abordan, se propone una actitud de indagación crítica para realizar algunas notas en el trazado de una genealogía del campo disciplinario, una mirada histórica que más que organizar una cronología pueda dar cuenta de las condiciones de constitución de sus saberes y dominios de objeto; que pueda pensar no meramente el “desarrollo” conceptual de sus ideas, sino a éstas y las áreas problemáticas que el campo del saber inaugura como la compleja articulación de: *la urgencia histórica que la hace posible, las necesidades sociales que la despliegan, los a priori conceptuales desde donde ordena sus conocimientos y los dispositivos tecnológicos que inventa.*

F. El nacimiento de lo grupal

Antes de avanzar se hace necesario aclarar el sentido en que se utilizan los términos *Dispositivo de los Grupos* y *dispositivos grupales*.³⁴ El primero se refiere a la aparición histórica —a partir de 1930, 1940 aproximadamente— de ciertos criterios en virtud de los cuales comenzó a pensarse en artificios grupales para “resolver” algunos conflictos que se generaban en las relaciones sociales. Adquieren visibilidad conflictos humanos en la producción economi-

³⁴ En trabajos anteriores, el uso de ambas expresiones se encuentra menos discriminado; para su mejor precisión han sido de gran utilidad las puntuaciones y críticas del Lic. Roberto Montenegro, docente de la cátedra de Teoría y Técnica de grupos. Facultad de Psicología. UBA.

ca, en la salud, en la educación, en la familia y las instancias organizativas de la sociedad pasan a considerar estas cuestiones como parte de los problemas que deben resolver.

Las tecnologías previamente existentes son consideradas ineficaces; los conflictos puestos de manifiesto exigen otras formas de intervención y especialistas adecuados a tales fines.

Desde diferentes puntos de iniciación se inventa una nueva tecnología: el Dispositivo de los Grupos; aparece un nuevo técnico: el coordinador de grupos; se gestiona una nueva convicción: los abordajes grupales pueden operar como *espacios tácticos*³⁵ con los que se intentará dar respuesta a múltiples problemas que el avance de la modernidad despliega.

El Dispositivo de los Grupos cuenta con varias localizaciones fundacionales, que crean las condiciones para la institucionalización de tecnologías grupales en los más variados campos de aplicación. Su rápido desarrollo evidencia que ha sido respuesta a una “urgencia histórica” que la hizo posible y a necesidades del socius que la desplegaron. A su vez en el mismo proceso que se instituyeron este tipo de intervenciones se delimitaron sus recortes disciplinarios, se consolidaron sus discursos y se establecieron sus impensables.³⁶

En cambio, cuando se utiliza la expresión *dispositivos grupales*, se hace referencia a las diversas modalidades de trabajo con grupos que cobraron cierta presencia propia en función de las características teórico-técnicas elegidas, como también de los campos de aplicación donde se han difundido. Así, por ejemplo, puede hablarse de dispositivos grupales psicoanalíticos, psicodramáticos, de grupo operativo, gestálticos, etcétera. Cada uno de ellos crea condiciones para la producción de determinados efectos de grupo —y no otros—; son en tal sentido virtualidades específicas, *artificios locales* de los que se espera determinados efectos.

³⁵ Fernández, A., Del Cueto, A. “El dispositivo grupal”, en *Lo Grupal 2*, Búsqueda, Buenos Aires, 1985. También puede observarse en *Lo Grupal 4*, Búsqueda, Buenos Aires, 1987, que O. Saidón en “Modernidad Inconsciente y Grupos” utiliza este término en sentido similar.

³⁶ Como podrá observarse se intenta dar aquí al término Dispositivo de los Grupos un sentido foucaultiano. Foucault, M. *Historia de la sexualidad*, cit.

Los dispositivos grupales forman parte del Dispositivo de los Grupos, en la medida en que históricamente, a partir de las primeras experiencias de K. Lewin y E. Mayo por un lado, las experiencias de Moreno y el diseño de la clínica psicoanalítica de instancias por otro, se inaugura una modalidad que abre espacios de un número numerable de personas para la producción de efectos específicos en diversas formas de intervenciones institucionales.

Quiere acentuarse de esta manera el carácter virtual de los efectos de grupo, diferenciando estas elucidaciones de aquellas animadas por un interés óptico: precisar qué es un grupo. Por el contrario, se sostiene —en un sentido genealógico— que aquello que las diferentes orientaciones en el campo de lo grupal han abierto como visibilidad con respecto a qué son los grupos muchas veces han sido capturadas por los efectos del dispositivo montado; sin embargo, han generado la ilusión de haber hallado características esenciales de los grupos.

Se trata de problematizar tal esencialización por cuanto se afirma que las áreas de visibilidad abiertas y sus enunciados son producto de la compleja articulación de la demanda social a la que responde, de su posicionamiento en la tensión de lo singular y lo colectivo, de los dispositivos grupales montados y de sus impensables institucionales.

Los grupos no son lo grupal. Ya Bion³⁷ había intuido algo de esto cuando señalaba que los requisitos tales como que un conjunto de personas se reúna en un mismo lugar y al mismo tiempo son sólo necesarios para hacer posible el estudio de los grupos, así como para que sea posible demostrar una relación de transferencia, es necesario que el analista y el analizante se reúnan. Decía este autor:

sólo si los individuos se acercan suficientemente unos a otros es posible dar una interpretación sin necesidad de gritar; de la misma manera es necesario que todos los miembros de un grupo puedan comprobar los elementos en los que se fundamentan las interpretaciones. Por estas razones el número y el grado de dispersión del grupo deben ser limitados. El hecho de que el grupo se constituya en un

lugar determinado y en un momento determinado, es importante por las razones mecánicas señaladas, pero no tiene mayor significado para la producción de fenómenos de grupo; la idea de que ello sea significativo surge de la impresión que establece que una cosa comienza en el momento en que su existencia se hace palpable[...] la existencia de la conducta de grupo se hace evidentemente más fácil de demostrar, y aun de observar, si el grupo se constituye como tal.³⁸

Esta intuición de Bion subraya que, si bien los seres humanos son impensables por fuera de grupos, los grupos se vuelven visibles a partir del montaje de dispositivos técnicos tales que permitan demostrar y observar las conductas de grupo.

Se presentan hasta aquí dos niveles de existencia de los grupos: el primero fáctico, en tanto hechos sociales; el segundo del campo disciplinario, por cuanto al montarse los sucesivos dispositivos grupales del Dispositivo de los Grupos, los grupos paulatinamente se vuelven visibles, observables, comprobables, explicables, experimentables, teorizables, es decir, enunciables. En este sentido la *microsociología al instituir dispositivos grupales localizó uno de los nacimientos a lo grupal. Antes de ella, los grupos estaban ahí, en una inmediatez tal, que no se veían.*

Óptico

³⁷ Bion, W., *Experiencias en grupos*, Paidós, Buenos Aires, 1963.

³⁸ Bion, W. *Op. cit.* El subrayado es mío.

Capítulo IV

HACIA UNA CLINICA GRUPAL

A. Primeros dispositivos grupales terapéuticos

Se considera que los primeros intentos de abordajes colectivos con fines terapéuticos fueron las actividades iniciadas por Pratt en 1905, al introducir el sistema de "clases colectivas" en una sala de pacientes tuberculosos. El objetivo de esta terapia consistía en acelerar la recuperación física de los enfermos, mediante una serie de medidas sugestivas destinadas a que éstos cumplieran de la mejor manera posible su régimen dentro de un clima de cooperación o, mejor dicho, de emulación. Las clases o sesiones a las que concurrían más de cincuenta pacientes, constaban de una breve conferencia del terapeuta que disertaba sobre la higiene o los problemas del tratamiento de la tuberculosis; a continuación, los pacientes formulaban las preguntas o discutían el tema con el médico. En estas reuniones, los enfermos más interesados en las actividades colectivas y los que mejor cumplían con el régimen, pasaban a ocupar las primeras filas del aula, estableciéndose un escalafón jerárquico bien definido, conocido y respetado por todos. En vista de los buenos resultados que daba este método, Pratt escribió un trabajo preliminar en 1906, que amplió en los años subsiguientes; pronto, otros probaron su técnica con resultados similares.¹

¹ Grinberg, L., Langer, M., Rodríguez, E. *Psicoterapia de grupo*, Paidós, Buenos Aires, 1971.

El mérito de Pratt fue utilizar en forma sistemática y deliberada las emociones colectivas con una finalidad terapéutica. Su técnica se apoyaba en dos pilares: activar en forma controlada la aparición de sentimientos de emulación y solidaridad en el grupo y asumir, él mismo, el papel de una figura paternal idealizada. El método incentivaba un fuerte enlace emocional del enfermo con el médico; ilustra gráficamente dicho propósito su sistema de promociones que premiaba "al buen paciente", permitiéndole que se sentara cada vez más cerca de él en las reuniones.

Considerando la importancia de la idealización del médico, no es de extrañar que la estructura y función de este tipo de grupo fuera similar a las de ciertos grupos religiosos que persiguen fines parecidos.

A los métodos que han seguido la orientación de Pratt se los ha denominado genéricamente, *terapias exhortativas parentales que actúan "por" el grupo*.² Se dice que actúan "por" el grupo, porque incitan y se valen de las emociones colectivas aunque no intenten comprenderlas. Se busca la solidaridad del grupo con fines terapéuticos; Pratt, Buck y Chapel utilizaron este método como una forma auxiliar de los tratamientos médicos de pacientes con trastornos orgánicos crónicos (tuberculosos, diabéticos, etcétera).³

En versiones más actuales puede encontrarse este tipo de técnicas auxiliares en algunas formas de tratamientos de obesos que toman como uno de sus resortes terapéuticos el "carisma" del médico, generalmente muy reconocido socialmente.

A partir de esta primera corriente, que todavía cuenta con sus adeptos, se produjo una interesante diferenciación; las *terapias que actúan "por" el grupo, con una estructura fraternal*. En este caso, el dinamismo es análogo: *incitar y canalizar emociones colectivas en grupos solidarios*; el tipo de relación entre el grupo y el terapeuta es, sin embargo, diametralmente opuesto al de la corriente ejemplificada por Pratt. En lugar de idealizar el médico esta corriente estimula una fraternidad que busca el mayor sostén entre sus

² Grinberg y otros, *Op. cit.*

³ Pratt, J.H. *The Principles of Class Treatment and their Applications to various Chronic Diseases*, Hosp. Social Service, 1922. Citado por Grinberg y otros, *Op. cit.*

miembros, disminuyendo al máximo el liderazgo centrado en el técnico.

El ejemplo más acabado de esta tendencia terapéutica se encuentra entre los "alcohólicos anónimos" (los A.A.); esta organización, iniciada en 1935, cobra rápida aceptación en los años siguientes, en EE.UU., difundiéndose luego por muchos países. Los A.A., más que un grupo terapéutico en *strictu sensu*, forman generalmente una sociedad con contribución económica y participación voluntaria de sus miembros, algo así como una asociación de alcoholistas reformados.

El efecto terapéutico se basa en la presunción de que el ex alcoholista puede influir más eficazmente a otro alcoholista, este último es capaz de establecer lazos más plenos con su reformador, al saber que éste ha tenido el mismo problema y —lo que no es menos importante— frente al hecho de que ha podido superarlo. La dinámica de esta terapia es ingeniosamente eficaz pues el ex alcoholista se beneficia a su vez "restaurando" al paciente, y de esta forma se crean condiciones para que pueda conectarse desde "otro lugar" con su propio alcoholismo. Los A.A., tal vez el tipo más elaborado dentro de estas terapias colectivas, se reúnen semanalmente en sesiones similares a las de Pratt, en el sentido de que discuten temas relacionados con su misión, con la excepción ya señalada de que en este tipo de grupo no existe ningún líder que no sea "uno de nosotros".

Este tipo de terapia busca, a través de su carácter "fratemista", crear condiciones para que las personas que concurren a estas instituciones encuentren en ellas —a través de sus grupos— un espacio de soporte solidario de restitución de la dignidad personal, y/o de la identidad trastocada. Si bien muchas veces se gestan allí verdaderas místicas de lo fraterno, es indudable que estas organizaciones proveen redes de sostén perdidas generalmente en el espacio familiar, inhallables en el ámbito macrosocial.

Resumiendo, las primeras formas de psicoterapia colectiva que aquí se describen tienen un tronco común, caracterizado por su "dinámica", que consiste en la actuación "por" las emociones del grupo. Todavía no se plantea tratar de comprender su naturaleza ni modificar la estructura que subyace a las mismas; en líneas gene-

rales, tienden a estimular lo que popularmente se designa como "buenos sentimientos del grupo". Secundariamente, ambas corrientes se bifurcan en lo que respecta al papel del líder; la primera busca la identificación de los pacientes por la transferencia masiva hacia un líder de tipo paternal-deíctico; la segunda, por el contrario, tiende a formar "fraternidades", aboliendo en lo posible todo liderazgo externo o técnico profesional.

Estas orientaciones suelen ser terapéuticamente eficaces más allá de que operen dentro de "paradigmas" muy específicos. Tienen el mérito de haber llamado la atención sobre la importancia de la "socialización" del paciente, ya sea dentro de la institución o en su readaptación a la sociedad; además tienen la ventaja de poder agrupar a gran número de enfermos (las cifras oscilan entre 30 y 100, según los autores), con los consiguientes beneficios cuantitativos.

Sin haber teorizado sobre esto, en estado práctico, se encuentra aquí cierta noción de "efecto de grupo", en tanto descubrieron que el tratamiento de sus pacientes era más eficaz cuando eran agrupados que aisladamente. Queda la pregunta operando, ¿por qué?: *¿qué intercambios allí se producían para generar tales resultados? ¿cuáles han sido los enlaces subjetivos entre sus integrantes?, ¿qué figuras emblemáticas se organizan desde y organizan a, tan particular forma de inscripción institucional?*

Si se observa el dispositivo montado a partir de Pratt puede verse, en primer lugar, que trabajaba con grupos que obviamente no pueden recibir el nombre de restringidos; por lo tanto, es muy improbable que los enlaces de tales agrupamientos humanos se organizaran desde los mismos parámetros por los que se ha estudiado que se organiza un pequeño grupo. Sin duda en los grupos amplios no pueden encontrarse iguales condiciones que en los restringidos para desencadenar los procesos identificatorios y transferenciales. Miradas recíprocas, nombres, cercanías, ubicación en círculo, etc., son condiciones propias de los grupos pequeños que hacen posible que tales procesos se organicen en forma de redes cruzadas, dando así a los agrupamientos restringidos su peculiaridad.

Por tal motivo, se hace necesario pensar los grupos numerosos en su especificidad. Si bien los procesos identificatorios entre los

integrantes son mucho más lábiles, otros son los caminos por los que producen sus anudamientos-desanudamientos.⁴

En el caso de las terapias exhortativas parentales, los enlaces se producen a través de fuertes líderes "carismáticos". En estos dispositivos —como en el lewiniano— liderazgo y coordinación no se han descentrado aún. Dadas las características del dispositivo, se superponen necesariamente, por lo cual se puede afirmar que uno de los principales recursos de su eficacia terapéutica está centrado en la *sugestión*; efecto, ella misma, de los vínculos libidinales de cada integrante con el médico líder.

Si bien no deben subestimarse los aspectos sugestivos en las terapias con estructura fraternal, tiene importancia decisiva aquí, la red entre "iguales"; en ellas el grupo y la institución en la que éste actúa, disparan significaciones imaginarias donde predomina la configuración de un espacio microsocioal que opera como sostén yoico, soporte solidario, espacio restitutivo de la dignidad perdida y/o de la identidad trastocada. Al mismo tiempo pareciera imprescindible para su eficacia el establecimiento de transferencias institucionales, fuertemente positivas.

Si bien con formas técnicas mucho más actualizadas, se pueden encontrar resortes terapéuticos similares en los grupos de autoayuda de mujeres maltratadas.⁵

Quiere señalarse al pasar, la diferencia de las significaciones imaginarias que este tipo de enlaces colectivos parece disparar en sus integrantes: soporte solidario, sostén identificatorio, con aquellas registradas por Anzieu en los grupos amplios, quien acentúa, en dichos agrupamientos, la amenaza de pérdida de la identidad personal y transferencias negativas de tal amplitud e intensidad que se vuelven temibles para los coordinadores.

Si bien los primeros dispositivos grupales terapéuticos que instrumentaron las "emociones del grupo" como resorte curativo no teorizaron sobre esta situación, desde un nivel empírico comproba-

⁴ Son referencia obligada en este punto los aportes de Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1967. Asimismo, podrían compararse con las transferencias altamente idealizadas, analizadas por Kohut, T. *Análisis del self*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

⁵ Gerlic, Cristina. "Los grupos y la comunidad", Mesa Redonda, Cátedra Teoría y Técnica de Grupos "A", Facultad de Psicología, UBA, 1986.

ron que el grupo —en este caso amplio— ofrecía cierto resorte de eficacia terapéutica mayor que los tratamientos individuales. Puede observarse que se encuentra aquí en estado silvestre cierta noción de *efecto de grupo*; factores emocionales movilizados posiblemente a través de transferencias reforzadas hacia el terapeuta, entre los integrantes, hacia la institución; y un *embrionario dispositivo de grupo amplio*.

B. Aplicaciones iniciales del psicoanálisis a los grupos

Se abordarán ahora los aportes psicoanalíticos de orientación anglosajona en el trabajo y teorización sobre lo grupal. Esta corriente tuvo alta incidencia en nuestro medio y fue pionera en la organización de dispositivos grupales con fines psicoterapéuticos, donde por primera vez se utilizaron conceptos y formas técnicas del psicoanálisis para la comprensión de los grupos humanos. Originariamente pensados con fines psicoterapéuticos, estos dispositivos se aplicaron luego en la formación de coordinadores de grupo y en las intervenciones institucionales (Maxwell Jones y E. Jacques).

Esta corriente, dentro de las terapias colectivas, tuvo una importancia mucho mayor que las anteriores no sólo por su gran difusión sino por las consideraciones teórico-técnicas que la animaron. Inspirada en el psicoanálisis, fueron sus figuras pioneras más representativas Slavson, Schilder y Klapman. Más allá de algunas diferencias técnicas entre ellos *esta corriente introdujo la interpretación en la situación colectiva, aplicando al grupo el "setting" psicoanalítico; a través de estos recursos crea las condiciones para descentrar coordinación de liderazgo y para superar el procedimiento sugestivo propio de las terapias "por" el grupo.*

Al pasar del análisis "individual" al "colectivo", inmediatamente se presenta un problema, *¿a quién interpretar?* En el contrato psicoanalítico esto parece tan obvio que ni siquiera se pregunta, pero cuando el terapeuta se vio enfrentado a varios individuos en torno a él, la dirección de la interpretación adquirió un *status* problemático. En la solución de este dilema ha estribado una de las principales diferencias técnicas —y también teóricas— entre los procedi-

mientos de las diferentes corrientes que aplicaron el psicoanálisis a los grupos.

Tanto Slavson como Klapman buscaron la solución de esta dificultad, incluyendo como parte de su dispositivo un artificio consistente en tratar de unificar al grupo de varias maneras de modo que la interpretación dada en su seno valiera para todos —o para la mayoría— de los participantes. Así, por ejemplo, se intentaba "para obtener la unificación del grupo", integrar al mismo con pacientes de similares características en cuanto a grados de enfermedad, sexo, edad, nivel socioeconómico, etc.; también se realizaba una estricta selección de los integrantes, excluyendo aquellos que presentarían una enfermedad mental aguda que pudiera afectar la marcha de las reuniones; asimismo, solían iniciar las reuniones proponiendo un tema; estos recursos, denominados homogeneización, selección y preparación del grupo, respectivamente, trataban de lograr su unificación.

¿Por qué era para ellos imprescindible la unificación del grupo? Frente a la disyuntiva de a quién interpretar, la solución encontrada en ese primer momento fue agrupar a personas con un mismo tipo de problemas; se presuponía que la interpretación realizada a uno de sus integrantes debería ser válida para la mayoría de los mismos. Por esta razón se ha denominado a estas primeras formas de aplicación del Psicoanálisis a los grupos "terapia interpretativa individual *en* grupo".⁶ Actualmente, este artificio resulta sumamente rudimentario, pero lo que se quiere resaltar es que al introducir la interpretación psicoanalítica en los dispositivos grupales, *comenzó a problematizarse la dirección de la interpretación y fue necesario buscar técnicas específicas.*

Otro tipo de respuesta técnica al problema de la interpretación fue la "técnica interpretativa *de* grupo". Este tipo de terapia toma al grupo como fenómeno central y punto de partida de toda interpretación. Es decir, concibe al grupo como una totalidad, considerando que la conducta de cada uno de sus miembros siempre se ve influida por su participación en ese colectivo. Este tipo de enfoque considera que lo individual debe ser siempre contemplado dentro del marco colectivo donde se manifiesta.

⁶ Grinberg y otros, *Op. cit.*

Esta orientación tuvo gran desarrollo en la Argentina; dicen Grinberg, Langer y Rodríguez, verdaderos pioneros de esta forma de trabajo grupal:

sólo con un planteo que toma al grupo como una gestalt, entramos en el terreno de la microsociología. Aquí se considera el campo multipersonal como un fenómeno digno de ser estudiado por sí mismo. Es una psicoterapia "del" grupo y no del individuo "en" el grupo, o de los pacientes "por" el grupo.⁷

En función de esto denominaron a su técnica "psicoterapia de grupo", diferenciándola de aquellos que interpretaban al individuo "en" el grupo y de los que actúan "por" el grupo, manejando las emociones colectivas sin interpretarlas. Fundamentan su planteo alegando "la aplicación consecuyente y total del psicoanálisis al grupo con su técnica estrictamente transferencial". Advierten la importancia de interpretar a los participantes en su sesión únicamente en función del aquí y ahora dado que esta forma técnica permite que las respuestas provocadas integren al grupo. Señalan los inconvenientes que traen las interpretaciones individuales y no transferenciales. Así, por ejemplo, según estos autores, la interpretación dirigida a un acontecimiento de la historia de uno de los pacientes produciría un cambio de clima inmediato, ya que los demás sintiéndose excluidos, se distancian y entran en rivalidad con la persona a quien se ha interpretado. Plantean que en tal caso se está realizando un análisis individual, perturbado por la presencia de varias personas.

Polemizan fuertemente con otros terapeutas que interpretan en forma individualizada; reforzando sus argumentos dicen:

al adoptar un criterio de integración estamos siguiendo una línea actual de interpretación de los procesos que acontecen en los diversos terrenos. En biología Woltreck define el concepto de "organismo" como algo que es mucho más que la suma de las partes.⁸

⁷ Grinberg y otros, *Op. cit.*

⁸ Grinberg y otros, *Op. cit.* Obsérvese: a) el uso del referente microsociológico como soporte de esta práctica psicoanalítica; b) la noción de grupo como organismo; c) la insistencia del dilema singular-colectivo.

Difieren con otros psicoanalistas de la misma orientación como Foulkes, para quien la transferencia abarca una pequeña parte de lo expresado por el grupo. Basándose en las sensaciones contratransferenciales interpretan, en el aquí y ahora del grupo *la fantasía inconsciente* en sus múltiples manifestaciones.

C. El todo no lo es todo

Las psicoterapias de grupo psicoanalíticas hasta aquí presentadas suelen agruparse en dos tendencias: Psicoanálisis *en* grupo y Psicoanálisis *del* grupo. Interesa focalizar este punto por cuanto debe relacionarse con algunas cuestiones planteadas previamente. Tomando a los psicoanalistas *del* grupo, esto es, que analizan *al* grupo, podría pensarse que ésta sería la corriente que, superando el eventual "individualismo" de la anterior, en tanto toma al grupo como un todo, ha rescatado la especificidad de lo grupal.

Pero si se realiza un análisis más detenido se podrá observar que, *si bien se interpreta al TODO-GRUPO*, (en algunos casos se dirá incluso "el grupo piensa", "siente", "se angustia", etc.) es decir, se toma al grupo como destinatario de toda interpretación, *esto no es la garantía de que esa totalidad: el grupo, haya logrado algún grado de especificidad o particularización*. Se interpreta al grupo, ¿pero hay allí noción de grupalidad? Se planteó anteriormente que la demarcación de la totalidad suele ser condición necesaria pero no suficiente para el abordaje de la demarcación del campo grupal.⁹

¿Qué se le interpreta al grupo? Más allá de cierta influencia indirecta de la Dinámica de Grupos en algunos analistas de grupo ingleses y argentinos, se "lee" la transferencia, las ansiedades y las fantasías. Esto es, se traslada al conjunto del corpus psicoanalítico de esta corriente tal cual, pero en vez de interpretar a las personas singulares, es el grupo el receptor global de las interpretaciones; la fantasía inconsciente grupal, es aquella fantasía individual que ha operado como común denominador de los integrantes. El grupo más que confirmar una eventual totalidad específica, es algo así co-

⁹ Véase capítulo III.

mo un conjunto de personas portadoras de un sujeto inconsciente en el que se hallan inscriptos, y en tanto tal acreedor de igual tipo de interpretaciones que las personas que se encuentran en tratamiento psicoanalítico de contrato dual. Este tipo de orientación fue creando las condiciones de existencia de nociones como *fantasía grupal* que operaron en analogía con la fantasía inconsciente singular.¹⁰ Si bien es necesario considerar que los grupos construyen sus propias figuraciones imaginarias, es importante diferenciarlas de *supuestas fantasías grupales de igual categoría inconsciente que las fantasías investigadas por el psicoanálisis*. Es pertinente subrayar esta demarcación por cuanto *la búsqueda de "la fantasía inconsciente grupal" ha sido uno de los conceptos facilitadores de la ficción del grupo como intencionalidad*.

Con respecto a la relación todo-partes, planteos estructuralistas posteriores puntualizaron que no alcanza con afirmar que el todo es más que la suma de las partes, si no puede enunciarse el sistema de relaciones de las partes entre sí, de las partes con el todo y del todo y las partes. Este todo-grupo que en un primer momento se constituyó en principio de demarcación comienza así a transformarse en "obstáculo epistemológico"¹¹ para pensar lo grupal. El grupo — que en realidad resultó ser un "*gran individuo*" — es siempre posible de ser visualizado como un organismo vivo; analogías como: gran organismo, cuerpo que siente, piensa, se angustia, se defiende, transfiere, se resiste, etc., operan en realidad como cuerpos nocionales o representacionales destinados a suplir vacíos teóricos que aún presentaban las teorizaciones. El problema radica en que estos vacíos teóricos se mantuvieron como "necesarios" en tanto *se operó un pasaje del campo psicoanalítico al campo grupal sin reformular ninguna área del primero*.

Más allá de las críticas que desde la actualidad podrían realizarse a esta forma de trabajo, interesa resaltar — para una genealogía

¹⁰ Se utiliza aquí el término fantasía, en su sentido fuerte y restringido otorgado por el psicoanálisis al término. Si bien en la actualidad se prefiere el uso del término fantasma, se mantiene aquí el primero, dado que ésta fue la denominación utilizada por la corriente anglosajona y por los grupistas inscriptos en la misma.

¹¹ Pichon Rivière, E. *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1977.

de lo grupal — que *esta corriente abrió dispositivos grupales de número restringido con fines terapéuticos, es decir, instituyó grupos en un nuevo campo de aplicación: la clínica psicoanalítica*.

Con ligeras variantes, lo fundamental del bagaje tecnológico de ese dispositivo fue: siete u ocho integrantes se reúnen durante una hora y media, se sientan en forma circular con el analista; como no se les da un programa a desarrollar ni indicaciones precisas, todas las contribuciones surgen espontáneamente de los pacientes; todas las comunicaciones del grupo son consideradas como equivalentes a las asociaciones libres del paciente en la situación psicoanalítica; el coordinador mantiene una actividad similar a la que asume el psicoanalista en el tratamiento individual (es el objeto figura de la transferencia) e interpreta contenidos, procesos, actitudes y relaciones. Todas las comunicaciones son de importancia central para la curación y la actividad terapéutica del analista, y se consideran como partes de un campo de interacciones (la matriz del grupo). Todos los miembros deben tomar parte activa en el proceso terapéutico total. Todos los integrantes, incluido el coordinador, se sientan en *círculo* porque "esto involucra, inconscientemente, la posibilidad de hallarse todos a un mismo nivel".¹²

Esta corriente al incorporar al nuevo dispositivo las cuestiones básicas de la técnica psicoanalítica clásica abrió virtualidades que permitieran descentrar la coordinación con respecto a los liderazgos y creó las condiciones para la lectura de los procesos inconscientes circulantes en los grupos. Entonces, se instituyeron grupos; ahora bien, retomando la pregunta de Pontalis¹³ *¿qué hacen cuando instituyen grupos?* Analizan a una gran unidad indivisa, a la cual le dirigen similares interpretaciones que a las personas que optan por un psicoanálisis de contrato dual.

Bion¹⁴ ha señalado que, cuando las personas entran en estado regresivo fantasean al grupo como una totalidad amenazante de su in-

¹² En realidad, más que eventuales significaciones imaginarias de igualdad jerárquica, la disposición en círculo cobra relevancia en tanto modifica la situación del campo visual con respecto al psicoanálisis de contrato dual. Es decir, todos, incluido el coordinador, en igual posibilidad visual, por lo tanto implicados en los juegos de mirada.

¹³ Pontalis, J.B. *Op. cit.*

¹⁴ Bion, W. *Op. cit.*

tegridad individual; en realidad, no hay necesidad de entrar en estados muy regresivos para experimentar un fuerte sentimiento de amenaza, si la intervención interpretante posiciona a tal persona siendo parte, estando adentro, de un gran individuo. ¿Cómo no tener en cuenta la productividad de tal intervención provocando imágenes, violentando sentidos, etcétera?

No se toman en este trabajo algunas cuestiones muy polémicas que esta orientación ha despertado en el interior de la comunidad psicoanalítica, tales como el grado de eficacia del psicoanálisis del grupo con respecto al psicoanálisis "individual", o a las críticas al "kleinismo" de su forma de trabajo; no hay que olvidar que ése era el psicoanálisis de los años 50-60 en la Argentina. Tuvieron sin duda el costo de los pioneros; de tal forma, cuando años después son analizadas sus producciones, generan una sensación ambivalente, mezcla de admiración por su iniciativa de abrir caminos nuevos y al mismo tiempo una suerte de incomodidad frente a la precariedad inevitable de sus tecnologías.

En el intento de reconstrucción genealógica es conveniente detenerse en un punto significativo, ¿por qué habrán visto un "gran individuo"?, ¿por qué habrán pensado la existencia de una fantasía inconsciente grupal? Sin duda el pensar a los grupos como grandes individuos se transforma en un obstáculo epistemológico para pensarlos en sus propios sistemas de legalidades, sin embargo es probable que frente a esta pregunta no pueda formularse una única respuesta. Habrá que poner en juego diferentes cuestiones problemáticas.

Sin duda ésta fue la forma de poner en enunciado cierta constatación que realiza todo coordinador de grupos con respecto al plus grupal. Ese algo más que allí se constata pero que es difícil poner en palabras, atribuirle causas, establecer leyes. Al producir sus discursos sobre la grupalidad, esta corriente quedó restringida por cierta tendencia del psicoanálisis —en cualquiera de sus escuelas— a la extraterritorialidad¹⁵, esto es, a considerar el sistema de legalidad propio para el campo psicoanalítico, como absolutamente válido para interpretar regiones de otras territorialidades disci-

¹⁵ Castel, R. *El psicoanálisis. El orden psicoanalítico y el poder*, Siglo XXI, México, 1980.

plinarias; esto implica no considerar otros campos disciplinarios como tales, sino como meros espacios de aplicación del psicoanálisis. Este tipo de extrapolaciones que suelen constituir —aun hoy— fuertes impensables del psicoanálisis, pudieron hacer posible que estos primeros psicoanalistas de grupo consideraran que sólo era cuestión de trasladar el bagaje tecnológico y sus formas de contrato dual al colectivo, sin necesidad de grandes modificaciones. Esta ha sido una de las maneras por las que el *a priori* "individualista" creó condiciones para pensar a los grupos con igual sistema de legalidades que lo inconsciente. Tal *a priori* opera aquí dos movimientos de reducción; uno por el cual, como se ha señalado en páginas anteriores, el grupo es pensado como un gran individuo; otro por el cual se confunde el "sujeto del inconsciente" con el "moi" y aun con el "individuo", reducción criticada enfáticamente por Lacan.¹⁶

Por otra parte, no pueden dejar de mencionarse situaciones internas a la institución psicoanalítica, ya que si quienes montaban dispositivos grupales clínicos eran psicoanalistas, por el hecho de serlo se encontraban frente a la urgencia de legitimar sus prácticas frente a sus pares. En tal sentido el camino elegido para hacerlo fue mostrar que aquello que realizaban en sus grupos era psicoanálisis y por lo tanto debía presentar las menores variaciones posibles con respecto a la forma instituida de contrato dual. Esto operó como fuerte obstáculo para pensar cualquier especificidad o diferencia tanto teórica como técnica en los grupos; este peso de la institución psicoanalítica, en su forma corporativa, no sólo suele encontrarse en los primeros intentos de articulación del psicoanálisis con el campo grupal, sino que ha recorrido la historia misma de la institucionalización del psicoanálisis.¹⁷

En función de lo antedicho, de aquí en más se hará necesario distinguir los importantes aportes del psicoanálisis —en sus distintas corrientes— al campo grupal, de un *psicoanálisis* en los grupos.

¹⁶ Lacan, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Paidós, Barcelona, 1984.

¹⁷ Rosalato, G. "El psicoanálisis transgresivo", *Rev. Argentina de Psicología*, n° 29, Buenos Aires, 1981.

Junto a esta forma que adopta el psicoanálisis en el campo grupal: *tomar al grupo como un gran individuo*, y su consecuencia teórico-técnica: la *fantasía inconsciente grupal*, puede mencionarse otra forma de su extraterritorialidad, que suele acompañar a la primera: la *novela psicoanalítica de los grupos*; el contenido de su narrativa varía según la corriente de psicoanálisis en que se produzca, así, podrá pensarse el grupo como una boca, como cuerpo de la madre arcaica, como un espacio edípico, en estados ansiosos, melancólicos, en transferencia, etc., cuando en realidad los grupos, como las masas y las instituciones no son madre ni padre, ni tienen pulsiones, deseos ni estados psicopatológicos. Por consiguiente, *se vuelve imprescindible diferenciar la escucha analítica como instrumento imprescindible en el trabajo con grupos* —aun por fuera de la clínica— de la “comprensión” de los acontecimientos grupales desde alguna narrativa psicoanalítica de los mismos.

A partir de aquí, y volviendo a planteos de páginas anteriores, puede afirmarse que *el pensar la totalidad no garantiza la absoluta demarcación del campo disciplinario*; habrá que pensar las relaciones de las partes entre sí con el todo. Una vez armada esta articulación el todo no tiene por qué contradecirse con momentos particularizados de las partes; asimismo, dentro de este conjunto habrá que pensar cuáles son los organizadores que relacionan al todo y las partes, a las partes en sí.

Tal vez lo que más interesa subrayar es la incidencia que esta forma de pensar la relación todo-partes tiene de manera directa en las modalidades técnicas en grupo; así, por ejemplo, *la noción de un todo fundante del que derivan o emergen partes*, suele orientar intervenciones globalizantes de la coordinación, enunciadas generalmente en forma impersonal, que subordinan o silencian las particularidades, diferencias, singularidades, a una totalidad homogénea y de hecho masificadora.

En ese sentido, de considerar al grupo como un todo, habrá que trabajar una *noción de totalidad que no homogenice partes*, donde las singularidades puedan ser significadas en todos sus movimientos de diferencias e identidades. Donde las singularidades no sean sinónimo de las personas que componen tal colectivo.

En el dispositivo que monta el psicoanálisis de grupos puede observarse que, si bien sostienen la intuición fundante de un plus gru-

pal irreductible, al no poder sostener la tensión todo-partes subsumieron estas últimas en el primero. Esto implicó consecuencias técnicas presentes aun en la actualidad, y que han dado lugar a muchas críticas basadas en el *efecto-masa* que producen los grupos.¹⁸ Se recicla ahora en el campo psicoanalítico una polémica que se había desatado en la psicología académica entre totalistas y elementalistas, o como los denomina Asch¹⁹ entre individualistas y mentalistas. Para los primeros el grupo era una combinación construida a partir de elementos individuales, mientras que el segundo convierte al grupo en un gran individuo, de la misma clase que los individuos humanos y con los mismos mecanismos de funcionamiento interno. Su tesis de una mentalidad de grupo fue una respuesta reactiva frente a los individualistas que ostentaban al individuo como prueba corpórea de sus argumentaciones; una mente de grupo antropomórficamente pensada, debía ser la prueba más contundente en épocas en que el Hombre se constituía en nuevo mandatario de la modernidad.

El psicoanálisis del grupo —que junto con la concepción operativa de Pichon Rivière y el Psicodrama Psicoanalítico, formó a la mayoría de los coordinadores de grupo de los años '60 y '70 en la Argentina— operó persistentemente con el reduccionismo señalado; en ese sentido constituye un fiel exponente de la mentalidad de grupo. Son varias las figuras de este reduccionismo.²⁰ Una de ellas es la tendencia a visualizar un *grupo como una “persona”* de la cual cada integrante representa una función o estructura especializada;

¹⁸ El problema de estas críticas es que si bien puntualizan correctamente el problema, atribuyen este rasgo: efecto-masa, a una cualidad indeseable de los grupos; es decir sustancializan el rasgo sin alcanzar a ver que éste es inherente al dispositivo montado y no una característica esencial de los grupos. No hay que olvidar que con este tipo de críticas se justifica la descalificación de los abordajes grupales y se sostiene como único espacio válido de cura el dispositivo psicoanalítico de contrato dual. Pero éste es otro problema, aquel donde la polémica científica se subordina a las luchas por la hegemonía en el campo profesional. Véase Fernández, A.M. “Legitimar lo grupal”, en *Lo grupal* 6. Búsqueda, Buenos Aires, 1988.

¹⁹ Asch, S. *Psicología social*, Eudeba, Buenos Aires, 1964.

²⁰ Colapinto, “La psicología grupal: algunas consideraciones críticas”, *Rev. Argentina de Psicología*, n° 8, Buenos Aires, 1971. Nótese la fecha en que este autor realiza estas puntualizaciones que mantienen en la actualidad absoluta vigencia.

esto permite al coordinador "entender" lo que acontece a través de una imagen integrada, unificadora. Otra figura es la *adscripción de vivencias al grupo*, corolario biológico de su personificación, por la cual éste es capaz de vivenciar emociones; esto contribuye a un estilo técnico bastante frecuente que parte de la suposición de que si "una parte del grupo" (algún miembro o miembros) expresa un sentimiento, los que no lo manifestaron deberán sentirlo de alguna manera. En consecuencia la interpretación hará referencia a ese sentimiento del grupo. Se encuentran aquí en acto dos nociones: el *individuo-síntoma que representa al grupo persona* y el *grupo dotado de intencionalidad*. Estas nociones harán posible intervenciones interpretativas que pondrán en enunciado cuestiones tales como que el grupo transfiere, resiste las interpretaciones, se angustia, se deprime o está maníaco.

Otra consecuencia típica de la personificación es el *tomar la parte por el todo*; en estos casos se supone que "el emergente" mantiene con el grupo la misma relación de representación que la sustentada por un segmento de conducta respecto de la persona total. La lógica interna de este supuesto es la siguiente: a partir de la premisa "la conducta de un elemento es función del todo", se concluye con rapidez que la conducta del individuo es la conducta del grupo. Su sostén es la convicción de que cualquier conducta de un miembro *representa o expresa* la situación que atraviesa el grupo, es decir que el "problema" de un integrante es representación a escala individual del "problema" grupal.

Sin duda, una producción discursiva gestual, corporal, etc., de algún integrante de un grupo puede configurarse *eventualmente* como indicador de una situación grupal, pero a condición de que cobre tal significación en una red de enlaces discursivos, gestuales, etc.; es decir a veces y no siempre. En consecuencia, lo que quiere aquí advertirse es el vicio de cierto reduccionismo por el cual el coordinador está dispuesto *a priori* a registrar todo movimiento de algún integrante del grupo como indicador veraz y cierto de un movimiento análogo en el colectivo en cuestión; de tal forma los integrantes, en sus intervenciones son contribuyentes anónimos de una "conducta" o "fantasía grupal" indiferenciada que se expresa a través de ellos.

D. Del líder al oráculo

La incorporación del "setting" psicoanalítico en el trabajo con grupos otorgó las condiciones para descentrar al lugar de la coordinación de los liderazgos; es decir, abrió la posibilidad para que sus producciones se asentaran sobre mecanismos diferentes a la sugestión. No menos importante es la vía que así se fue abriendo para alejar a los grupos del fantasma de la manipulación

Nótese que se dice abrir la posibilidad y no suprimir la sugestión y la manipulación por cuanto ambos, al igual que la neutralidad analítica, siempre caminan por el difícil sendero de la vacilación.²¹

De todos modos, las condiciones de neutralidad que la transferencia del "setting" analítico al campo grupal produjeron, han sido un jalón significativo que merece subrayarse; la introducción de la escucha analítica, con sus condiciones de neutralidad y abstinencia, al desmarcar la coordinación de los liderazgos, dejó a ésta en mejores condiciones para la elucidación del acontecer grupal; sin embargo, los psicoanalistas del grupo que hicieron posible este significativo aporte, sesgados en el acto de lectura por el estilo kleiniano propio de ese momento institucional del psicoanálisis, reciclaron otra forma de poder de la coordinación; en tanto el coordinador, en el acto interpretante, develaba lo oculto del grupo, se instituyó en un nuevo lugar de saber-poder; él era quien sabía lo que al grupo le pasaba. Se acercaba así a la constitución de otra forma de liderazgo; si bien ya no lideraba las discusiones o diálogos que se daban en el grupo, era él quien detentaba un supuesto saber del grupo organizando un *lugar de coordinación-oráculo*. Debe agregarse a lo señalado que el estilo de interpretaciones transferenciales propias de esta escuela, sobreinveste al coordinador e instaura recurrentes apropiaciones de sentido. Ambos factores refuerzan las formas de poder de esta manera de posicionarse de la coordinación.

En síntesis, la unificación de liderazgo y coordinación propia de la microsociología es superada por el psicoanálisis del grupo; este aporte psicoanalítico, al necesitar re-crear las condiciones técnicas de la escucha psicoanalítica incorpora en su trabajo con grupos sus

²¹ Azubel, A. y otros, *La práctica analítica. Vacilación de la neutralidad*. Folios, Buenos Aires, 1984.

condiciones de posibilidad, es decir neutralidad y abstinencia. Hito importantísimo para una genealogía de lo grupal; pero, en tanto sus lecturas de lo grupal se encontraron dentro de una *teoría de la representación-expresión* y sostenían una noción de todo en el que se subsumen las partes, se organizaron las condiciones para re-vestir en otro lugar de hegemonía a la coordinación; surge así el *coordinador-oráculo*, quien si bien devuelve sistemáticamente los liderazgos al grupo, sólo él sabe-comprende a través de las manifestaciones visibles *el sentido oculto* del acontecer grupal. Es decir que si bien devuelve los liderazgos de opinión y/o de acción, se instituye en otra forma de liderazgo: *él sabe qué dice un grupo cuando sus integrantes hablan*.

Capítulo V

EL SEGUNDO MOMENTO EPISTEMICO

A. Cierta especificidad grupal (La noción de supuestos básicos)

Bion realizó una primera experiencia con grupos como psiquiatra militar inglés durante la Segunda Guerra Mundial. Estaba encargado de un hospital de unos 400 hombres donde se volvía imposible realizar abordajes psicoterapéuticos individuales y en el que reinaba la indisciplina y la anarquía. Se le ocurrió ver en ello una situación psicoanalítica en la que el "paciente" era una comunidad, considerar la actitud de los soldados como una resistencia colectiva, adoptar la actitud de no intervención del analista ante esta realidad y limitarse exclusivamente a las relaciones verbales. Su objetivo fue obligar a esta colectividad a tomar conciencia de sus dificultades, a constituir un grupo propiamente dicho y volverse capaz de organizarse a sí misma. Promulga un reglamento: los hombres se reunirán en grupos que tienen por objeto una actividad diferente; cada grupo es libre, en todo momento, de abandonar su actividad y volver al cuartel a condición de comunicarlo al vigilante jefe; la situación del conjunto se examinará todos los días a mediodía. Tras un período de vacilaciones, debido a los hábitos reinantes y a la duda sobre la buena fe del médico, los ensayos se multiplicaron hasta el punto en que un grupo logra especializarse en la organización del diagrama de las actividades que desarrollaban todos los días. Bion, al principio, denunciaba con sus propios actos la ineficacia que los soldados acusaban al Ejército; se negaba a intervenir en los

problemas suscitados por los robos y abandono de obligaciones devolviendo esta situación colectiva a la colectividad. Se inició así la formación en sucesivas etapas, de un "espíritu de cuerpo": protestas colectivas contra los irresponsables, búsqueda de actividades que elevaron el sentimiento de dignidad personal y rápida salida de los recuperados. A su vez, comenzó a observarse que este espíritu se imponía a los recién llegados y actuaba su evolución personal de manera significativa.¹

Después de la guerra, Bion se ocupó de la readaptación de los veteranos y antiguos prisioneros de guerra a la vida civil, con un método de psicoterapia de grupo que se planteaba como objetivo "tratar de comprender las tensiones que se manifiestan en el curso de las sesiones, entre sus integrantes".

Estas primeras experiencias fueron organizando las producciones teóricas de Bion sobre lo grupal. Muy sintéticamente, enunció que el comportamiento de un grupo se efectúa a dos niveles, el de la tarea común y el de las emociones comunes; el primer nivel es racional y consciente: todo grupo tiene una tarea que él mismo se da, el éxito de la misma depende del análisis correcto de la realidad exterior, de la distribución y ordenada coordinación de los roles en el interior del grupo, de la regulación de las acciones por medio de la búsqueda de las causas de éxitos y fracasos y de la articulación relativamente homogénea de medios y objetivos.

Sin embargo, observaba que cuando se agrupa gente que individualmente puede comportarse de manera razonable frente a un problema, basta con agruparlos para que se vuelvan difícilmente capaces de una conducta racional colectiva; frente a esto Bion pensó en la predominancia de los procesos psíquicos "primarios"; llega de esta manera a la conclusión de que la cooperación consciente entre los miembros del grupo, necesaria para el éxito de sus actividades, requiere de una circulación emocional y fantasmática inconsciente entre ellos; la importancia atribuida a la misma le permitió afirmar que incluso la cooperación puede ser paralizada o estimulada por ella.

¹ Bion, W. *Op. cit.*

Destacó que los individuos reunidos en un grupo se combinan en forma instantánea e involuntaria para actuar según unos estados afectivos que denominó "supuestos básicos"; estos estados afectivos son para Bion arcaicos, pregenitales, y se los reencuentra en estado puro en la psicosis. Describió tres supuestos básicos a los que el grupo sin reconocerlos se somete alternativamente; expresan algo así como fantasías grupales, de tipo omnipotente y mágico, acerca del modo de obtener sus fines, de satisfacer sus deseos; caracterizados por lo irracional de su contenido, tienen una fuerza y "realidad" que se manifiesta en la conducta del grupo; son inconscientes y muchas veces opuestos a las opiniones conscientes y racionales de los miembros que componen el grupo. Todos ellos son producciones grupales que tienden a evitar las frustraciones inherentes al aprendizaje por experiencia, en tanto esto implica esfuerzo, dolor y contacto con la realidad. Los denominó *supuesto básico de dependencia*, *supuesto básico de ataque y fuga* y *supuesto básico de apareamiento*.

La narrativa de un grupo bajo el supuesto básico de dependencia sustenta el argumento por el cual el grupo está reunido para que alguien, de quien éste depende en forma absoluta, provea la satisfacción de todas sus necesidades y deseos; implica la creencia colectiva de que ese alguien tendrá por función proveer seguridad al grupo; es la creencia de una deidad protectora cuya bondad, potencia y sabiduría no se cuestionan.

El supuesto básico de ataque y fuga consiste en la convicción grupal de que existe un enemigo y que es necesario atacarlo o huir de él, en tanto la única actividad defensiva frente a este objeto es su destrucción (ataque) o evitación (huida).

Por último, cuando opera el supuesto básico de apareamiento sus integrantes producen una creencia colectiva e inconsciente por la cual un hecho futuro o un ser no nacido resolverá sus problemas; constituyen una esperanza de tipo *mesianico*; lo importante en este estado emocional es la idea de futuro más que la resolución en el presente.

Para algunos autores estos aportes de Bion han resultado de gran utilidad para "ordenar" las muchas veces oscuras situaciones emocionales de los grupos, ya que al delimitar tres grandes configuraciones emocionales específicas, el coordinador dispone de un

nuevo instrumento para la comprensión de los fenómenos de los que participa.² Se ha considerado a los supuestos básicos como reacciones grupales defensivas a las ansiedades psicóticas, reactivadas por el dilema del individuo dentro del grupo y la regresión que este dilema le impone.

Los supuestos básicos refieren a un nivel emocional primitivo que coexiste según Bion con otro nivel de funcionamiento que es del *grupo de trabajo*; con este término alude a otro tipo de mentalidad y cultura grupal que la que rige en los grupos de supuesto básico, ya que en los grupos de trabajo las actividades se realizan racional y eficientemente; sus líderes son aquellos integrantes que pueden ofrecer al grupo las propuestas más aptas para el desarrollo de sus tareas. Grupo de supuesto básico y grupo de trabajo coexisten, determinando un conflicto recurrente en el grupo.

En síntesis, la actividad de un grupo de trabajo se ve frecuentemente interferida por la aparición de factores emocionales; esta aparición puede ser en forma de dependencia, de agresión y huida, o por la formación de un apareamiento mesiánico. Asimismo el supuesto básico predominante orienta las opiniones del grupo en un momento dado (mentalidad grupal) y da cuenta de la cultura del grupo en esa situación; así por ejemplo la cultura del grupo de dependencia, basada en el supuesto básico del mismo nombre, se organiza buscando un líder que cumpla la función de proveer las necesidades del grupo.

A principio de 1948 el comité profesional de la Tavistok Clinic le solicitó que tomara a su cargo grupos terapéuticos empleando su propia técnica; es muy sugerente la forma en que el propio Bion relata esta propuesta:

En realidad no tenía elementos para saber lo que el Comité entendía con esto [se refiere a su propia técnica], pero era evidente que para ellos yo había trabajado anteriormente con grupos terapéuticos. En verdad, sólo había experimentado tratando de persuadir a grupos de pacientes que la tarea del grupo fuera el estudio de sus tensiones, y

² Grinberg, L. y otros, *Introducción a las ideas de Bion*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.

supuse que el Comité deseaba que hiciera esto de nuevo. Era desconcertante que el Comité pareciera creer que los pacientes pudiesen ser curados en tales grupos. Ello me hizo pensar desde un principio que su idea acerca de lo que había sucedido en aquellos grupos en los que yo era uno de los integrantes, era muy diferente de la mía. De hecho, la única cura de que podía hablar con certeza estaba en relación con un síntoma propio, comparativamente sin importancia: la creencia de que los grupos debían tomar mis esfuerzos con simpatía. Sin embargo, consentí y, en consecuencia, después de las formalidades debidas me encontré sentado en una sala con ocho o nueve personas —a veces más, otras menos— algunas veces pacientes, otras no. Con frecuencia, cuando los miembros del grupo no eran pacientes me encontré perplejo.³

Bion sostenía que cuando un individuo en grupo tiene la creencia de que el grupo existe como algo diferente a la suma de los individuos, esto es producto de un estado regresivo de tal integrante; alimenta tales fantasías porque su regresión implica una amenaza de pérdida de su particularidad individual, esto le dificulta ver al grupo como un agregado de individuos. Un agregado de individuos: esto es el grupo para Bion.⁴

Esta aseveración parecería ser contradictoria con sus nociones de mentalidad grupal y cultura grupal. Tal enunciación no se le escapará a Pontalis, quien apoyándose en el planteo bioniano sostendrá que el grupo es una ficción, una fantasía. Es realmente interesante esta aparente contradicción bioniana porque como dirá el autor citado, “nadie, psicólogo o no, puede considerar ‘científica’ la definición de un grupo como el de un agregado de individuos. Es muy cierto que un grupo puede ser objeto de observación o de análisis”.⁵ La originalidad de Bion para este autor sería entonces la de aferrarse a los dos extremos de la cadena, ya que si en el campo sociológico el grupo es una realidad específica, cuando funciona como tal en el campo de la psiquis individual —modalidad y creencia que toda la psicología tiende a fortificar— opera efectivamente como fantasía. Subraya este autor que desde Bion pueden distinguirse grupos reales y grupos como fantasía.

³ Bion, W. *Op. cit.*

⁴ Bion, W. *Op. cit.*

⁵ Pontalis, J.B. *Op. Cit.*

Recapitulando, Bion “descubre” que la cooperación consciente entre los miembros del grupo, necesaria para el éxito en sus tareas, requiere de la circulación fantasmática inconsciente entre ellos, hasta tal punto que la cooperación puede ser regulada o paralizada por dicha circulación fantasmática inconsciente. Los individuos reunidos en grupo se combinan en forma instantánea e involuntaria para actuar de acuerdo a los supuestos básicos.

Produce aquí un planteo original: *los supuestos básicos*, verdaderos organizadores grupales, es decir, reguladores implícitos de los comportamientos grupales que permiten pensar en la existencia de un sistema de legalidades implícito en el desorden de los hechos empíricos grupales; estos organizadores fantasmáticos regulan el accionar de los individuos en el grupo; de todos modos para Bion los tres supuestos básicos emergen como formaciones secundarias de una escena primitiva más antigua. Los supuestos básicos serán nudos fantasmáticos colectivos en el grupo en un momento dado, así se referirá Anzieu a ellos.⁶

La teoría de los supuestos básicos puntualizó, por primera vez dentro del campo psicoanalítico, operadores organizacionales no individuales; aquí tal vez radique su mayor importancia, en tanto, como señala Bauleo, “*consiguió producir un instrumento para entender lo que sucede al grupo como grupo*”.⁷ En este sentido, pueden considerarse *los supuestos básicos como esquemas subyacentes que organizan*—en el sentido que se habla de organizadores en embriología— *el comportamiento de un grupo orientando por ejemplo la elección sobre tal tipo de líder*.

Sin embargo, Pontalis, inscripto ya en una posición en cierta medida estructuralista dentro del Psicoanálisis, demandará a Bion por la “estructura” que posibilitará los supuestos básicos; dicho de otra manera, si los supuestos básicos son efectos grupales, falta en Bion, para Pontalis, el análisis de la estructura que los provoca o determina.

⁶ Nótese que reaparece el término nudo. Anzieu, D. *El grupo y el inconsciente*, Op. cit. Este autor retomará la idea de formaciones secundarias con respecto a una escena primitiva más antigua.

⁷ Bauleo, A., “Estado actual del Psicoanálisis individual y grupal”, en *El inconsciente institucional*, Nuevo Mar, México, 1983.

B. El segundo momento epistémico: los organizadores grupales

¿En qué radica la importancia de la noción de los supuestos básicos? Para una reconstrucción genealógica marca un avance en los discursos de la grupalidad, en particular con respecto a propuestas anteriores que tomaban como discurso teórico el nivel fenoménico y también frente a aquellas que trasladaron en bloque “lo psicoanalítico” al grupo.

Sin duda, el planteo de los supuestos básicos como organizadores implica una búsqueda de un sistema de legalidades propio, específico del campo grupal; según Anzieu, hasta Bion la comprensión psicoanalítica de los grupos consistía en un psicoanálisis aplicado al grupo ya que, hasta entonces, los grupos no se habían considerado aun dentro de esta disciplina como un posible campo de descubrimientos. La noción de supuestos básicos es un primer intento, dentro de los aportes psicoanalíticos, de tomar a los grupos ya no como un campo de aplicación sino como un campo de descubrimiento. No habría que subestimar que uno de los resortes de esta posibilidad haya sido la falta de urgencias explicitada por Bion de denominar psicoanalíticos a los tratamientos grupales por él desarrollados.

La relevancia genealógica otorgada a la noción de supuesto básico como organizador grupal, no debe impedir resaltar las objeciones que ofrece su implementación técnica, ya que suele operar restrictivamente en la lectura de los acontecimientos grupales, tipificando los mismos según “contenidos” preestablecidos; asimismo, suelen inducir en el coordinador un adentro grupal ilusorio, cerrando su lectura hacia el grupo plegado sobre sí mismo (grupo isla).

De todos modos, términos bionianos tan controvertidos como mentalidad grupal, cultura grupal, que él mismo no alcanzó a desarrollar suficientemente, no deberían desecharse con ligereza; habría que revisarlos, con un criterio de elucidación crítica que permita las rectificaciones necesarias, ya que es probable que allí pudiera estar en germen cierta intuición de que *los grupos arman formas propias* dibujando los acontecimientos grupales; en ese sentido, estos términos sin duda confusos, podrían pensarse como un intento de poner en palabras alguna intuición con respecto a los enlaces de

subjetividades, a los anudamientos-desanudamientos de significaciones imaginarias, en tanto particularidades de lo grupal.

Se quiere subrayar, entonces, que para Bion los grupos, en tanto espacios de producción colectiva, constituyen un campo de descubrimiento que necesita, para su elucidación, *la creación de instrumentos conceptuales específicos*. Si bien capturado en la narrativa kleiniana —hoy fuertemente revisada a partir de la relectura de Freud impulsada por Lacan y su escuela y las nuevas teorizaciones a partir de allí producidas por esta corriente— supo puntualizar una serie de acontecimientos específicamente grupales a los que intentó comprender a través de la producción de conceptos también específicos. Es decir que, desde un lugar de escucha analítica, no aplicó el corpus psicoanalítico “in toto”, sino que *dejó planteada la necesidad de instrumentos conceptuales específicos de la grupalidad, abriendo así el campo grupal como espacio de producción teórica y no como un mero campo de aplicación del psicoanálisis*.

C. El encargo a Bion y su producción teórica

Es importante detenerse en las condiciones de producción de la noción de supuesto básico. En primer lugar Bion es psiquiatra de un hospital militar en plena guerra, es comandante y las personas con las que trabaja en sus grupos son soldados u oficiales generalmente de rango inferior. Es un representante de la autoridad tanto militar como psiquiátrica; sin embargo, se ubica frente a ellos en una actitud más cercana a la postura de un psicoanalista que a la de un militar superior jerárquico. Nótese que esto sucede en los años 40, cuando aún la cultura “psi” no se había desarrollado lo suficiente como para que las personas pudieran tomar con cierta naturalidad el encontrar a alguien en actitud de psicoanalista en los lugares más inesperados.

Estos soldados han obtenido un coordinador de grupos, pero han perdido necesariamente un jefe militar; han ganado a alguien que al descentrarse de las formas de liderazgo propias de esta institución, deja sin sostén aquello que ya Freud había descrito en *Psicología de las masas y análisis del yo*, como la estructura libidinal

uno-a-uno con el jefe que hace posible “la ilusión de la presencia visible o invisible de un jefe que ama con igual amor a todos los miembros de la colectividad”.⁸ Ese jefe, lugar del ideal del yo, se ha propuesto, para sí mismo, un otro lugar.

Freud toma el ejemplo del pánico en un cuerpo de ejército para ejemplificar el papel del jefe. “Sin que el peligro aumente, basta la pérdida del jefe —en cualquier sentido— para que surja el pánico”. Ruptura de los lazos afectivos que garantizan la gestión militar; angustia colectiva equiparable en Freud a la angustia neurótica, a las pautas de comportamiento psicótico para Bion.

Dependencia, ataque-fuga, mesianismo, son sin duda componentes habituales, tanto en la práctica subjetiva militar como en sus categorías emblemáticas y, por lo tanto, con toda seguridad, muy disponibles para organizar las figuraciones propias de los grupos coordinados por Bion. Por otra parte el poco tiempo que Bion trabajó con grupos civiles probablemente lo haya privado de la posibilidad de ratificar o rectificar la presencia de figuraciones de este tipo en las significaciones imaginarias de colectivos menos particularizados que los que desplegó en el ámbito militar. (La Asociación Psicoanalítica Británica censuró su trabajo con grupos, situación que llevó a Bion a abandonar esta tarea a los pocos meses de haberla comenzado.)

Desde una propuesta de elucidación crítica, se vuelve necesario diferenciar la localización de un tipo de movimiento muy característico de las actividades grupales que realiza Bion, de la narrativa utilizada por dicho autor para su explicación; es decir se intenta diferenciar la *puesta en visibilidad* de determinadas formas grupales de *sus maneras de enunciabilidad*, rescatando la primera y abriendo a revisión la segunda. De tal modo, al subrayar la inscripción institucional —fuerzas armadas, Segunda Guerra, etc.— que inscriben y marcan de alguna manera esta producción teórica, *se pretende situar, delimitar, las formas y los ordenamientos de los enunciados, más que impugnar la localización de los acontecimientos*.

⁸ Freud, S. *Psicología de las masas y análisis del yo*, Biblioteca Nueva, Tomo I, Madrid, 1967.

Al mismo tiempo, es importante recordar que cuando se invisibiliza la capacidad del dispositivo elegido para producir efectos grupales se crean muy buenas condiciones para esencializar sus procesos; de igual forma al negar la importancia de las inscripciones institucionales en la que se gestionan y despliegan las experiencias y sus teorizaciones, se vuelven posibles generalizaciones que al desmarcarse de sus condiciones de producción se universalizan tal vez desde una premisa no exenta de *sustancialización*. El análisis crítico emprendido en este trabajo intenta, justamente, abrir problematización sobre estas cuestiones.

¿A qué urgencia social habrá respondido la implementación de dispositivos grupales con fines terapéuticos en las Fuerzas Armadas Británicas? La psiquiatría inglesa tenía que encontrar un sistema diferente al alemán que terminara con la desmoralización de las tropas; un sistema destinado a reabsorber eficazmente las angustias y solidaridades de grupos, para la vida y para la muerte, y que se asentara sobre bases diferentes al hechizo, aglutinador típico del ejército nazi; había que restituir, personal y militarmente a los innumerables inadaptados, delincuentes y neuróticos que afluyeron en 1940 a los hospitales británicos. La presión de esta urgencia —según Lacan— dio lugar al “*group therapy*”.⁹ Freud ya había subrayado en *Psicología de las masas y análisis del yo*, que la negligencia del factor libidinal, en el Ejército, el maltrato a los combatientes, parecería haber constituido una de las principales causas de la neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial. En consecuencia se volvía necesario encontrar soportes que disminuyeran las condiciones de posibilidad de emergencia de las mismas.

De tal modo, se inventan los dispositivos mencionados, en el intento de reactivar “identificaciones horizontales” (se las denomina así en contraposición a las identificaciones verticales dirigidas al jefe), agrupándolos entre sí:

Sobre esta base —dice Lacan— el psiquiatra psicoanalista se propondrá organizar la situación de manera tal de forzar al grupo a to-

⁹ Lacan, J. “La psychiatrie anglaise et la guerre”, en *Evolution psychiatrique*, 1947. Agradezco a Germán García por haberme facilitado esta publicación.

mar conciencia de sus dificultades de existencia como grupo. Naturalmente no hay órdenes ni sanciones; cada vez que se apela a su intervención, Bion como psicoanalista devuelve la pelota a los interesados.¹⁰

No hay castigo ni tampoco reemplazo del objeto deteriorado, robado o perdido; al grupo le corresponde valorar lo que ha pasado. Fueron doscientos cincuenta psiquiatras los destinados a esta labor; junto a Bion, pueden mencionarse Rees, Rickman y Foulkes; este último trabajó en hospitales de la Armada Británica.¹¹

Interesa resaltar varias cuestiones. En primer lugar esta intervención de los psicoanalistas ingleses fisuró una fuerte antinomia, que aún conserva su vigencia: psiquiatría pública-psicoanálisis privado.

En segundo lugar —y la discusión de Lacan con los psiquiatras franceses, luego de presentar la ponencia donde relata la experiencia inglesa¹² es muy elocuente al respecto—, muestra cómo una de las vías privilegiadas de pasaje de una psiquiatría organicista a una psiquiatría social fue a partir de la instrumentación de herramientas conceptuales y técnicas provenientes del psicoanálisis.

Y, en tercer lugar, cuando un campo disciplinario se abre a intervenciones para las que no fue especialmente construido, si bien no tiene por qué rehuirse, debe acentuar aquellos recaudos que le permitan poner en visibilidad las demandas sociales a las que es invitado a responder. Ya en 1947 el mismo Lacan advierte sobre estas tres cuestiones y si bien es enfático al respecto no oculta su admiración por el trabajo con grupos de los psicoanalistas ingleses durante la Segunda Guerra Mundial.

La *necesidad masiva de asistencia*: de aquí en más será una de las razones habituales en los países de significativo desarrollo de la cultura “psi”, para implementar dispositivos grupales con fines psicoterapéuticos.

¹⁰ Lacan, J. *Op. cit.*

¹¹ Foulkes, S.H. *Therapeutic Group Analysis*, G. Allen & Unwin Ltd., London, 1964.

¹² Lacan, J. *Op. cit.*

Esta realidad no puede naturalizarse. Muy por el contrario exige su interrogación ¿qué significa la existencia de requerimientos masivos de asistencia psicoterapéutica? ¿Formulación de qué huecos sociales son efecto? o, dicho de otra manera, ¿a qué vacío social somos respuesta cuando constituímos grupos?

Capítulo VI

LOS ORGANIZADORES FANTASMATICOS

A. Hacia la enunciabilidad de los organizadores fantasmáticos

Los aportes reseñados en este capítulo corresponden a las teorizaciones del grupo liderado por Didier Anzieu que incluye figuras muy destacadas tales como Pontalis, Kaës, Missenard, Bejarano, por citar los más conocidos en la Argentina. Esta corriente "intenta precisar que, desde el punto de vista psicoanalítico, el grupo puede aspirar a un status diferente de aquel que tiene en el campo teórico y práctico de la Psicología Social";¹ desarrolla gran parte de sus investigaciones a partir de sus experiencias con grupos breves y llamados de formación; si bien incluyen técnicas psicodramáticas y de relajación en sus seminarios, se instituye como corriente con un fuerte interés en diferenciarse del psicodrama moreniano y de la microsociología lewiniana. Esta diferenciación es altamente estratégica para ellos, por cuanto los trabajos derivados de Lewin y Moreno eran "una de las mayores referencias utilizadas, criticadas e incorporadas o abandonadas por numerosos psicoanalistas que se orientaron antes de 1968, hacia la práctica grupal".² (A partir de esto puede entenderse la virulencia de algunos tramos críticos de los

¹ Kaës, R. "Elementos para una historia de las prácticas y de las teorías de grupo en sus relaciones con el Psicoanálisis en Francia", *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Tomo VII, nº 1, Buenos Aires, 1984.

² Kaës, R. *Ibidem*.

trabajos ya célebres de Pontalis, publicados en el volumen “Después de Freud” y a los que se remite con frecuencia en este libro.)³

El interés de este grupo es muy diferente al de la microsociología; a partir de “La función inconsciente de un grupo”, “El grupo como objeto”, de Pontalis, y “El grupo es un sueño”, de Anzieu, constituyen sus propias bases para *una lectura psicoanalítica del grupo*, desconociendo aun los trabajos de Foulkes, Anthony y Bion. Ponen el acento en el grupo como objeto —en el sentido psicoanalítico del término— y como proceso psíquico; el grupo como objeto de investiduras pulsionales, de representaciones imaginarias y simbólicas, de proyecciones y de fantasmas inconscientes.

Pontalis escribe en 1963:

no basta con detectar los procesos inconscientes que operan en un grupo, sea cual fuere la originalidad de la que se es capaz: aunque uno ubique fuera del campo de análisis la imagen misma del grupo, con las fantasías y valores que ella comporta, de hecho se elude toda cuestión sobre la función inconsciente del grupo.

A su vez Anzieu, sugiriendo un paralelismo entre el grupo y el sueño postula una hipótesis esencial para comprender —según esta corriente— desde el punto de vista psicoanalítico, la dinámica de un grupo y sus miembros. La económica grupal se define por las localizaciones y desplazamientos de los valores pulsionales sobre los diferentes elementos del grupo; la utópica grupal es una proyección de sistemas y de instancias que estructura el aparato psíquico individual. Bejarano teoriza sobre la escucha psicoanalítica y la transferencia en la dinámica de grupo. Posteriormente Kaës, si bien en la línea trazada por Anzieu, Pontalis y Bejarano, trabaja en la representación del grupo como objeto doblemente investido por el psiquismo y por el discurso social.

A partir de 1970 fundan el Centro de Estudios Franceses para la Formación y la Investigación Activa en Psicología (CEFFRAP); estudiando las condiciones y los procesos de trabajo psicoanalítico en los grupos, definiendo el encuadre y los movimientos psíquicos de elaboración y de construcción de un espacio psicoanalítico grupal.

³ Pontalis, J. B. *Op. cit.*

Se proponen elaborar aspectos específicos del bagaje tecnológico para los procesos grupales, que permita construir un verdadero status psicoanalítico para el dispositivo grupal; de tal forma, se constituyen en sus centros de interés investigativo las dimensiones de la transferencia, las condiciones y los efectos del trabajo de la interpretación, las funciones y estructuras de las identificaciones, etcétera.

Dado que —a diferencia de la microsociología— consideraron a los grupos que instituyeron con un objetivo de trabajo psicoanalítico, les fue necesario definir la metodología que permitiera reconocer los procesos psíquicos en acción en estos grupos, ya fuese su propuesta manifiesta terapéutica o de formación. Es interesante cómo consideran esta cuestión, puntualizando “el encuadre psicoanalítico debe favorecer la emergencia, la elaboración y la interpretación de las formaciones y de los procesos psíquicos imbricados en la situación de grupo”; de tal modo que afirman que “*la situación grupal se desarrolla a partir de las características del dispositivo: la enunciación de la regla fundamental, cimiento de todo trabajo psicoanalítico, es el acto que instituye el dispositivo, hablar libre y abstinencia entre los integrantes del grupo y el analista de toda otra relación que no sea la exigida por la escucha y la palabra psicoanalítica.*”⁴

Resulta claro a partir de estos conceptos que esta corriente no se propone ni una experiencia adaptativa a las normas grupales ni un conocimiento objetivo de los fenómenos del grupo, ni la creación permanente del grupo. Tienen un objetivo muy distinto: proporcionar el encuadre, el dispositivo y la situación apta para una experiencia “original”, en la que se busca la emergencia, la liberación y reacomodación de algunas formaciones y procesos psíquicos que gracias a las propiedades del dispositivo diseñado se develan —según esta corriente— genética y estructuralmente apuntaladas sobre el grupo (sobre todo el grupo primario); a su vez consideran que dichas formaciones aseguran el pasaje y la reanudación entre el orden endopsíquico (“individual”) y el orden del vínculo y las creaciones colectivas.

⁴ Kaës, R. *Op. cit.* El subrayado es mío.

Según estos autores la comprensión psicoanalítica de los grupos se reducía hasta entonces a un psicoanálisis aplicado al grupo; es decir, que el grupo constituía solamente un campo de verificación sin haber llegado a ser todavía —dentro de este campo disciplinario— un campo de descubrimiento. Consideran haber inaugurado un contexto de descubrimiento en tanto han desplazado la atención y el interés hacia las formaciones grupales del psiquismo y por haber formulado la relación entre las formas grupales del psiquismo y el encuadre y el proceso grupal.

Es importante advertir que para estos autores —en su punto de partida— *el grupo es un contexto de descubrimiento de las formaciones de lo inconsciente, y no, estrictamente, contexto de descubrimiento de la grupalidad*. En ese sentido es que buscarán el encuadre, el dispositivo y la situación adecuados para la emergencia de formaciones psíquicas inconscientes que pueden develarse gracias a las propiedades del grupo en tal dispositivo. Por lo tanto, en lo que respecta al “grupo” se estudiarán aquellas características del mismo que hagan posibles la visibilidad de formaciones y procesos inconscientes. En consecuencia los dispositivos inventados deberán ser eficaces para tal fin.

Entre otras teorizaciones merece destacarse *el concepto de formaciones grupales del psiquismo*, o grupalidad psíquica, constituida por la estructura de los fantasmas, la organización de las identificaciones y la organización de las instancias del aparato psíquico; la noción de *aparato psíquico grupal*, que es una construcción intermediaria y paradójica que efectúan los miembros de un grupo sobre la base de una doble serie de organizadores: unos, los grupos internos (psíquicos) y otros, regidos por el funcionamiento de los modelos socioculturales. Esta noción, desarrollada por Kaës, puntualiza que habrá grupo, y no simple reunión de individuos, cuando a partir de los aparatos psíquicos individuales tiende a construirse un aparato psíquico grupal más o menos autónomo; este aparato se organiza sosteniendo la tensión entre una tendencia al isomorfismo y una tendencia al homomorfismo; mientras que el aparato psíquico individual busca su apoyo en el cuerpo biológico, el aparato grupal lo hace en el tejido social.

Frente a la aseveración de la microsociología con respecto a que el grupo es una comunidad, Anzieu se pregunta ¿comunidad de

qué? Según este autor el grupo es una puesta en común de las imágenes internas y de las angustias de sus participantes; dirá:

el grupo es un lugar de fomentación de imágenes; es una amenaza primaria para el individuo. La situación del grupo cara a cara (reunión, discreción, trabajo en equipo, vida comunitaria con compañeros que apenas conoce, en número superior al que normalmente convive a las relaciones sentimentales, sin una figura dominante por cuyo amor uno pueda sentirse protegido y unido a los demás) es vivida como una amenaza para la unidad personal, como una puesta en cuestión del yo.

El grupo lleva al individuo muy lejos hacia atrás, allí donde no se había constituido aún como sujeto, donde se sentía desagregado; la imagen común del grupo —que aún no es grupo— es la del cuerpo despedazado; por consiguiente el grupo no tiene existencia como grupo si no ha conseguido suprimir esta imagen y superarla.⁵

Las metáforas del grupo como organismo viviente han mantenido largamente su eficacia por cuanto, invocando el “nosotros” dan idea de un cuerpo frente a la imagen anterior de cuerpo despedazado; sostendrá que la fuerza persuasiva de esta metáfora radica en que “Corresponde a la realidad imaginaria del grupo, porque expresa, del mismo modo que los mitos, la transformación de las imágenes que dirigen el juego de fuerzas subyacentes”. Avanzando en su argumentación sostendrá que “entre el grupo y la realidad, entre el grupo y el propio grupo, hay algo más que relaciones entre unas fuerzas reales: hay primitivamente *una relación imaginaria*”. Esta producción de imágenes explica fenómenos y procesos que hasta ese momento habían permanecido invisibles o atribuidos a otras causas. Puntualiza sagazmente: “el único observable es el grupo, ahora bien, lo observable queda sin concepto”.

A través de sus experiencias con grupos de diagnóstico dirá: “el grupo es experimentado por cada uno como un espejo de múltiples facetas devolviéndole una imagen de sí mismo deformada y repetida hasta el infinito. Se puede admitir, en principio que en toda si-

⁵ Anzieu, D. *El grupo y el inconsciente*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1978.

tuación de grupo (grande, pequeño, de trabajo, de diversión, cultural o económico) hay una representación imaginaria subyacente, común a la mayoría de los miembros del grupo, o mejor dicho es en la medida en que existe esta representación imaginaria en la que hay unidad, algo común en el grupo. Estas representaciones pueden ser un obstáculo para el funcionamiento del grupo respecto de los objetivos que le son asignados por la sociedad, por su status, o por las motivaciones de sus miembros y pueden ser la causa por la que llegue a paralizarse su funcionamiento; pero cuando un grupo funciona eficazmente es también una representación imaginaria la que le permite encontrar la solidaridad y la eficacia. Estas imágenes conservadas y superadas (*aufheben*) constituyen finalmente —para Anzieu— la realidad interna esencial de los grupos humanos. *No hay grupo sin lo imaginario.*

Se propone analizar a la luz de la teoría psicoanalítica los principales procesos psíquicos inconscientes que se desarrollan en los grupos humanos; la experiencia sobre la que elabora sus investigaciones se basa, fundamentalmente, en grupos de formación. ¿Cuáles son para Anzieu los procesos claves que puntualiza para el grupo, desde el punto de vista psicoanalítico? En primer lugar la *ilusión grupal*, refiriendo aquel sentimiento de euforia compartido por los integrantes por pertenecer al grupo; el grupo produce tal ilusión grupal por un proceso más general y éste es que cumple una función de *realización imaginaria de deseos* (analogía grupo-sueño). Retoma conceptos de Ezhriel subrayando que los participantes se dan como representación colectiva el mayor denominador común de sus fantasmas individuales; al igual que el sueño, la *fomentación fantasmática del grupo*, se desarrolla sobre el escenario de la imagen del propio cuerpo desrealizada, con un telón de fondo que es el escenario imaginario del grupo. Considera que la disposición en círculo dispara imágenes relacionadas con el interior del cuerpo de la madre.

Pone su atención en la *amenaza de pérdida de la identidad personal* producida por la situación de grupo; considera que ésta constituye un desafío a la integridad y la autonomía relativa del yo; el yo de cada participante se encuentra amenazado; tal amenaza de ataque a la integridad yoica, moviliza diferentes tipos de angustias arcaicas y procesos defensivos contra ellas. Otro aspecto que recla-

ma su interés es el fenómeno de *transferencia escindida*, entre el pequeño grupo y el grupo amplio en el dispositivo de formación diseñado para sus investigaciones.

Sobre el desarrollo de estos ítems, muy sumariamente enunciados aquí, considera deben sentarse las bases de una *teoría psicoanalítica de los grupos*.

Continúa sus teorizaciones trazando —junto a los aportes de Kaës, Misenard y Dorey— las líneas para una *Teoría General de Fantasma de los Grupos*. Planteará así que el vínculo primario entre las personas es la circulación fantasmática. Si bien la fantasmaticización, o actividad de fomentación fantasmática, es una actividad preconsciente que articula representaciones de cosa y de palabra y considerando la capacidad de fantasear uno de los rasgos más importantes del yo, es absolutamente terminante al afirmar que “*sólo existen fantasmas individuales, y es un abuso del lenguaje el hablar de un fantasma del grupo o un fantasma común*”. El fantasma es posiblemente la realidad psíquica individual por excelencia”. Observará que un grupo puede paralizar sus acciones si varios fantasmas individuales luchan entre sí por imponerse, o la unidad aparente de un grupo puede forzarse en la coalición defensiva contra tal fantasma individual.

El “fantasma individual” es una escena imaginaria que se desarrolla entre varios personajes; de ellos Anzieu deriva que el fantasma tiene una organización grupal interna; en su conducta, sus síntomas, sus sueños nocturnos, el sujeto trata de realizar una escena, estando presente en la misma generalmente a título de espectador y no de actor.⁶ Las posiciones que hace ocupar a los demás y que él mismo ocupa son permutables pero su estructura permanece la misma; cada personaje resulta de una o varias identificaciones y una o varias figuraciones de procesos psíquicos; el aparato psíquico utiliza las identificaciones del individuo para devolverle, representadas, las instancias psíquicas y pulsiones que obran en él y dramatizar sus relaciones y conflictos.

⁶ Coincide con la definición de fantasma elaborada por Laplanche y Pontalis J. B. en su *Diccionario de Psicoanálisis* (Labor, Barcelona, 1974): “Escenificación imaginaria en la que se halla presente el sujeto y que representa en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo, y en último término, de un deseo inconsciente”.

René Kaës ha elaborado partiendo de esto la hipótesis de una homología entre la organización grupal interna del fantasma y la situación grupal, en la que algunos miembros sirven a otros, unas veces como puntos identificatorios y otras como soportes proyectivos para su tónica subjetiva y sus pulsiones. *Es esta organización grupal interna del fantasma individual, lo que fundamenta la posibilidad del fenómeno de resonancia fantasmática.*

La resonancia fantasmática es el reagrupamiento de algunos participantes alrededor de uno de ellos, el cual hace ver o da a entender a través de sus actos, su manera de ser o sus palabras, su (o uno de sus) fantasma individual inconsciente. Se subraya el carácter de reagrupamiento, esto quiere decir no tanto acuerdo como interés, convergencia, eco, estimulación mutua. En tanto portador de un deseo reprimido, un fantasma suscita en aquél ante el que se devela el horror, la fascinación o la indiferencia según despierte—en ese testigo que se siente invitado a convertirse en actor— una condena violenta, un deseo análogo pero hasta ahora latente, o eficaces mecanismos de defensa, en particular de negación. De esta forma esta corriente entiende el discurso del grupo como la puesta en escena y en palabras, del fantasma de aquel que es el “portador”; con respecto a él, algunos miembros del grupo se ubican tomando los lugares de cada uno de los protagonistas y ocupando una de las posiciones individuales incluida en el escenario fantasmático del “portador”. Por supuesto, los intercambios se desarrollan con aquellos participantes que pueden—por sus propios juegos fantasmáticos— ocupar uno de los lugares que el fantasma comporta. A partir de estas consideraciones es que Missenard considera que un fantasma individual inconsciente se convierte en “organizador” del comportamiento del grupo.

Anzieu continuará este aporte de Missenard puntualizando que *el fantasma individual inconsciente es el primer organizador del grupo, las imagos y los fantasmas originarios constituyen el segundo y tercer organizadores del grupo.*⁷

Luego de esta clasificación Anzieu reconocerá que todo no se reduce a la psicología y que sin duda existen organizadores económi-

⁷ Esta corriente toma como modelo los tres organizadores psíquicos sucesivos en el niño conceptualizados por Spitz.

cos, sociológicos, históricos, etc., del grupo, conocidos o por investigar, pero aclara que esto no es de su incumbencia.

B. Problemas de demarcación

En primer lugar puede observarse que Anzieu y su escuela retomarán la intención de Bion en la búsqueda de organizadores grupales. ¿Qué organizadores encuentran?, el fantasma individual prevaleciente, imagos y fantasmas originarios. Sus investigaciones precisan algo, sin lugar a dudas muy importante: *no hay fantasma grupal*, es decir, *el plus de los grupos no radicaría en un fantasma colectivo*. Se refuta de esta manera la idea de una mente—ahora inconsciente— grupal, y se afirma la hipótesis de *fantasmas “individuales” que entran en resonancia fantasmática*; esta noción ya presente en autores ingleses como Ezhriel y Foulkes ahora más elaborada, desalienta la idea de un inconsciente grupal.

Merece subrayarse la importancia—para una genealogía de lo grupal— de esta diferenciación, en tanto, como pudo observarse⁸ la polémica señalada por Asch en la Psicología Social, entre “individualistas” y “mentalistas” se traslada al psicoanálisis cuando éste comienza a implementar dispositivos grupales en la Clínica. De tal forma surge la presunción, en uno de los polos del debate, de la existencia de un inconsciente grupal, o fantasías grupales inconscientes. Falsa disyuntiva que oscila entre el intento de encontrar el plus grupal en un inconsciente de grupo, o denegar tal plus reduciendo al grupo a un agregado de individuos donde no habría que buscar ningún plus de sus producciones subjetivas. Dos formas de expresión del *a priori* individualista: una piensa los problemas subjetivos grupales como dotados de los mecanismos de las producciones inconscientes singulares; la otra no puede pensar otras formas de producciones subjetivas que no sean las inherentes a la singularidad.

Esta corriente francesa salva el *impasse* de la oposición antinómica con la puesta en enunciado de *la grupalidad del fantasma sin-*

⁸ Véanse capítulos II y IV.

gular, condición de posibilidad de la resonancia fantasmática grupal.

¿En qué radica la posibilidad de resonancia fantasmática? En la grupalidad del fantasma; esto es que, en tanto el fantasma es una escenificación que se desarrolla entre varios personajes, es siempre una imagen colectiva y posee, por tanto, una “estructuración grupal interna”; de allí su carácter organizador en los grupos. De la misma manera, las imagos y los fantasmas universales crean condiciones para constituirse en otros organizadores de las instancias de la vida colectiva. Es claro entonces, *el fantasma individual es grupal, que es diferente a decir que hay un fantasma de grupo*. Es decir que, la integración de las personas reales a una situación grupal, dadas las características antes mencionadas, dispara, moviliza, las instancias o formas grupales de su propia subjetividad. Por esto pueden agruparse.

Aquello que resuena y habla o actúa desde los participantes de un grupo son *posiciones* en la escena fantasmática. La singularidad —no lo individual— radica en la forma de cada quien de posicionarse y resonar desde o hacia dicha escena.

En tal sentido si bien es importante subrayar que los aportes de esta escena permiten superar la noción de fantasía inconsciente grupal a partir de la noción de *grupalidad del fantasma*, esta misma idea hace necesarias algunas puntuaciones. La utilización de la palabra “individual” junto a “fantasma” parece vaciarse de sentido. Si el individuo es el sujeto indiviso de consciencia, el término “individual” deja de ser pertinente al campo psicoanalítico y por ende a los aportes psicoanalíticos al campo grupal.

Resulta más fructífera la noción “singularidad” que despoja a uno del soporte corporal y vuelve imposibles de sinonimia o superposición *yo función y yo imaginario*.⁹

Con respecto a los organizadores, Anzieu reconoce que no todo se reduce a la psicología; que si bien existen organizadores econó-

⁹ No se analiza aquí el grado de precisión o exactitud del uso del término psicoanalítico “fantasma” realizado por esta corriente, por considerar tal punto como una polémica más pertinente al debate interno del campo psicoanalítico, que para estos apuntes de una genealogía de lo grupal. Sin embargo, no puede dejar de señalarse la necesidad de re-pensar la noción de fantasma y la diferenciación *je-moi* a partir de los aportes de J. Lacan y continuadores.

micos, sociológicos, históricos, etc., de grupo conocidos o por investigar, éstos no son de su incumbencia. ¿Por qué no son de su incumbencia? pues porque ha definido su interés dentro del campo psicoanalítico y ha reconocido como su intención formular una teoría psicoanalítica de los grupos; de todos modos se impone aquí una interrogación: *¿es ésta una estricta delimitación de campo disciplinario, o una limitación de los abordajes de objeto discreto?* ¿Opera aquí el *a priori* individuo-sociedad? ¿Los organizadores socio-culturales —por ejemplo, el poder, el dinero y las ideologías, por tomar a Lourau— al quedar silenciados o invisibilizados sea en las interpretaciones y/o en la reflexión teórica, qué presencia pueden conservar? En ese sentido las resonancias fantasmáticas, ¿no corren el peligro de pensarse como “los” dinamisismos grupales, o como el basamento de todo movimiento grupal?

Se hace necesario diferenciar que si bien las experiencias grupales, indudablemente, enlazan fantasmas, esto no sería lo mismo que pensar que la experiencia de grupo es fantasmática.¹⁰ Si se retoma la exigencia planteada por esta corriente con respecto al encuadre psicoanalítico para que él favorezca la emergencia, la elaboración y la interpretación de las formaciones y de los procesos psíquicos implicados en la elaboración del grupo (esto es, el reconocimiento por parte de estos autores de que la situación grupal se desarrolla a partir de las características del dispositivo), sería legítimo interrogar al dispositivo diseñado para el despliegue de sus actividades grupales; en él los integrantes se reúnen en grupo para hablar de la experiencia de grupo: ¿el mismo diseño de la experiencia, no será aquello que favorece una conceptualización onírico-fantasmal de los grupos?

En ese sentido, no se intenta aquí una crítica del dispositivo diseñado por esta corriente en sus grupos de formación; muy por el contrario parece reunir las condiciones para satisfacer el objetivo que sus diseñadores se han planteado: el grupo como contexto de descubrimiento de las formaciones de lo inconsciente; sino abrir advertencia frente a la posible extensión sustancialista por la cual las propiedades a las cuales este dispositivo abre visibilidad, que-

¹⁰ Percia, M. Taller Abierto y Permanente. Cátedra Teoría y Técnica de Grupos. Facultad de Psicología, UBA, 1987.

dan en su proceso de enunciabilidad connotadas como las propiedades esenciales de los grupos, o aquellos determinantes estructurales de los cuales todo acontecer grupal fuera su expresión, las formas enmascaradas por las que ello habla.

Se hacen necesarias algunas precisiones. En primer lugar, Anzieu y su escuela diseñan un dispositivo que, como Kaës subraya, organiza las formas de desarrollo de la situación grupal, es decir que produce la visibilidad de determinados acontecimientos grupales y —en rigor de verdad— no son pocas ni irrelevantes las áreas de visibilidad que abre. Da forma a la noción de resonancia fantasmática esbozada ya por los autores ingleses y diferencia la grupalidad del fantasma —virtualidad por la cual la resonancia fantasmática es posible— de un eventual fantasma de grupos sentando un jalón muy importante en la polémica sobre la pertinencia o no de enunciar fantasmas colectivos.

Deja en invisibilidad otros organizadores grupales no enunciables desde sus conceptualizaciones psicoanalíticas; y esto no es un error ni un defecto por cuanto la preocupación de esta escuela es formular una teoría psicoanalítica de los grupos y no una teoría de lo grupal. A diferencia de Bion, quien no encontraba ninguna justificación para nominar psicoanálisis a los procedimientos psicoterapéuticos de grupo que él llevó adelante, esta corriente afirmará a los grupos como espacios válidos para investigar formaciones inconscientes, y sin duda lo son, a condición de no considerar estas exploraciones como estrictas investigaciones de lo grupal; en ese sentido podría afirmarse que esta corriente se ha preocupado por diseñar espacios grupales que hagan posible el despliegue y la investigación de formaciones inconscientes. Es decir que no se propone centralmente investigar grupos, sino que implementa dispositivos colectivos para investigar formaciones inconscientes. Esto no excluye que sus aportes constituyan conceptualizaciones de gran importancia y a esta altura ineludibles para investigadores del campo grupal. Ineludibles a condición de poder realizar ciertas delimitaciones.¹¹

¹¹ Suelen encontrarse en nuestro medio articulaciones de aportes de Pichon Rivière con la escuela de Anzieu que no siempre evidencian la vigilancia epistémica necesaria.

Si bien puntualizan que entre el aparato psíquico grupal y el individual —dotados de las mismas instancias— hay diferencias en sus principios de funcionamiento: aparatos homólogos pero no isomorfos, restan muchas dudas con respecto a la articulación de los organizadores grupales que esta perspectiva psicoanalítica ha hecho visibles, y aquellos que necesariamente quedan en invisibilidad desde tal perspectiva teórica y sus dispositivos. No se invalida o subestima la importancia de estos aportes que han posibilitado, como ya se dijo, la elucidación de los anudamientos-desanudamientos fantasmáticos en los grupos; el problema es que si no se acota que ésta es una visibilidad abierta por determinado campo disciplinario, puede deslizarse tal elucidación llegando a considerar que tales enlaces son los organizadores grupales. Todos ellos o aquellos a los que otros organizadores están subordinados en su determinación.

Es importante puntuar estrictas delimitaciones, tanto epistemológicas como metodológicas ya que de lo contrario se corre el riesgo de incurrir en otra forma de psicoanalismo; para ello es interesante la diferencia realizada por Larriera entre psicologización y subjetivación, a partir de su análisis del texto freudiano de *Psicología de las masas y análisis del yo*. Dice el autor:

El texto freudiano es particularmente ilustrativo, en su revisión de las concepciones de la psicología social, del *abismo que separa a la psicologización de la subjetivación*. Y esto es, en verdad, psicoanálisis de masas, lo cual de ninguna manera puede ser tomado como una aplicación del psicoanálisis a lo social; las masas no tienen ni madre ni padre, ni pulsiones ni descos, así como no existen los fantasmas colectivos de las multitudes. Cualquier aseveración en este sentido no hace más que desvirtuar el rigor freudiano al considerar la cuestión, pues Freud solamente estableció las condiciones estructurales del sujeto que posibilitan que “haga masa”. En otras palabras puso el fundamento subjetivo del hecho de masas, su principio material. Masa es lo que el sujeto no puede dejar de hacer por el hecho de ser sujeto: eso es lo que Freud demostró. Operó una desustancialización del hecho de masas al dar sus condiciones de causación, pero de ello no se sigue la posibilidad de reinscribir en este campo al niño, sus progenitores o una pulsión cualquiera, pues eso sería vol-

ver a sustancializarlo, transformando el paso dado en una nueva psicología.¹²

En el mismo sentido es que se afirma que el hacer visible la grupalidad del fantasma individual como virtualidad de la resonancia fantasmática en los grupos da cuenta de las condiciones estructurales del sujeto para que “haga grupo” (o “haga nudo”). En tal razón resulta relevante para una genealogía de lo grupal diferenciar el aporte que esta escuela psicoanalítica realiza para la comprensión de las condiciones estructurales del sujeto para que “haga grupo” de una narrativa psicoanalítica por la cual pueden sustancializarse, y psicologizarse, o psicoanalizarse procesos grupales.

¿Qué significa aquí sustancializar?: transformar ciertos procesos grupales que determinado dispositivo y su marco teórico hacen posibles, en los procesos esenciales o fundantes o determinantes de un grupo; al esencializarlos se los ubica como determinantes estructurales de todo otro movimiento grupal con la consiguiente centralización teórica y profesional del campo disciplinario que logre tal hegemonía; de esta manera la escucha del coordinador privilegiará necesariamente estos procesos como fundantes; y el pensamiento del teórico puede sesgarse hacia la ilusión de completud por la cual desde el objeto discreto de su disciplina puede dar cuenta fehacientemente de un campo complejo, discontinuo y paradójal como el grupal.

En síntesis, esta corriente que desde un primer momento se propone como uno de sus objetivos centrales dar un estatuto psicoanalítico al trabajo con grupos aporta inteligibilidad con respecto a las condiciones por las cuales el sujeto de su disciplina, el sujeto inconsciente, entra en resonancia fantasmática y “hace” grupo.

A partir de allí sería una extensión indebida afirmar que los grupos *son* fantasmáticos o que la identificación *es* el motor de los

¹² Larriera, S. “Aproximaciones a una topología grupuscular psicoanalítica”, en *Desarrollo en psicoterapia de grupo y psicodrama*, Gedisa, Barcelona, 1982. También ha trabajado estas diferenciaciones Percia, M., Clases Taller Abierto Permanente, Cátedra Teoría y Técnica de Grupos “A”, Facultad de Psicología, UBA, 1987.

grupos.¹³ La resonancia fantasmática, la identificación, etc., son aquellos motores grupales sobre los que el psicoanálisis por las características de su objeto de estudio y los dispositivos que diseña para revelarlo, se encuentra posibilitado de producir visibilidad y enunciabilidad.

En la Argentina, esta confusión epistémica suele reforzarse desde las prácticas grupales mismas, en tanto la mayoría de ellas se despliegan dentro de la clínica psicoanalítica, de tal suerte que allí sí el eje del trabajo son —necesariamente— los juegos de resonancias fantasmáticas y/o los juegos identificatorios; por tal razón es importante insistir en este tópico; allí, el dispositivo grupal, en tanto espacio táctico, está diseñado para abrir visibilidad a tales juegos, ya que es precisamente esto lo que busca analizar.

Hasta aquí no parecería haber ningún problema. Este surge cuando se produce un salto epistémico en el cual se organizan varias operaciones simultáneas: en primer lugar, permanece en invisibilidad el hecho de que los procesos grupales “observados” son aquellos que el dispositivo diseñado hace posibles de ver. A partir de allí, *estos* procesos que visibiliza *este* dispositivo, pasan a considerarse como *los* procesos grupales determinantes de todo acontecer grupal; cuando esta jerarquización toma una forma globalizante se crean las condiciones para otorgar a tales procesos las características de sustancia, de esencia grupal.

En otros casos, esto posiciona una centralización teórica y al psicologizar o psicoanalizar —en el sentido de extraterritorialidad psicoanalítica— la lectura de lo grupal, se inclina la tensión de lo singular-colectivo a su forma “individuo” antinómica de su forma “sociedad”, accentuando la existencia de determinados acontecimientos grupales, y generando ilusional pero eficazmente la no existencia de otros movimientos. Así, por ejemplo, cuando esta escuela acentúa el espacio grupal como amenazante de la integridad yoica corre el riesgo de invisibilizar dicho espacio como soporte identificatorio.

Es importante en ese sentido sostener la tensión operante entre amenaza al yo y soporte identificatorio, es decir, reconocer su coexistencia conflictiva, paradójal, donde no es posible reducir un

¹³ Lemoine, G. y P. *Teoría del psicodrama*, Gedisa, Barcelona, 1979.

polo de la tensión a la lógica interna del otro polo; cuando se produce la tendencia a inclinarse a uno de los polos suele ser en virtud de que se ha puesto en juego la antinomia "individuo-sociedad", pero como tal *a priori* funciona en calidad de impensable ideológico, pasa a funcionar generando el reduccionismo psicológico —en este caso— que sustancializa lo que previamente redujo. De tal forma, se dice: "los grupos *son* una amenaza a la identidad", o en su contrario, "los grupos *son* un sostén identificadorio y/o solidario", cuando en realidad debería relativizarse la afirmación, diciendo que en determinadas condiciones —y habrá que investigar cuáles, cómo, etc.— tal grupo pone en juego significaciones imaginarias desde las cuales algunos de sus integrantes lo perciben como amenazante o bien como soporte. Cabe aun otra interrogación: ¿Qué es lo amenazado en un grupo? Habría que realizar mayores precisiones conceptuales que permitan mantener una eficaz distinción entre nociones tales como "individuo", "identidad", "yo". Si lo amenazado es el "*autonomus ego*" (Lacan), no puede ser de otra manera ya que la presencia del otro desmiente su ficción unitaria. ¿Qué es lo sostenido en tal espacio colectivo? El otro —en tanto semejante y diferente— está allí para hacer posible que en el lazo social el sujeto se re-crea como tal.

Con respecto a la sustancialización mencionada, se operan dos reducciones al mismo tiempo. Por una parte, sólo se "ve" la lógica de uno de los polos; por otra parte, como desde esta primera operación se demuestra lo que los grupos *son*, se cierra la interrogación acerca de por qué, cómo, cuándo, tal grupo opera como amenaza o bien como soporte para sus miembros; además de esta forma cierra también el investigar las diferencias de inscripción de las significaciones imaginarias que habrá entre los diversos integrantes del grupo, ya que será amenaza para unos, soporte para otros, etcétera. Pero sí, en función del *a priori*, se naturaliza esta producción, se cierra la interrogación acerca de por qué, cómo, para algunos dispara determinada significación, y no otra. La premura por encontrar el *a priori* en la "experiencia" suele volver innecesaria toda investigación, de tal manera que en vez de ser ésta un observable local a interrogar, se transforma —en función de la premura mencionada— en una evidencia fáctica que no necesita de ninguna pregunta.

Así, por ejemplo, cuando esta escuela desarrolla su análisis sobre los grupos amplios, pone el énfasis en los procesos de escisión de la transferencia por los cuales el grupo amplio es un lugar propicio para intensos movimientos de transferencia negativa. Cuando esto afirma pareciera no poder evaluar la incidencia del dispositivo elegido en tal acontecer. Observan que la transferencia se escinde en negativa para el amplio y positiva para el pequeño grupo. Esto les permite generalizar afirmando que los grupos amplios promueven movimientos transferenciales negativos. Antes que aseverar tal cosa habrá que investigar qué características del dispositivo facilitan tales procesos. Otro factor imprescindible en el análisis de la escisión de la transferencia es, por supuesto, la indagación de las inscripciones institucionales en tales grupos. También habría que preguntarse si es posible diseñar dispositivos donde esto no ocurra. Por otra parte, al psicoanalitizar la lectura, y mantener invisible las formas circulantes de transferencia institucional se cercena otro importante vector de análisis para investigar los cómo y cuándo se produce este tipo de escisión de la transferencia. De tal manera se naturaliza como una característica de los grupos amplios la tendencia a producir situaciones transferenciales y contratransferenciales muy conflictivas para los coordinadores, quienes según Anzieu "se asustan de coordinar grupos amplios."¹⁴

Las investigaciones realizadas en ámbitos muy diferentes a los grupos de formación de esta escuela ponen de relieve otras configuraciones emblemáticas que los grupos amplios producen, facilitando las condiciones para la producción de significaciones imaginarias que sostienen soportes identificatorios y/o de restitución de identidades gravemente amenazadas por situaciones traumáticas: trabajos grupales con familiares de desaparecidos, con sobrevivientes de campos de desaparecidos, mujeres golpeadas, ex combatientes de Guerra de Malvinas, o situaciones no tan límites pero muy desestructurantes puestas de manifiesto en el trabajo con equipos de médicos de servicios donde se asiste a recién nacidos de alto riesgo,¹⁵ donde los dispositivos grupales montados más que ge-

¹⁴ Anzieu, D. *Op. cit.*

¹⁵ "Los grupos y la comunidad", Mesa Redonda, Cátedra Teoría y Técnica de Grupos "A", Facultad de Psicología, UBA, 1986.

nerar fantasías de amenaza yoica, son vividos como espacios de sostén y restitución.

Recordemos que Freud había puntualizado que en la vida psíquica del individuo *el otro interviene regularmente como modelo, sostén y adversario*. Estos tres tipos de figuraciones están en juego — los tres — en los colectivos humanos; cuando una teorización acentúa alguna de ellas habrá que sostener la vigilancia epistémica suficiente que permita analizar cómo juegan aquí los *a priori* conceptuales del “*autonomus ego*”, cuánto del dispositivo gestado, de la transferencia institucional o de los objetivos de la actividad realizada generan la ilusión de eliminar la tensión amenaza-sostén hacia uno de los polos. Aquí se pone el énfasis en el sesgo “amenaza” porque es más frecuente encontrarlo en nuestro medio, pero lo mismo cabría para aquellos dispositivos que sesgan hacia la figuración “sostén”, sin tener en cuenta la figuración “amenaza”, produciendo generalmente procesos ilusorios grupales-institucionales que dificultan a sus integrantes la reinserción en su comunidad.

En síntesis, *no se puede analizar aquello que se naturaliza; no se puede teorizar aquello que se sustancializa*. Condición de las operaciones de análisis y teorización es mantener interrogación, problematizar, no sólo aquello que se ofrece oscuro, o que produce dudas, sino también —y fundamentalmente— es necesario interrogar y problematizar lo obvio. Es allí, en las fuertes evidencias, donde se encuentran las fortalezas de las producciones ideologizadas.

Los “descubrimientos” de esta corrientes han permitido encontrar las condiciones estructurales del sujeto inconsciente para que haga nudo. Queda, a partir de allí, abierta la investigación que permita “descubrir” en los colectivos grupales la articulación de estos organizadores subjetivos singulares, con los organizadores institucionales y sociales.

Otro punto de difícil investigación será poder focalizar en qué momento unos u otros son vectores prevalecientes en la organización de determinados enlaces grupales. Así, por ejemplo, si bien podría afirmarse que las condiciones estructurales para que el sujeto inconsciente haga nudo se presentan como condiciones fundantes de un grupo, se ha podido observar que una inscripción institucional conflictiva puede volver imposible llegar a esta condición. Ciertas configuraciones emblemático-institucionales tienen la fa-

cultad de hacer posible o volver imposible los anudamientos-desanudamientos fantasmáticos.

Sería un camino que no lleva a ninguna parte discutir si la condición fantasmática es más importante que la institucional, o viceversa; la preocupación por la “determinación” de mayor gravitación suele ser una forma de disputa por hegemonías teóricas o profesionales más que formas de investigar el problema.

En tal sentido, descentrarse de tal implicación permite encontrar la necesidad de interrogar puntualmente en cada situación a indagar cómo juegan las diversas variables, qué factores hacen posible determinadas articulaciones y no otras. En síntesis, cuándo, cómo, por qué, en un nudo grupal, algunos de sus hilos constitutivos, en un momento dado, ha cobrado mayor significación que otros.

C. Tercer momento epistémico: el agotamiento del objeto discreto

Si bien no se abordará el análisis minucioso que los aportes de René Kaës merecerían, particularmente en relación a su formulación de un aparato psíquico grupal, sí se subrayará que este autor mantiene operante su preocupación por la articulación de lo que él llama el “grupo de adentro” y el “grupo de afuera”, o sea grupalidad interna y grupo real. Es más, reconoce enfrentarse con la dificultad que significa trabajar desde un solo campo disciplinario y no por ello dejar de tomar en consideración aquellos organizadores socio-culturales que Anzieu había anunciado como posiblemente existentes. Puntualiza que el grupo, como objeto representado, es una imagen cuyos referentes son a la vez endopsíquicos y externos, es decir, correspondientes a la realidad material y social. Dirá que tanto la ilusión objetivista como la subjetivista ocultan el hecho de que la representación puede ser una codificación simbólica de varios órdenes de realidad dentro de un sistema cognoscitivo y social. Sostiene que, tanto la experiencia como el estudio de los grupos oscilan entre una tendencia a volver isomórfica la representación inconsciente del objeto, el modelo socio-cultural de referencia, la base material de agrupamiento, y el proceso grupal; y una tendencia a de-

sunirlos, a ocultar su existencia y sus vinculaciones, o a desplazar una de estas dimensiones sobre otra. Así, por ejemplo, la *reducción realista* ignora el hecho de que el proceso grupal es tributario del objeto-grupo representado; inversamente, la *reducción psicologista* desconoce la existencia en el proceso grupal de la determinación por su base material. Estos dos tipos de reducción cumplen una función análoga de enmascaramiento de la discontinuidad entre la realidad psíquica y la realidad social. Se vuelve necesario por lo tanto comprender en primer lugar, la razón de tales reducciones y pensar las formas de articular tanto lo que se confunde como lo que se separa.¹⁶

Reconoce que trabajar con esta doble pertenencia, ubica en el centro del debate la cuestión de la articulación intermediaria, con la dificultad agregada aquí de que la lógica de estos sistemas está por explotarse como también la lógica de sus relaciones.¹⁷

Interesa destacar el camino que se abre a partir del propósito de sostener visibilidad de otros organizadores, más allá de los fantasmáticos ya trabajados por esta escuela. En ese sentido se vuelven imprescindibles algunas puntuaciones epistemológicas; por ejemplo, queda interrogada la validez de la categoría de intermediario para el abordaje de la articulación de los distintos organizadores grupales; si bien tal categoría podría admitir la mediación de niveles heterónomos como el psicológico y el social, sin embargo, no puede dejar de considerarse que frecuentemente y sobre todo en las fases constitutivas de los campos disciplinarios, el resultado del debate evoluciona, generalmente, según Kaës, hacia posiciones reduccionistas.

Por otra parte, tal articulación no podrá evitar los reduccionismos señalados en tanto no se abandone la epistemología de las ciencias positivas, en la cual aun hoy se fundamentan las Ciencias Humanas, ya que dicha epistemología supone un objeto discreto, autónomo, reproducible, no contradictorio y unívoco; implica una lógica de lo Uno, donde la singularidad del objeto teórico no debe verse afectada, dado su aislamiento metodológico por las condiciones de posibles aproximaciones con otros campos disciplinarios.¹⁸

¹⁶ Kaës, R. *El aparato psíquico grupal*, Gedisa, Barcelona.

¹⁷ Véase capítulo II.

¹⁸ Kaës, R. *Op. cit.*

En "El dispositivo grupal" ya se había señalado que una eventual teoría de los grupos no había constituido su objeto teórico, indicando que esto pudiera deberse a las características específicas de los acontecimientos de los cuales debe darse cuenta; se ha insistido también en la insuficiencia de abordajes realizados desde un solo campo disciplinario dados los múltiples atravesamientos de los grupos, como así también las dudas epistémicas que ofrece la posibilidad de postulación de un objeto formal abstracto grupo. De todos modos las exigencias de buscar, por ejemplo, "el objeto formal abstracto" (Althusser-Herbert)¹⁹ de una disciplina, operaron en nuestro medio, en la década del 70, tanto en un sentido positivo como en un sentido negativo. En el primer aspecto actuaron como denunciadores de la falta de sostén teórico de la mayoría de las técnicas grupales (exaltación de la experiencia, la sensibilidad, la creatividad, etc.); en el segundo aspecto, en el terreno de las psicologías, quedaron devaluados todos aquellos campos disciplinarios — entre ellos el grupal — que no quedaran claramente incluidos dentro del campo psicoanalítico, en tanto este era el único campo que había constituido su "objeto formal abstracto". Por otra parte, posiblemente, éste haya sido uno de los muchos y complejos vectores que confluyeron en la restricción emblemático-profesional de muchos psicólogos argentinos.

Sin duda, la lógica del objeto discreto ha demostrado ocasionar problemas para comprender las transferencias mutuas entre los distintos niveles ya que desde ella no puede pensarse la articulación de las formaciones de lo singular y lo colectivo.

En la actualidad se abre la expectativa con respecto a las investigaciones sobre la lógica de la paradoja y de lo discontinuo; pueden otorgar aportes significativos para comprender, desde epistemologías transdisciplinarias, tales espacios.

Interesa resaltar el esbozo de apertura epistemológica que a partir de estas consideraciones podría iniciarse al hacer visible una

¹⁹ Para una crítica del objeto formal abstracto véanse Thompson, E. P. *Lamiseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981 y Debrassi, J. C. "Algunas consideraciones sobre la violencia simbólica y la identidad como emblema de poder", en Bauleo, A. (comp.), *Grupo operativo y Psicología Social* Imago, Montevideo, 1979.

suerte de agotamiento de las lógicas de objeto discreto para pensar lo grupal. De ser así, queda planteado un desafío en la indagación de los nudos teóricos grupales: reflexionar sobre la pertinencia de enfoques epistemológicos transdisciplinarios.

Capítulo VII

EL NUDO GRUPAL

A. Lo grupal como campo de problemáticas

La cuestión de los organizadores grupales ha remitido a un tópico altamente complejo; así, por ejemplo, se vio en el capítulo anterior cómo los dispositivos grupales psicoanalíticos abrieron visibilidad con respecto a los organizadores fantasmáticos de los grupos; pero la dificultad se presenta cuando surge la necesidad de poner en juego organizadores socio-culturales, tratando de articularlos con los anteriores; si bien la categoría de intermediario puede ofrecer algún instrumento de indagación, pareciera ser que la cuestión de los organizadores grupales se encuentra mucho más "anudada".

Muchos de los esbozos conceptuales que se ofrecen en este punto con respecto a los anudamientos-desanudamientos grupales han sido generados a partir del trabajo en psicodrama psicoanalítico; particularmente ha resultado muy productiva la investigación¹ y aplicación clínica y docente de la técnica de multiplicación dramática.² Montada como laboratorio, dicha técnica a través de

¹ Grupo Convergencia, "Juego de roles y registro fílmico. Un instrumento interactivo para la formación de psicólogos y psiquiatras", Congreso de Medios no Convencionales de Enseñanza, Buenos Aires, 1983.

² Para ampliar nociones de la técnica de Multiplicación Dramática, véanse Smolovich, R. "Apuntes sobre multiplicación dramática", en *Lo grupal 2*, Búsqueda, Buenos Aires; 1985, Pavlovsky, E., "La obra abierta de Umberto Eco y la multiplicación dramática", en *Lo Grupal 5*, Búsqueda, Buenos Aires, 1987. Albizuri de Garcia, Olga. "Contribuciones del psicodrama a la psicoterapia de grupos", en *Lo grupal 3*, Búsqueda, Buenos Aires, 1986.

la multiplicación de escenas ha hecho visible que tanto en cada una de las escenas de una multiplicación, como en su secuencia, operan simultáneamente inscripciones muy diversas de referentes deseantes, grupales, institucionales y sociopolíticos; lo mismo sucede en los momentos discursivos del trabajo (tomando, claro está, tanto la dimensión de lo dicho como de lo no dicho del discurso). Tales inscripciones se producen simultáneamente, no son homologables, pero tienen en común que todas escapan al registro consciente de los integrantes.

Cada escena, lo mismo que su secuencia, más allá de sus componentes expresivos, comunicativos, es generadora de múltiples sentidos. Por otra parte es imposible leer dicho sentido exclusivamente desde la coordinación; los comentarios grupales posteriores, en su dimensión de lo dicho y lo no dicho, hacen posible acceder a algunas de las líneas de sentido operantes. Nunca, por lo tanto, se está en presencia de un sólo sentido que pueda funcionar como cierre, dando cuenta de lo multiplicado. Aparecen múltiples sentidos y aun así, se “sabe” que lo acontecido en una situación grupal es mucho más que aquello de lo que se puede dar cuenta; al igual que el ombligo del sueño freudiano en un grupo siempre hay un plus del acontecer, que escapa a su inteligibilidad, rarezas, sinsentidos que sorprenden, interrogan y desdican las racionalidades construidas.

Insisten algunos interrogantes, así por ejemplo, ¿son los organizadores fantasmáticos quienes tienen la capacidad de determinar (“organizar”) el conjunto de los acontecimientos grupales? Si se intenta desmarcar la forma de indagación de una lógica de objeto discreto, se tiende a pensar en el atravesamiento de diferentes organizadores; el criterio de operar con una sola línea de organizadores, o jerarquizarlos en forma estable, se vuelve restrictivo para pensar lo grupal. Esto, sin duda, no debe excluir que en determinados momentos grupales se vuelven más significativos unos organizadores que otros; por otra parte, el resaltar la singularidad del acontecimiento no implica pensar éste por fuera de las legalidades. Más bien se plantea la necesidad de abrir el pensamiento de lo grupal hacia lógicas pluralistas que legitiman epistemológicamente atravesamientos disciplinarios.³

³ Es elocuente al respecto el enfoque epistémico-metodológico adoptado por al-

Puede observarse que en cualquier grupo humano se producen movimientos muy diversos: resonancias fantasmáticas, procesos identificatorios y transferenciales, intensos sentimientos de amor-odio en todos sus matices, juegos de roles (chivos emisarios, líderes, etc.); se construyen producciones lingüísticas que disparan múltiples inscripciones de sentido; se generan apropiaciones de sentido en diferentes grados de violencia simbólica; se instituyen mitos, ilusiones y utopías; sus reglas de funcionamiento organizan redes de significaciones imaginarias que inscriben al grupo en su posición institucional y dan forma a sus contratos; se ponen en acción juegos de poder, jerarquías y apropiaciones materiales. *¿Puede pensarse que todo esto es producto de una sola línea organizacional? ¿Cualquier organizador que tomáramos como fundante no pondría la indagación en el camino de la extensión indebida, es decir de la extraterritorialidad?*

Si los organizadores fantasmáticos son aquellos que hacen posible que el sujeto haga “nudo”, y si no se confunde el sujeto con el “*autonomus ego*”, *¿qué otros organizadores hacen posible que los integrantes hagan “nudo”? ¿Cómo operan las variables institucionales para transformarse en organizadores grupales?*

En el intento de salvar el riesgo del reduccionismo es que se enunciaba líneas arriba que las producciones grupales se realizan a través de la imbricación caleidoscópica de sus organizadores; a partir de allí es que se orienta la indagación hacia la necesidad de abordajes transdisciplinarios para la teorización de lo grupal.

Un *criterio transdisciplinario* supone replantear varias cuestiones. En primer lugar, un trabajo de *elucidación crítica* sobre los cuerpos teóricos involucrados, que desdibuje una intención legítima de lo que ya se sabe para poder desplegar la interrogación de hasta dónde sería posible pensar de otro modo. Implica asimismo el abandono de cuerpos nocionales hegemónicos de *disciplinas “reinas”* a cuyos postulados, códigos y orden de determinaciones se subordinan *disciplinas satelizadas*; sobre estos presupuestos se crean las condiciones para la articulación de contactos locales y no

gunas de las investigaciones en “Historia de las Mentalidades”. Véase: Veyne, P. *Hacer la Historia*, Laia, Barcelona, 1985.

globales entre diferentes territorios disciplinarios, como así también que aquellos saberes que las disciplinas hegemónicas habían satelizado, recobren su potencialidad de articulaciones multivalentes con otros saberes afines.

De esta forma los cuerpos teóricos funcionan como “cajas de herramientas”⁴ es decir, aportan instrumentos y no sistemas conceptuales; instrumentos teóricos que incluyen en su reflexión una dimensión histórica de las situaciones que analizan; herramienta que junto a otras herramientas se produce para ser probada en el criterio de su universo, en *conexiones múltiples, locales y plurales* con otros quehaceres teóricos. Se hace clara entonces la diferencia con producciones teóricas que se transforman en concepciones del mundo, que se autolegitiman en el interior de su universo teórico-institucional y que por lo mismo exigen que toda conexión con ellas implique instancias de subordinación a la globalidad de su cuerpo teórico.

Por lo antedicho, junto a esta forma de utilización de las producciones teóricas como cajas de herramientas, un enfoque transdisciplinario presupone un *desdisciplinar las disciplinas* de objeto discreto y seguramente en el plano del actuar, cierto *desdibujamiento de los perfiles de profesionalización*, por lo menos en aquellos más rigidizados.

Aquí es pertinente distinguir los criterios epistemológicos transdisciplinarios de la “epistemología convergente” de Pichon Rivière. Ambos intentan dar respuesta a problemáticas que resistan ser reducidas a un solo campo disciplinario, pero los caminos elegidos son diferentes. La “epistemología convergente” aspira a que en tal convergencia todas las Ciencias del Hombre funcionen como una unidad operacional y aporten elementos para la construcción de los esquemas referenciales del campo grupal.⁵ Una epistemología que haga posible una “Teoría del Hombre Entero (entero incluso en su escisión constituyente)”.⁶

⁴ Foucault, M. *La microfísica del Poder*, La Piqueta, Madrid, 1982.

⁵ Pichon Rivière, E., “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales” (1969), en *El Proceso Grupal*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1978.

⁶ Boholavsky, R. “Grupos: propuestas para una Teoría”, *Rev. Argentina de Psicología*, n° 22, Buenos Aires, 1977.

Como puede observarse esta opción epistémica se sustenta en una noción de Hombre muy característica de los paradigmas humanísticos vigentes en los años 60; en la ilusión de lo Uno, donde en su convergencia las diferentes disciplinas pudieran conformar un discurso totalizador. Donde si bien evitan el reduccionismo de dar cuenta del campo grupal desde una sola disciplina, poniendo las diferentes ciencias en interrelación, no cuestionan a las ciencias positivas en la territorialización de sus saberes.

Los criterios transdisciplinarios se sustentan, justamente, a partir de una elucidación crítica de este tipo de totalizaciones, buscando nuevas formas de articular lo uno y lo múltiple. En su propuesta de contactos locales y no globales focalizan un “thema” en su singularidad problemática y éste es atravesado por diferentes saberes disciplinarios; sin embargo no pretenden unificarlos en una unidad globalizante. Por lo tanto, más que una búsqueda de universales, indaga matrices generativas, problemas en relación a los cuales los atravesamientos disciplinarios puedan dar cuenta de las múltiples implicancias del tema en cuestión. Esto hace posible elucidar tanto las convergencias como las divergencias disciplinarias en relación al mismo.

Este movimiento que propone el atravesamiento de diferentes áreas de saberes, a partir de “themas” a elucidar, sostiene varias y complejas implicancias. En primer lugar, cuando cierta región de una disciplina se transversaliza con otros saberes, pone en crisis muchas de sus zonas de máxima evidencia. En segundo lugar, exige la constitución de redes de epistemología crítica abocadas a la elaboración de aquellos criterios epistémicos que en su rigurosidad hagan posible evitar cualquier tipo de *patch-works* teóricos. En tercer lugar, y ya en el plano de las prácticas, vuelve necesaria otra forma de constitución de los equipos de trabajo; si no hay disciplinas “reinas” tampoco habrá profesiones hegemónicas. Este pluralismo no es sencillo de lograr.

En función de lo aquí esbozado es que se ha propuesto pensar los grupos, más como *campos de problemáticas* que como campos intermediarios entre lo individual y lo social⁷ o como eventuales ob-

⁷ Véase capítulo II.

jetos teóricos; en ese sentido es que se los enuncia como “nudos teóricos”, aludiendo al des-disciplinamiento disciplinario que se vuelve necesario instrumentar para su conceptualización. De tal manera, una eventual teoría de los grupos tendrá que bascular permanentemente, en un doble movimiento, investigando en la especificidad de lo que en un grupo acontece y trabajando —al mismo tiempo— el entramado de tal especificidad en inscripciones más abarcativas.

En cada acontecimiento grupal operan todas las inscripciones transversalmente; obviamente, no todas se vuelven evidentes pero siempre están ahí, altamente eficaces, altamente productivas. La noción de atravesamiento se ofrece como una herramienta válida en el desdibujamiento de los grupos islas, como también para repensar lo singular y lo colectivo por fuera de la tradicional antinomia individuo-sociedad. Al pensar los grupos en el atravesamiento de sus múltiples inscripciones se crean las condiciones de posibilidad de incluirlos en campos de análisis más abarcativos. Este criterio permite trabajar el desdibujamiento del grupo-isla ya que necesariamente remite al anclaje institucional de los grupos. Al mismo tiempo, contribuye a desmarcar la antinomia individuo-sociedad en tanto implica significantes sociales operando, no como efecto de influencia sobre el individuo, sino como fundantes del sujeto.

B. Un número numerable de personas (cuerpos discernibles)

Como es sabido la identificación en su doble dimensión constitutiva es —a la vez— base libidinal del lazo colectivo como de la fundación del sujeto. Esta profundidad del pensamiento freudiano ha permitido elucidar las condiciones estructurales por las que el sujeto hace masa: aquello que no puede dejar de hacer por el hecho de ser sujeto.⁸ Esta es la base estructural de los más diversos lazos so-

⁸ Freud, J. *Psicología de las masas y Análisis del yo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1967. Esta puntuación freudiana ha permitido diferenciar tales condiciones estructurales de una narrativa psicoanalítica o psicológica generalmente de estilo familiarista, que intenta explicar los procesos de masas, la vida en las instituciones, los acontecimientos grupales, etc., desde una particular versión de Edipo ampliado(!)

ciales; pero los agrupamientos que aquí interesan tienen la particularidad de producirse entre un número numerable de personas. Esto, sin duda, establece una de las especificidades de lo grupal; los enlaces identificatorios presentes en todo fenómeno colectivo, adquieren características propias, cuando, a diferencia de una reunión de individuos innumerables, tales agrupamientos se constituyen en un número numerable de personas.

El carácter numerable del grupo introduce peculiaridades de los procesos identificatorios, en tanto los cuerpos de los otros se hacen discernibles. *Algo hace nudo*. La distribución circular del dispositivo opera efectos más allá de lo espacial, haciendo posible una particular organización de los intercambios entre los integrantes; todos están expuestos a la visión de los otros y pueden, a su vez, ver a todos y a cada otro; esta situación particular genera condiciones de “mirada”; mirada que se desliza entre las tensiones del reconocimiento o el desconocimiento, de la amenaza o el sostén; juegos de mirada que desencadenarán resonancias fantasmáticas y harán posibles, o no, procesos identificatorios y transferenciales; juegos de mirada que afectan y desafectan los cuerpos en sus juegos productivos de deseo y poder.

Esta característica de los procesos identificatorios de un número numerable de personas donde los cuerpos se hacen discernibles, afectados unos y otros a juegos de mirada, establece las condiciones para la organización de *redes* identificatorias y transferenciales. Tal peculiaridad identificatoria en red hace del pequeño grupo un *nudo*. Nudo que se constituye en las alternancias de enlaces y desenlaces de subjetividades. Se propician, de tal modo, singulares anudamientos y desanudamientos que orientan al pequeño colectivo por los avatares de sus producciones, institucionalizaciones y disoluciones.

Vale la pena detenerse para puntualizar una cuestión que el trabajo con escenas marca en visibilidad. El despliegue de una escena cotidiana en un grupo que utiliza recursos psicodramáticos en el

por la cual aquella noción estructural del psicoanálisis pasa a formar parte de un bagaje terminológico que explica o comprende brisas, tragedias y tormentas del cotidiano institucional: el jefe es un padre autoritario, la institución una madre devoradora, en un baile de analogías y extraterritorialidades sin fin.

marco de la clínica, permite explorar los juegos identificatorios⁹ poniendo de manifiesto la relación entre resonancia fantasmática e identificación. ¿Con qué, con quién, cómo, se produce un enlace identificatorio? En primer lugar, la pregunta no es con quién, sino con qué, el quién, personaje sostenido por algún integrante del grupo abre el con qué, ¿con qué singularidad de algún rasgo de ese personaje se juega un enlace identificatorio?, con aquel rasgo que resuena por similar u opuesto, complementario, suplementario; con aquella posición en la escena fantasmática motivo de sus repeticiones. Resonancia fantasmática, condición estructural para que el sujeto haga nudo. Fantasma: escena donde repite una posición insistente. Repetición recreada en el espacio grupal. Repetición que en el mismo acto de repetir difiere en las sutilezas de los engarces de fantasma y cotidianidad. Repetición que aspira, al desplegarse dramáticamente, a explorar otras posiciones de su teatro interior.

¿Qué acontece cuando un número numerable de personas hace nudo? Se producen redes de procesos identificatorios y transferenciales propios y únicos de ese grupo. Puede considerarse que dicha red constituye una primera formación grupal. Pero aquí no se agota la productividad de ese pequeño colectivo. *El grupo, en tanto espacio táctico*, genera efectos singulares e inéditos, despliega la producción de sus formaciones, la generación de multiplicidades imaginadas e imaginarias, invenciones simbólicas y fantasmáticas, como así también sus niveles de materialidad.¹⁰ En síntesis, *un grupo inventa sus formaciones*, es decir inventa las formas o figuras de sus significaciones imaginarias. Estas sostienen la tensión de inventarse en su singularidad y en su atravesamiento socio-histórico-institucional. Es en este cruce donde despliega sus acontecimientos, actos, relatos, intervenciones, producciones materiales, *actings*, afectaciones, etcétera.

Cada grupo construye sus ilusiones mitos y utopías; construcciones que se realizan en un doble movimiento; aquel por el que se

despliegan los atravesamientos socio-histórico-institucionales y aquel de su singularidad como pequeño colectivo; tales construcciones son únicas e irrepetibles de cada grupo y, al mismo tiempo, sólo son posibles en su inscripción histórico-institucional. Son aquellas significaciones imaginarias que un pequeño colectivo produce como sostén de sus prácticas. Si debiera hablarse de un “algo común” que los grupos producen éste son las formaciones grupales; cada grupo configura sus propios diagramas identificatorios, pero también sus mitos, ilusiones y utopías diversos; estas significaciones imaginarias que los grupos producen, tienen como condición necesaria —pero no suficiente— la llamada “resonancia fantasmática” y los procesos identificatorios.

Los mitos grupales suelen ser elaboraciones noveladas de su origen, del porqué de su existencia, pero vividos por sus integrantes como su momento fundacional real; junto con sus utopías harán posible *la novela grupal*, propia de ese grupo. Entre las producciones grupales míticas y utópicas, hay una relación recíproca ya que la novela del origen suele organizarse en función de los proyectos e ilusiones; al mismo tiempo *las utopías* que en un grupo se produzcan generalmente se apoyan en su versión de por qué, cómo o para qué ha nacido. De todos modos, vale hacer una cierta distinción: los mitos suelen referir a la historia, las utopías a los proyectos, a lo prospectivo.

Estas producciones colectivas son componentes siempre presentes en los grupos, orientan muchos de sus movimientos, son absolutamente singulares de cada grupo y suelen ser de gran incidencia en las formas o estilos de trabajo de un grupo.

Podría decirse entonces que los mitos grupales son aquellas significaciones imaginarias que un grupo construye, al dar cuenta de su origen novelado, imbricados con las utopías del grupo y apoyados en la historia real de tal conjunto de personas.

El componente histórico opera aquí en diferentes niveles; ya sea una dimensión temporal significada por el tiempo de organización del grupo como tal con su historia particular, entrecruzado por las historias propias de los integrantes que lo componen; el momento institucional preciso en que ese grupo se ha formado, en función del cual los impensables institucionales inscriben sus marcas en el gru-

⁹ Percia, M. *Clínica Grupal e Identificación*. Facultad de Psicología, Dto. de Publicaciones, Buenos Aires, 1987.

¹⁰ De Brasi, J. C., “Desarrollos Sobre el Grupo-Formación”, en *Lo Grupal 5*, Búsqueda, Buenos Aires, 1987.

po; el momento socio-histórico-político general en el que desplegará o inhibirá sus prácticas.¹¹

En síntesis, las significaciones imaginarias grupales, por ejemplo las ilusiones, mitos y utopías de un grupo, operan como cristalizaciones o puntos de condensación en la producción de múltiples sentidos, constituyendo el camino obligado por donde los flujos productivos del grupo transitan la construcción de su historia.

Así como resaltar las singularidades de las formaciones grupales no exime de pensar sus inscripciones socio-histórico-institucionales, el pensar ilusiones, mitos y utopías como el algo común —el plus grupal— no exime de analizar las diversas formas de afectación de cada integrante particular en tales invenciones colectivas.

Nada de lo común es homogéneo; El algo en común no significa subjetividades homogeneizadas. Al mismo tiempo, resaltar la singularidad no implica invisibilizar las producciones colectivas.

Esta es sin duda una fuerte encrucijada teórica (véase capítulo II), pero también técnica. Intervenciones de gran efecto masa o “simultáneas de ajedrez”¹² suelen ser las salidas fallidas de muchos coordinadores. El desafío insiste: *sostener la tensión singular-colectivo*.

Se hace necesario —en la medida de lo posible— precisar el sentido del término imaginario cuando es empleado en expresiones tales como significaciones imaginarias, imaginario social, imaginario institucional, imaginario grupal, etcétera. En primer lugar es necesario distinguir taxativamente esta acepción del significado que tiene corrientemente en psicoanálisis: imagen de, especular. Aquí su utilización es tributaria de la acepción que este término toma en las ciencias sociales, particularmente en la corriente historiográfica de historia de las mentalidades.¹³ Esta corriente utiliza esta noción sin definirla, aludiendo a la mentalidad de una época, *le*

¹¹ Bauleo, A. “Notas para una conceptualización sobre grupo”, en *Contra-institución y grupos*, Fundamentos, Madrid, 1977.

¹² Se alude aquí a ciertas prácticas grupales psicoterapéuticas donde la coordinación parece ejercerse desde un partido de simultáneas, interpretando rápidamente a sucesivos integrantes del grupo.

¹³ Vovelle, M. *Ideologies et mentalités*, FM/Fondations Maspero, Paris, 1982.

sprit du temps, etcétera. Es Castoriadis —investigador en Teoría Política— quien se ocupa de definir con mayor precisión esta noción; se pregunta, ¿qué mantiene unida a una sociedad? ¿qué lleva a su transformación?

Con el término *imaginario social* alude al conjunto de significaciones por las cuales un colectivo, una sociedad, un grupo, se instituye como tal; para ello no sólo debe inventar sus formas de relación social y sus modos de contrato, sino también sus figuraciones subjetivas. Constituye sus universos de significaciones imaginarias que operan como los organizadores de sentido de cada época del *socio-histórico*, estableciendo lo permitido y lo prohibido, lo valorado y lo devaluado, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo; dan los atributos que delimitan lo instituido como legítimo o ilegítimo, acuerdan consensos y sancionan disensos.

En tal sentido distingue *lo imaginario radical* de *lo imaginario efectivo* (o lo imaginado).^{14,15} El primero es aquella instancia por la cual el socio-histórico inventa, imagina nuevos conjuntos de significaciones; constituye, por lo tanto, una potencialidad instituyente, transformadora, productora de utopías. Lo imaginario efectivo, por el contrario, tiende a la reproducción-consolidación de lo instituido; cuenta para ello con mitos, rituales y emblemas de gran eficacia simbólica y en el disciplinamiento de imágenes, anhelos e intereses de los integrantes de una sociedad.

Afirma este autor que las significaciones imaginarias sociales hacen a las cosas ser tales cosas, las coloca siendo aquello que son. De tal forma lo imaginario se vuelve “más real que lo real”. Es la institución de la sociedad la que determina aquello que es real y aquello que no lo es, aquello que tiene sentido y aquello que carece de sentido; toda sociedad es una construcción, una creación de un mundo, de su propio mundo.

Distingue en el socio-histórico un *orden de determinaciones* y un *orden de significaciones*. Es en este último donde sitúa su noción de imaginario social; según este autor ambos órdenes son impres-

¹⁴ Castoriadis, C. *La institución Imaginaria de la Sociedad*, Tusquets, Barcelona, 1983.

¹⁵ Castoriadis, C. *Domaines de L'Homme. Les Carrefours du labyrinthe*, Du Seuil, Paris, 1986.

scindibles para pensar lo social y no pueden subordinarse o reemplazarse uno por otro.

Si se intenta pensar esta noción en el campo grupal, podría afirmarse que las ilusiones, mitos y utopías que un grupo produce forman una suerte de imaginario grupal en tanto inventan un conjunto de significaciones, propias y singulares de ese grupo, pero tributarias—a su vez— de las significaciones imaginarias institucionales que atraviesan el nudo grupal como también de las significaciones imaginarias de la sociedad donde se despliegan sus dispositivos.

Se vuelve así pertinente re-pensar la dimensión ilusional de los grupos. Lo ilusorio ya no será únicamente mera ficción a des-ilusionar, sino que también será la dimensión desde donde se producen las significaciones imaginarias que organizan-desorganizan tal colectivo. Habrá que distinguir, por lo tanto, aquellos movimientos transgresivos—equivalentes simbólicos de la transgresión de la prohibición del incesto—de los flujos transformadores que instituyen nuevas significaciones grupales.

La elucidación de la institución de ilusiones, mitos y utopías de un grupo, hace posible tanto el análisis de tales construcciones, como también de los procesos de circulación y apropiación de las mismas. La distinción entre una dimensión imaginaria especular y otra social, permite — a su vez— no restringir lo imaginario a la indagación de los juegos especulares de un grupo. Sin embargo queda aun cierta oscuridad conceptual para precisar si lo imaginario especular y lo imaginario social actúan a través de mecanismos similares y efectos análogos o —por el contrario— será necesario indagar sus especificidades y diferencias.

C. La relación texto-contexto grupal¹⁶

¿Cómo puede ser pensada la articulación entre todo aquello que sucede en un grupo y el acontecer social en que tales actividades se

¹⁶ Una primera versión de este apartado fue desarrollada en "Los grupos y su contexto", *Rev. Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, nº 2, Tomo IX, Buenos Aires, 1986.

desarrollan? Tradicionalmente, esta relación suele expresarse también en términos antinómicos, tales como el "adentro" y el "afuera" grupal; se propone, entonces, la interrogación de las supuestas barreras adentro-afuera grupal.

Algunos autores resultan significativos al respecto, tales como Anzieu¹⁷ y Pavlovsky.¹⁸ Plantea el primero cómo en un seminario de dinámica de grupos realizado en 1968 en París mientras transcurrían los acontecimientos del llamado "Mayo Francés", se reproducía en el propio proceso grupal, la evolución de lo "inconsciente social" de los franceses de ese período; así observa este autor la dinámica de un grupo reproduciendo la dinámica social.

Por su parte, Pavlovsky dice:

el grupo es hablado por el argumento del drama inconsciente social en su trama argumental. Cada integrante actúa a un personaje principal de esa trama. Lo habla su inconsciente individual, pero al servicio de una trama argumental que alude o sugiere una fantasmática social.

Reflexionando sobre las particularidades de su práctica como psicoterapeuta de grupo durante los últimos años de represión política en la Argentina, constata cómo aparecen en los grupos nuevos personajes investidos de sospechas terroríficas que dan cuenta del profundo entramado de la fantasmática individual y lo imaginario social. Dice así: "La Institución de la Muerte, recreada, reinventada en la gran imagería grupal, padeciendo y recreando los terrores infinitos". En tal sentido ¿puede hablarse de cómo o cuándo lo social "influye" sobre lo que acontece en un grupo? ¿Puede considerarse la relación grupo-sociedad meramente en términos de influencia? ¿La sociedad se constituye sólo como el contexto exterior que influye sobre el grupo, orientando algunos de sus movimientos? Si se toma una frase de este autor como disparador: "El

¹⁷ Anzieu, D. "El grupo, proyección del inconsciente social: observaciones psicoanalíticas sobre los acontecimientos de mayo de 1968", en *El grupo y el inconsciente*, op. cit.

¹⁸ Pavlovsky, E. "Lo fantasmático social y lo imaginario grupal", en *Lo Grupal I*, Búsqueda, Buenos Aires, 1983.

grupo es hablado por el argumento del drama social”, podrá observarse cómo la división entre texto y contexto se vuelve cada vez más difícil de delimitar.¹⁹

Se piensa, en este sentido, que *el llamado contexto es, en rigor, texto del grupo*; es decir que no hay una realidad externa que produce mayores o menores efectos de influencia sobre los acontecimientos grupales, sino que tal realidad es parte del propio texto grupal, en sus diversas modalizaciones; es por ende fundante de cada grupo; más que escenografía, drama grupal.

Antes de avanzar en el desarrollo de este pensamiento, es necesario operar algunas acotaciones respecto al término “texto”, sobre todo si se pretende incorporarlo a una temática como la grupal, en principio, bastante alejada de la Lingüística, disciplina desde donde ordinariamente este término es demarcado. La palabra contexto alude a aquello que va con el texto, que lo rodea; ahora bien, ¿qué sería el texto grupal?, ya que no puede obviarse que el término texto remite a un orden de lenguaje. Así, con el término texto puede suceder algo similar a lo que han planteado Ducrot y Todorov²⁰ para el término lenguaje; en ese sentido no debe resultar para nada ajena la advertencia de estos autores, quienes plantean que cuando se toma el término lenguaje en su sentido más amplio, es decir, como un sistema de signos, abandonando así el ámbito específico del sistema de signos verbales, el término se vuelve tan vasto e indeterminado que puede ser el referente de todas las ciencias humanas, ya que —quién puede dudarlo— todo es signo en el comportamiento humano, desde las estructuras y las instituciones hasta las formas artísticas.

De todos modos, pareciera inevitable la influencia que en estos momentos tienen los conceptos producidos por la Lingüística en diferentes campos de las ciencias humanas. Para evitar equívocos, se tratará de delimitar lo más posible el sentido del término texto, al utilizarlo en el campo de lo grupal. En primer lugar el uso aquí dado no se circunscribe a su sentido verbal-escrito. ¿Qué son esos tex-

¹⁹ Del mismo modo fue planteada la dificultad de sostener la relación individuo-sociedad en forma antinómica. Véase capítulo II, “Lo singular y lo colectivo”.

²⁰ Ducrot, D. y Todorov, T. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976.

os, esas “escrituras”, en un grupo? Se hace referencia a *las formas propias que el grupo construye* desmarcando el término texto de su connotación estrictamente lingüística y rescatando —en forma subrayada— su sentido más amplio, aquel que lo refiere a su productividad. Al rescatar la dimensión productiva del texto se quiere resaltar, en lo que en un grupo acontece, las formas propias que un grupo produce (en ese sentido, sus escrituras). Como ya se dijo, al eliminar del término texto su significancia verbal-escrita se recupera, para su utilización en el campo grupal, el sentido que le otorga J. Kristeva cuando define al texto por su productividad.

Se afirma así que más allá de sus dimensiones expresiva y comunicativa, *el texto grupal tiene un poder generador de sentidos*. Implica, por tanto, un juego infinito, donde el sentido que en algún momento de lectura se le otorga, no agota su productividad. Como el texto del sueño, como los textos escritos, los textos del grupo son inagotables. Más que un sentido oculto, sustancial, que la interpretación debe develar, el texto mismo es un permanente generador de sentidos,²¹ que en virtud de sus atravesamientos, se inscribe en múltiples significaciones. Así, no sólo lo dicho y lo no dicho —orden del lenguaje, plano discursivo— sino también los movimientos corporales, los movimientos espaciales, los silencios, los pactos, etc., van conformando el complejo entramado de las configuraciones o formas de un grupo, que en un juego inagotable son, a su vez, generadores de otros múltiples sentidos. Sentidos diversos que, por otra parte, operarán particularizadamente en y desde los diferentes integrantes “abrochando” en forma singular en cada uno de ellos.

Lo que acaba de expresarse tal vez pueda resultar más claro si se piensa, por ejemplo, en una multiplicación dramática, donde desde el lugar de la coordinación, más que develar el sentido oculto, más que comprender aquello que la escena representa, comunica o expresa, puede verse cómo la misma escena es generadora de un juego de combinaciones de las distintas figuraciones que sus significaciones imaginarias inventan. La secuencia de escenas se ubica más allá de un nivel expresivo comunicacional; produce, genera, dispara, inventa, diversos sentidos.

²¹ Sarlo, B. “El saber del texto”, *Rev. Punto de Vista*, nº 26, Buenos Aires, 1986.

Así, la intervención interpretante, lejos de constituir una unidad cerrada, lejos de la intención de encontrar *el* sentido, puntúa; esto es, marca algún punto de la red de sus producciones simbólico-imaginarias; momento de una secuencia, finalización y principio plurivalente donde las unidades generadoras de sentido se hacen, se envuelven y se deshacen continuamente.²² La intervención interpretante puntúa algún sentido, señala un sinsentido, resalta una paradoja. En ese movimiento, no descubre sino que crea las condiciones de posibilidad para que otros sentidos puedan ser enunciados.

Estas consideraciones intentan desdibujar el adentro y el afuera grupal en tanto entidades sustancializadas y pensadas en pares de opuestos; es refutando este criterio antinómico que se afirma que el contexto es texto grupal y que el texto, a su vez, es generador de múltiples sentidos. De todos modos, es importante distinguir en este punto dos niveles de análisis: la problematización teórica de las formas antinómicas de pensar el adentro y el afuera grupal, respecto de las vivencias de los integrantes de un grupo o sus expresiones referidas a ellas.²³ Al mismo tiempo, cuando el coordinador naturaliza las referencias de los integrantes de un grupo, refuerza la forma antinómica señalada, creando condiciones para la estructuración de un grupo-isla.

Reforzando la idea de desdibujamiento del adentro y del afuera, en relación a la gestión de los textos grupales, se pone un ejemplo a consideración: en un taller de sociodrama realizado en un congreso, ya en 1985, se hablaba de las características que había adquirido la práctica hospitalaria durante los años de dictadura. Se propone dramatizar; pasa un grupo de personas para realizar la primera dramatización, que se desarrollaría en un Ateneo de un Servicio Hospitalario. Se sientan en el piso, y ante unos cables que están sueltos en el piso (posiblemente para la conexión de los micrófonos), la coordinadora recomienda cuidado a uno de los participantes, tratando de evitar que se sentara encima de los cables. Uno de los integrantes dice "¡la picana!", comentario que es acompañado por risitas nerviosas de todo el grupo.

Se realiza la dramatización del Ateneo del Servicio Hospitalario; luego la coordinadora pregunta si alguien tiene alguna otra escena para dramatizar. Una participante señala que se había quedado impresionada por el chiste de la picana. Se le solicita entonces, que dramatice la escena correspondiente a lo que está expresando.²⁴ La escena que se dramatiza consiste en un hombre que está siendo torturado por un represor, en la escena participa un tercer personaje que incentiva al torturador a continuar con su tarea.

El torturado no grita ni habla durante la escena. Una vez finalizada la escena, la coordinadora muy cordialmente le dice a este participante: "Querés decir algo?"...

Se evidencian aquí dos momentos de esta situación grupal: por una parte, un cable, seguramente utilizado en la realidad para conectar los micrófonos, atraviesa la escena dramatizada del Ateneo, es ahora una picana, se vuelve texto grupal y genera sentidos; por otra, la coordinadora que dice a la persona real que ha hecho de torturado, una vez terminada la dramatización "¿Querés decir algo?"; ante las miradas que se cruzan significativamente entre los presentes, ella explica al grupo que, como el participante ni siquiera había podido gritar pensó que podría haberse quedado muy "cargado".

En la dimensión de la escena "real" encontramos una coordinadora muy avezada que conoce todo lo que puede "cargar" a un participante realizar un personaje de tales características, y en actitud de contención le ofrece un espacio de expresión-descarga. En otra dimensión de la escena, se ha creado un personaje terrorífico, aquel más temido de las sesiones de tortura. El que aparece después, protector, paternal y que cariñosamente le pide que hable. Este personaje transvistió a la coordinadora. Superposición de textos generadores de múltiples sentidos.

Obsérvese que esta otra escena no está debajo, ni oculta. Todo acontece ahí, texto grupal productor de múltiples sentidos. Es en ese sentido que líneas arriba se señalaba que pensar las relaciones entre el grupo y su contexto como relaciones de influencia constituiría un abordaje un tanto lineal del problema. Si pueden pensar-

²² Sarlo, B. *Op. cit.*

²³ Bauleo, A. Comunicación personal.

²⁴ Esta consigna es parte de la técnica de trabajo. En una secuencia de dramatizaciones, ante cualquier verbalización se solicita que ésta se ponga en escena.

se los grupos en tanto espacios de enlaces y desenlaces de subjetividades, se insiste en el uso metafórico de una de sus insistencias etimológicas: *nudos*; de tal forma los grupos pueden ofrecerse a la indagación en tanto *anudamientos-desanudamientos de subjetividades*.

Así, al desdibujar el adentro-afuera, el arriba-abajo, los nudos grupales pueden ser pensados como complejos entramados de múltiples inscripciones. Nudo. Múltiples hilos de diferentes colores e intensidades lo constituyen: deseantes, históricos, institucionales, económicos, sociales, ideológicos, etcétera. Pero en realidad, lo efectivamente registrable no son los hilos que lo constituyen sino el nudo. Complejo entramado de múltiples inscripciones: todo está ahí latiendo; todas las inscripciones están presentes en cada uno de los acontecimientos grupales; variarán sí sus combinatorias en cada momento grupal como también su nivel de relevancia en tal momento; pensar la cuestión de esta manera implica, obviamente, aceptar que en un grupo se están generando muchísimas más producciones que aquellas que pueden leerse o enunciarse.

D. La latencia grupal

Lo que no existe in-siste.
Insiste para existir.
Robinson de M. Tournier

Todo está ahí, latiendo. Con esta frase se propone provocar una primera interrogación que permita repuntar teóricamente el sentido de un término tan controvertido como latencia grupal. Es frecuente, en nuestro medio, pensar lo latente —por una particular metafórica espacial— como lo que está debajo, en las profundidades, por lo tanto oculto, y de tan oculto verdadero... Al mismo tiempo, suele considerarse la latencia como efecto de estructura. Desde tal perspectiva la función de la intervención interpretante es llevar a la superficie —ilusional— las verdades que emergen de las profundidades. Como puede observarse se construye una particular correspondencia entre lo oculto y lo verdadero.

Se intenta reflexionar esta cuestión desde otro lugar. Pensar lo latente como lo que late —ahí— todo el tiempo, insistiendo en la escena grupal; una latencia en los pliegues de la superficie más que en las profundidades. Pero para ello se hace necesario re-significar los términos profundidad y superficie. “Lo más profundo es la piel”, decía Paul Valéry. Afirma Deleuze que este re-descubrimiento de la superficie y esta crítica de la profundidad forman parte de una constante de la literatura moderna. Cita a Michel Tournier, en *Vendredi ou les limbes de Pacifique*:

extraña decisión esta que valoriza ciegame las profundidades a expensas de la superficie y que quiere que superficial signifique no vasta dimensión sino poca profundidad, mientras que profundo signifique, por el contrario gran profundidad y no pequeña superficie.

También se acerca a Lewis Carroll en *Sylvia y Bruno*, donde la bolsa de Fortunato está presentada como anillo de Moebius, está hecha de pañuelos cosidos “*in the wrong way*” de manera tal que su superficie externa es prolongación de la interna; envuelve el mundo entero y hace que lo que está adentro esté afuera, y lo de afuera, adentro.²⁵

A partir de la figura del *grupo como nudo*, se pretende problematizar —en la lectura de los procesos colectivos— el adentro y el afuera, el arriba y el abajo grupal; sus múltiples hilos se entrecruzan y lo que resalta no son ya los hilos fundantes sino el nudo que han formado: ¿cómo delimitar ahora arriba-abajo y adentro-afuera? Todo ahí, latiendo-insistiendo en los pliegues de la superficie del nudo grupal. Interesa problematizar un esquema que re-instala la duplicidad del modelo arquitectónico superficie-cimientos; todo está en la superficie y no existe un “hinterland” del discurso donde hay que buscar la verdad de lo expresado. La insistencia de lo discontinuo, es lo que permite detectar los puntos de condensa-

²⁵ Deleuze, G. *La lógica del sentido*, Barral, Barcelona, 1970. Obviamente la figura anillo de Moebius tiene en Psicoanálisis, a partir de Lacan, precisas referencias. Es empleada para dar cuenta de la noción de sujeto “desmarcada” de la noción de individualidad. Tomando esta noción en un sentido muy amplio puede decirse que evidencia similares preocupaciones epistémicas que las aquí presentadas.

ción, los pliegues, los intersticios de la misma superficie; más que búsqueda de las profundidades hacer visible lo que sólo es invisible por estar demasiado en la superficie de las cosas. Interrogar críticamente una ideología romántica de lo profundo, como unicidad oculta de las significaciones.²⁶

Los discursos en grupo —más que otorgar alguna certeza por la cual en las profundidades debe encontrarse un sentido oculto, uno solo, y sabiamente escondido entre simulacros de superficie— ponen en juego la imposibilidad de decidir si hay un secreto de verdad entre simulacros manifiestos.

El acontecimiento ya no como *expresión* o *representación* de una estructura subyacente: deseante, económica, social, institucional, sino como producción de múltiples sentidos y algunos sinsentidos: anudando y desanudando inscripciones deseantes, económicas, sociales, institucionales.

Ya no un análisis que marche de los hechos manifiestos hacia su núcleo interior y oculto, sino más bien la elección de un recorrido que puntúa insistencias-latencias, todo ahí, en esa superficie de discursos; múltiples flujos constituyen el acontecimiento, múltiples inscripciones forman el nudo grupal; múltiples sentidos, pero también los juegos del sinsentido, la rareza y la paradoja.

¿Por qué pensar lo manifiesto y lo latente como opuestos? ¿tributos de una ontología platónica que ya encuentra su revisión?; puede resultar de utilidad para pensar esta cuestión el desafío lanzado por Nietzsche-Foucault-Deleuze: la inversión del platonismo; esto significa problematizar gran parte de los *a priori* desde donde se piensa la vida, se valoran los actos, se organizan los saberes.

Crisis de la teoría de la representación-expresión; mito de la caverna reproducido sin descanso, por el cual un mundo sensible —mera apariencia— es representación o expresión deformada de esencias verdaderas; mundo de imágenes que son copias o simulacros de la Idea. Revisar un contenido manifiesto del eterno retorno que desde el platonismo significa organizador del Caos; eterno retorno del devenir loco, destinado a copiar lo eterno.²⁷

²⁶ Terán, O., en M. Foucault, *El discurso del poder*, Folios, Buenos Aires, 1983.

²⁷ Deleuze, G. *Op. cit.*

Se intenta pensar los acontecimientos sin renunciar al análisis de las legalidades grupales. La búsqueda por la estructura grupal de la cual los dinamismos y procesos grupales serían efecto, ha sido una forma —estructuralista— de pensar su legalidad.²⁸ Esta lectura abrió visibilidad con respecto a los sujetamientos que hacen posibles la reproducción, la repetición; pero siempre se han encontrado con grandes dificultades para pensar la diferencia, la invención, lo discontinuo, la singularidad del acontecimiento.

Resulta sumamente ilustrativo en este punto el pensamiento de M. Foucault:

Toda una generación ha estado durante mucho tiempo en un callejón sin salida pues tras los trabajos de los etnólogos, se estableció esta dicotomía entre las estructuras por una parte —lo que es pensable— y el acontecimiento lugar de lo irracional, de lo impensable, de lo que no entra y no puede entrar en la mecánica analítica, al menos en la forma que el método analítico ha adoptado en el interior del estructuralismo.

Sin duda, el estructuralismo ha sido el esfuerzo más sistemático para evacuar el concepto de acontecimiento de las ciencias, incluso de la historia. Es importante no hacer con el acontecimiento lo que se ha hecho con la estructura. No se trata de colocar todo en un mismo plano, que sería el del acontecimiento, sino de considerar detenidamente que existe toda una estratificación de tipos de acontecimientos diferentes, que no tienen ni la misma importancia ni la misma capacidad de producir efectos.

El problema consiste, al mismo tiempo, en distinguir los acontecimientos, en diferenciar las redes y los niveles a que pertenecen y en reconstruir los hilos que los atan y que los hacen enfrentarse unos a otros.²⁹

Entonces, todo está —ahí— latiendo. Sin embargo, no todo acontecer cobra igual grado de visibilidad, ni toma forma de enunciado; tampoco sus insistencias son registradas por todos los integrantes de la misma manera. ¿De qué depende que en el flujo de sucesos, advenga un acontecimiento? Si acontecimiento es produc-

²⁸ Bohoslavsky, R. *Op. cit.*

²⁹ Foucault, M. *La microfísica del poder*, La Piqueta, Barcelona, 1980.

ción de sentido, dependerá de las figuras que el caleidoscopio identificatorio-transferencial invente; de las implicaciones en que se afecte la coordinación, del momento en que se encuentre la producción de ilusiones, mitos y utopías grupales; del contrato en tanto organizador institucional explícito e implícito; de sus atravesamientos socio-históricos.³⁰ Estas implicancias organizan aquel universo de significaciones que será disruptivamente atravesado por la producción de la singularidad de sentido.

En síntesis, no se trata de orientar la reflexión hacia un indeterminismo, o hacia el mero azar contingente del acontecer grupal, sino de poder pensar los juegos de múltiples marcas; no referir a lo incausado, sino a la coexistencia de cuasi-causas.³¹

E. Lugar del coordinador

Lo hasta aquí planteado lleva a revisar ciertos aspectos de una teoría de la lectura que, aunque fuera en forma implícita, opera muchas veces en el trabajo interpretativo de los coordinadores de grupo. Aquello que circula en el plano discursivo, gestual, psicodramático, los silencios, la organización de los espacios y tiempos grupales, etc., suele ser interpretado desde una particular teoría de la lectura por la cual los acontecimientos grupales serían *expresión de un sentido oculto*, profundo, que la interpretación debe develar y en ese acto llevarlo a la superficie. Está en juego ahí una teoría de la representación, al decir de Castoriadis, de gran rémora de la caverna platónica.³²

El acontecimiento no representa ni expresa; está todo ahí, en tal inmediatez que suele volverse invisible. Si se acepta que el nudo grupal está atravesado por múltiples sentidos y más de un sinsentido, siempre excederán a aquellos que desde la implicación interpretante se puedan puntuar; el coordinador sólo podrá puntuar algún

³⁰ Esta enumeración no pretende ser excluyente de otras implicancias.

³¹ Deleuze, G. *Op. cit.*

³² Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona, 1983.

sentido, interrogar una rareza, resaltar una paradoja, indicar alguna insistencia y ya no será quien descubra la verdad de lo que en el grupo acontece.

Al resituar la función interpretante desde el lugar develador de verdades profundas hacia la puntuación interrogante, la otra escena no es una escena escondida; ha estado ahí todo el tiempo, late, insiste, y aun así muchas veces su presencia permanece denegada. Esto sin duda redefine un cierto lugar de "poder" del coordinador.

Como pudo verse en el capítulo IV, cuando los psicoanalistas incorporan a su trabajo con grupos reglas técnicas y conceptos teóricos del dispositivo psiconalítico, además de abrir el campo de la clínica grupal produjeron un importante descentramiento. Crearon las condiciones para hacer posible la separación del lugar de la coordinación de los liderazgos superando gran parte de los efectos de sugestión y del tipo de violencia simbólica que ella implica. Los requisitos para tal descentramiento fueron precisados por Bauleo en 1973 cuando a las ya establecidas condiciones de neutralidad que el dispositivo analítico había aportado acentúa la exigencia hacia el coordinador en la devolución de los liderazgos, de la no apropiación de las producciones grupales por parte de éste y la elaboración desde el momento mismo de la formación del grupo, de su pérdida. Advierte asimismo que expresiones tales como "mi grupo" por parte de un coordinador, más que alusiones identificatorias expresaban un deseo inscripto en criterios ideologizados de propiedad.³³

Estas sucesivas puntualizaciones redefinieron el lugar de la coordinación con respecto al coordinador-líder de la microsociología. De todas formas quedó abierto otro problema: al organizar la lectura de los acontecimientos grupales desde una teoría de la representación-expresión, crearon las condiciones para reinvestir en figura de poder al coordinador; desde tal perspectiva éste queda posicionado en un lugar de "saber lo que al grupo le pasa"; tal coordinador ya no es un líder, pero queda investido en un *coordinador-oráculo*; sólo él puede leer el sentido de los efectos de estructura.

³³ Bauleo, A. "Notas para la conceptualización sobre grupo", en *Contrainsti-tución y grupos*, Fundamentos, Madrid, 1977.

Actualmente, otro descentramiento se vuelve posible en tanto la función interpretante se propone puntuar insistencias, interrogar rarezas, resaltar sinsentidos, enunciar paradojas, etcétera. Ellos laten-insisten en los textos grupales; el coordinador desde su implicación —y no fuera— sólo registra algunos. Por ende, función interpretante realizada desde un lugar de ignorancia. De tal modo, otro requisito se agregará a los ya enunciados: *la renuncia al saber de la certeza.*

Múltiples sentidos y algún sinsentido que circulan entrecruzados en el acontecer grupal; la intervención interpretante al puntuar algunos de ellos intenta evitar el cierre-obturación que toda evidencia de verdad produce. De esta forma la coordinación hace posible aperturas a nuevas producciones de sentido. Los integrantes compagan así distintas formas de textos grupales y producen sus juegos identificatorios y sus significaciones imaginarias. El coordinador no es el poseedor de una verdad oculta, sino alguien interrogador de lo obvio, provocador-disparador y no propietario de las producciones colectivas; alguien que más que ordenar el caos del eterno retorno³⁴ *busca aquella posición que facilite la capacidad imaginante singular-colectiva.*

F. La dimensión institucional de los grupos³⁵

Sin duda las reflexiones señaladas en el punto C de este capítulo, con respecto a las relaciones entre las significaciones imaginarias grupales y lo imaginario social están referidas a situaciones políticas límite, que constituyeron verdaderos traumas sociales. Podría abrirse una pregunta: ¿tan particular relación de texto y contexto es privativa de situaciones sociales límite o, por el contrario, es una constante del funcionamiento de los grupos? Lo que se interroga es si tal ligadura del grupo con los acontecimientos de la realidad “exterior”, se produce sólo cuando lo social adquiere un significativo

³⁴ Deleuze, G. *Op. cit.*

³⁵ Una primera versión de este punto y el siguiente pueden encontrarse en *Lo Grupal 7*, Búsqueda, Buenos Aires, en prensa.

nivel de turbulencia, o si hace a una constante de su funcionamiento. Más bien podría pensarse que este entramado es constitutivo de lo grupal.

Si bien esta opinión deberá fortalecerse con futuras indagaciones, aun cuando se la mantenga como hipótesis, deberá reconocerse que ésta no es una manera habitual de pensar la relación de los grupos con su contexto; más bien opera con mucha frecuencia como un impensable de lo grupal. Tal vez, *especularmente capturados en los grupos plegados sobre sí mismos sólo se hizo visible su presencia en las formas límites de lo social.*

Lo social siniestro no sólo comenzó a refutar con insistencia el artificio de los grupos-islas; también mostró la necesidad de reflexionar —más allá de situaciones coyunturales— sobre las formas permanentes de relación entre lo grupal y lo social. Una de ellas es, sin duda, *la dimensión institucional.*³⁶

Es innegable que las instituciones cubren diversas necesidades de una sociedad; sin entrar aquí en la complejidad de lo arbitrario —no natural— de las necesidades sociales puede decirse que la dimensión institucional no se agota en sus aspectos funcionales. *Tiende a normativizar el tipo de enunciados que es pertinente en cada una de ellas autorizando algunos y excluyendo otros;*³⁷ por fuerte que sea su inercia burocrática, no es una cosa, sus límites son siempre provisionales y siempre es posible desplazarlos en los juegos instituyentes. En ese sentido *una institución es una red simbólica socialmente sancionada en la que se articula junto a su componente funcional un componente imaginario.*³⁸

Desde esta noción de institución,³⁹ puede pensarse a los grupos desplegándose en lo imaginario institucional donde inscriben sus

³⁶ Fue en este sentido que ya en “El dispositivo grupal” se afirmaba que *los grupos no son islas* por cuanto están siempre inscriptos en instituciones y operan en ellos múltiples atravesamientos. Véase A. Fernández-A. del Cueto, “El dispositivo grupal”, en *Lo Grupal 2*, Búsqueda, Buenos Aires, 1985.

³⁷ Altamirano, C. “Ideología y sensibilidad postmodernas; sobre la condición postmoderna de J. F. Lyotard”, *Rev. Punto de Vista*, 25, Buenos Aires., 1985.

³⁸ Castoriadis, C. *Op. cit.*

³⁹ Para ampliar las distintas nociones de Institución, véase R. Montenegro, *Con textos de referencia y sentidos del término Institución*, Fac. de Psicología, Departamento de Publicaciones, UBA, Buenos Aires, 1988.

prácticas; lo imaginario institucional tanto puede promover como dificultar las actividades de grupo. En ese sentido es que se considera restrictivo leer todos los procesos que en un grupo acontecen sólo desde los llamados dinamismos propios de un grupo o desde el producto de las resonancias fantasmáticas de las singularidades que componen tal colectivo.

Cuando en 1984, al retomar la docencia universitaria, se propuso como una de las primeras consignas para los trabajos prácticos de una cátedra que se estaba organizando, que los alumnos se sentaran en círculo y se presentaran, esta mínima consigna de comienzo de una actividad grupal, produjo diferentes efectos de confusión y pánico, que configuraron una verdadera situación colectiva.

Durante la dictadura el anonimato y la serialidad eran la forma de conservar la vida en las aulas universitarias; el peligro real había pasado, sin embargo en lo imaginario institucional operaba manteniendo determinadas significaciones imaginarias que impedían cualquier agrupamiento, identificación individual, etcétera.

Aquí tal vez fuera pertinente otra reflexión. El ejemplo que antecede tiene la impronta de lo social siniestro; sin embargo pueden encontrarse algunas cuestiones relacionadas a lo que en él se relata en otras situaciones más cotidianas. Cuando se implementan dispositivos grupales en instituciones escolares primarias —y más frecuentemente secundarias— al dar la consigna de agruparse en círculo suelen aparecer chistes, risas, miradas cómplices entre los alumnos, etc.; éstos suelen explicitar en tales casos el riesgo que el dispositivo montado le ofrece en tanto quedan todos bajo una mirada de control por parte del docente. Esta significación imaginaria de “*panóptico grupal*”, si bien esperable en instituciones disciplinarias, no deja de tomar por sorpresa a coordinadores de formación grupalista clínica. *Se encuentran allí contrastadas dos dimensiones diferentes del referente institucional.* En el grupalismo el propósito de la organización circular del espacio se sostiene en la intención de favorecer determinado tipo de enlaces-desenlaces de las subjetividades que se supone ha de propiciarse al estar todos a la vista de todos. Sin embargo, para los alumnos—integrantes de la institución escolar— esto se inscribe en un eventual propósito de vigilancia y control.

Se abre aquí una pregunta obligada. ¿Esta figura del “panóptico

grupal” será exclusiva de significaciones imaginarias de grupos inscriptos en instituciones disciplinarias? ¿Se formará también en los dispositivos clínicos? De ser así, ¿qué impensables de nuestras prácticas la vuelven invisibles para el coordinador? ¿Qué violencia intangible silencia su enunciabilidad en los integrantes del grupo?

Lo imaginario institucional puede promover o incentivar la producción grupal; así, por ejemplo, un grupo de transferencia positiva con la institución en la que inscribe sus prácticas puede operar movimientos grupales que favorezcan o incentiven la productividad del mismo. En sentido contrario, puede observarse que hay grupos que alcanzan sus momentos de mayor despliegue productivo desde utopías grupales fuertemente contrainstitucionales. Muchos son los ejemplos al respecto en las instituciones manicomiales donde equipos profesionales “de avanzada” intentan transformar la situación de alguna sala. Sólo desde una utopía de transformación de la institución, esos pequeños colectivos —habitualmente aislados— pueden enfrentar los paradigmas organicistas y las políticas sanitarias de la psiquiatría clásica. Sólo desde un proyecto severamente contrainstitucional con respecto al manicomio pueden sostenerse prácticas rodeadas de tanta adversidad.

Líneas arriba se ha señalado que la dimensión institucional trasciende los edificios. En tanto red simbólica que articula componentes funcionales e imaginarios, su presencia en los grupos puede tener diferentes grados de visibilidad o invisibilidad. Así, por ejemplo, podría suponerse que en aquellos grupos psicoterapéuticos o de formación que no inscriben su práctica en instituciones públicas, la dimensión institucional en el grupo no ofrece demasiada relevancia. Sin embargo, en el circuito profesional privado ésta se constituye a partir del sistema de reglas que el coordinador instituye conformando un sistema simbólico. Coordinación y sistema de reglas operan como disparador de lo imaginario y crean algunas de las condiciones necesarias para que ese grupo comience a diseñar sus propias formaciones grupales.

Por otra parte la membrecía del coordinador a determinadas instituciones teórico-profesionales es una dimensión institucional en el grupo “privado” que no debe subestimarse. El coordinador es investido como el “representante” de ellas en el grupo. De tal forma

el sistema de avales o descalificaciones a la coordinación suele operar como mediación de avales o descalificaciones a dichas instituciones. En este sentido, la coordinación soporta también allí no sólo los movimientos transferenciales clásicamente estudiados por el psicoanálisis, sino también toda suerte de transferencias institucionales.

Las instituciones forman parte de las redes del poder social. En circuitos macro o micro, la institución constituye un factor de integración donde las relaciones de fuerza se articulan en formas: *formas de visibilidad* como aparatos institucionales y *formas de enunciabilidad*, como sus reglas. En tanto figura intersticial, la institución será un lugar donde el ejercicio del poder es condición de posibilidad de un saber y donde el ejercicio del saber se convierte en instrumento de poder; en tal sentido es un lugar de encuentro entre estratos y estrategias; donde archivos de saber y diagramas de poder se mezclan o interpretan sin confundirse.⁴⁰

La inscripción institucional de los grupos constituye, al decir de Lapassade, su impensado, el negativo, lo invisible, su inconsciente.

Quiere resaltarse que las producciones de un grupo nunca dependerán exclusivamente de la particular combinatoria de identificaciones, transferencias, resonancias fantasmáticas, etc., entre sus integrantes. Tampoco será mero reflejo o escenario donde lo imaginario institucional podrá desplegarse. En cada grupo, la combinatoria de sus diferentes inscripciones producirá un nudo propio singular irreductible.

De esta forma, se pretende inscribir lo grupal en lo institucional, sin perder lo específico de la grupalidad. Es necesario sostener tal especificidad sin hacer de los grupos islas y, al mismo tiempo, tomar como vector de análisis la dimensión institucional. Se piensa más bien en un movimiento tal, donde grupo e institución se significan y resignifican mutua y permanentemente. Porque si bien no hay grupos sin institución, ¿qué institución podrá ser aquella que no sea habitada por grupos por momentos aliados o antagónicos; en conflicto, o naciendo a su vez a redes solidarias; vacilando entre los

⁴⁰ Morey, M. Prólogo a G. Deleuze, *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 1987.

caminos de la burocratización, repetición, disolución, invención y nacimiento de lo nuevo? En síntesis, *un grupo se inscribe en un sistema institucional dado, de la misma manera que la institución sólo vive en los grupos humanos que la constituyen.*

G. Algunos impensables

¿Cómo opera efectos la institución en un grupo? Es importante señalar que las normas de funcionamiento, la coordinación y el contrato son los indicadores del sistema simbólico-institucional en el que un grupo se inscribe. Este sistema: normas de funcionamiento, formas de coordinación y contrato, opera en un sentido explícito-funcional; sin embargo, su normatividad también operará eficacia como disparador de significaciones imaginarias grupales.

Normas de funcionamiento

Las normas de funcionamiento, si bien tienen una operatividad evidente en tanto permiten a un grupo organizarse, no es éste el nivel de eficacia que se desea aquí subrayar, sino que se está haciendo referencia a los efectos implícitos que laten-insisten, produciendo significaciones imaginarias donde se atraviesan diversas inscripciones (identificadorias, transferenciales, transgresivas, ideológicas, juegos de poder, etcétera).

En un montaje psicodramático con fines pedagógicos un grupo de alumnos elige dramatizar una primera reunión de "un grupo de obesos anónimos". Cada uno se presenta, dice por qué está allí, qué expectativas trae a esa actividad, etcétera. Al cerrar la reunión quien ha tomado el papel de coordinadora da alguna idea de cómo van a trabajar, explicita las normas de funcionamiento: frecuencia de reunión semanal, duración de la reunión, lugar de la institución donde se realizarán las reuniones, etc.; solicita puntualidad, recomienda pasar a pagar los aranceles por secretaría, se despide "hasta el martes que viene" y levanta la reunión. Quien coordina la dramatización solicita un soliloquio a los participantes, quienes en su

mayoría comentan aquello que esta última intervención de la coordinadora del grupo de obesos ha disparado. Algunos explicitan impresiones de protección, otros de molestia frente a la mención de aranceles, ilusión de estar en un buen lugar, sensaciones muy variadas de desconfianza, de encierro, de contención, etcétera. Cuando la dramatización finaliza y se abre la ronda de comentarios al respecto de los alumnos que habían estado observando el ejercicio psicodramático, sus intervenciones también se orientan mayormente en esa dirección. Algunos de los alumnos que se habían mantenido como observadores de la escena se sorprenden al registrarse a sí mismos implicados en la dramatización como si hubieran participado de la misma. También los asombra que una misma intervención de la coordinadora hubiera generado, tanto en los que dramatizaron como en los que observaron, impresiones tan dispares. Como puede observarse, quien tomaba el papel de coordinadora del grupo de obesos al explicitar las normas de funcionamiento crea las condiciones operativas mínimas que disponen la posibilidad de organizar el funcionamiento futuro del grupo de obesos. Este es sin duda un nivel de eficacia de esta normativa. Junto a estas normas se disparan otros efectos que en el ejercicio relatado toman forma explícita dado el soliloquio solicitado, pero que habitualmente pueden circular en forma implícita produciendo significaciones imaginarias donde se atraviesan diversas inscripciones.

Quiere resaltarse la coexistencia de posicionamientos singulares de los distintos integrantes. Que algunas impresiones pudieran cobrar cierto grado de generalidad o consenso en hipotéticas futuras reuniones no suprime las particularidades. Tampoco es condición para la construcción de significaciones imaginarias que las posiciones con respecto a ella por parte de los integrantes sean homogéneas. De los múltiples sentidos que los textos grupales disparan, los movimientos grupales suelen cristalizar algunos dando origen a los mitos, ilusiones y utopías de ese pequeño colectivo. Aun así esto no significa que se homogeneicen los posicionamientos; sólo sugiere que se han puesto en juego dentro del grupo actos de nominación, procesos de producción y apropiación de sentido, narrativas, metaforizaciones, etcétera. Es decir que *tal colectivo ha creado las condiciones para los pliegues y despliegues de sus acciones, sus rela-*

tos y sus afectaciones; sus invenciones y sus políticas, sus consensos y sus disensos.

La coordinación

El tema de la coordinación rebasa ampliamente el nivel explícito funcional, operando desde múltiples eficacias simbólico-imaginarias. Este punto invita a re-pensar dos problemas:

- la relación entre las formas de coordinación y sus posibles lugares de poder;
- la caracterización de los movimientos transferenciales en los grupos.

Con respecto al primer punto debe señalarse que los *posibles lugares de poder* que la coordinación ocupe varían según la forma de coordinación adoptada. Es importante aclarar que la mención de este posible lugar de poder no supone que éste sea el único lugar de poder dentro de un grupo ni el más significativo. Es sólo uno posible.⁴¹

En el punto E, "Lugar del coordinador", se ha señalado la importancia del descentramiento producido por el aporte de los dispositivos psicoanalíticos en el trabajo con grupos. Estos, al permitir la diferenciación de la coordinación de los juegos de liderazgos crearon las condiciones para superar gran parte de los efectos de sugestión y el tipo de violencia simbólica que caracteriza a sus mecanismos de inducción. Se puntualiza posteriormente que la devolución de los liderazgos al grupo debe ir acompañada de la elaboración por parte del coordinador de la renuncia al grupo desde el comienzo mismo de la actividad.

Estas sucesivas demarcaciones hicieron posible delimitar un lugar de la coordinación ya definitivamente diferenciado del perfil de coordinación que durante años había instituido la microsociología.

⁴¹ Para un análisis de las relaciones de poder en los grupos véase De Brasi, J. "Apreciaciones sobre la vivencia simbólica, la identidad y el poder", en *Lo Grupal* 3, Búsqueda, Buenos Aires 1986.

De aquel coordinador-líder a un coordinador-oráculo: sólo él sabe lo que el grupo dice cuando sus integrantes hablan.

Asimismo se toma en consideración otro descubrimiento que se opera en la actualidad demarcando otro espacio para el lugar de la coordinación y la función interpretante. Forma de interpretación que puntúa insistencias, interroga rarezas, resalta sinsentidos y paradojas. Lugar de coordinación que renuncia a un saber de certezas, evita el cierre de sentidos que las evidencias de verdad producen de manera tal de situar la coordinación en aquella posición que facilite la capacidad imaginante singular-colectiva.

Frente a esta manera alternativa que la coordinación adquiere es importante puntualizar algunas cuestiones. En primer lugar, no habrá de confundirse esta renuncia al saber de la certeza con vacilaciones o ambigüedades en las intervenciones de la coordinación. Renuncia a una forma de certeza y no abandono de la intervención interpretante. En segundo lugar —y en función de lo anterior— tal renuncia no exime a quien se posicione como coordinador de una formación específica en los conocimientos teóricos y técnicos que lo legitimen para su función.⁴² Está en juego aquí otra manera de intervenir, otra noción de interpretación. Es desde este replanteo que se diseña una coordinación jugada desde otro lugar. Para ello se hace necesario una observación permanente, por parte del coordinador, de su lugar y una rigurosa formación especializada en grupos.

¿Por qué esta insistencia en no fijar sentidos desde la coordinación? La renuncia al saber de la certeza se funda, sin embargo, en una certidumbre. Aquella que otorga a las gestiones de los colectivos humanos la capacidad de imaginar y transitar sus propios senderos. Senderos a inventar en los cursos y recursos de su *dimensión ilusional*: repliegues en sus ficciones y despliegues de sus acciones, a partir de sus utopías.⁴³ Doble e incesante movimiento que novelará sus relatos, caracterizará sus prácticas y los implicará en la Historia.

⁴² Fernández, A.M. "¿Legitimar lo grupal? Contrato público y contrato privado", en *Lo Grupal* 6, Búsqueda, Buenos Aires, 1988.

⁴³ Obsérvese que se ponen en juego aquí dos instancias de la dimensión ilusional, aquella que promueve sus aspectos más ficcionales y aquella productora de utopías. Es importante hacer esta distinción dada la fuerza que ha tenido en nuestro medio la tendencia a reducir lo ilusional a los engaños de la imaginación.

Con respecto a la *caracterización de los movimientos transferenciales en los grupos* es obvio que la coordinación produce efectos de eficacia induciendo y ofreciéndose para la producción de amplios y variados movimientos transferenciales.⁴⁴ Pero es importante detenerse un momento en este punto porque no sólo se mueven aquí —como se apuntaba líneas arriba— movimientos transferenciales, en el sentido psicoanalítico que habitualmente se da a este término. En realidad en la figura del coordinador no sólo se transfieren imagos familiares, sino también transferencias institucionales; así muchas veces éste es vivido como el "representante" de la institución donde el grupo inscribe su práctica. Y lo que es más, estas transferencias institucionales *no necesariamente actualizan familiarismos edípicos* sino que transfieren dimensiones actuales del conflicto social. Este criterio amplio de transferencia suele quedar en invisibilidad en la lectura de los acontecimientos grupales; cuando así sucede se produce un particular reduccionismo; este "*familiarismo transferencial*" *suele convertirse en uno de los principales instrumentos tecnológicos de los grupos-islas*. Se instrumenta allí una noción de fantasma "privatizado", es decir vaciado de sus posibles afectaciones institucionales, sociales y políticas.⁴⁵ De tal forma, se crean las condiciones para descontextuar al grupo; para que esto sea posible ha sido necesario *denegar las dimensiones institucionales y socio-políticas*, es decir, *lo público*. Pero, si el contexto es texto grupal, en realidad, de-textúan, es decir vacían, exilian, desterritorializan del propio grupo la dimensión socio-institucional que late en él —pese a todo— permanentemente.

¿Qué dimensión es así exiliada, desterritorializada, denegada? Se deniega lo que ilusoriamente se ha puesto en un "afuera" grupal, invisibilizando o interpretando familiarísticamente problemáticas tan específicas como por ejemplo los juegos de poder dentro del grupo y/o en relación a la institución, la problemática del dinero, los conflictos surgidos en función de los niveles de apropiación de los

⁴⁴ Albizuri de García Olga "La transferencia en grupos psicoterapéuticos de Psicodrama Psicoanalítico", *Revista Argentina de Psicología y Psicoterapia de grupo*, TomoXI, nº 3-4, Buenos Aires, 1988

⁴⁵ Deleuze, G. y Guattari, F. *El Anti-Edipo*, Barral, Barcelona, 1972.

bienes simbólicos y materiales que un grupo produce, los aspectos transformadores de los movimientos instituyentes grupales, fermento transformador y no mera transgresión a los equivalentes simbólicos de la prohibición del incesto.⁴⁶ En síntesis, *se exilia la política de los grupos —su política— familiarizando, edipizando sus rebeliones y sus sumisiones.*

La propia existencia grupal implica para subsistir reglas y obligaciones, lleva en sí la violencia que los dispositivos de las Relaciones Humanas han enmascarado, o que ciertas narrativas psicoanalíticas han reducido a espejismos edípicos. La emergencia de la irreductible violencia, cuando se vuelve visible a sus integrantes, define la dimensión política del grupo, es decir, la dimensión de sentido con respecto al poder, cuyo ejercicio puede llevarse a cabo a través de diversas figuraciones y modalidades: la propiedad de los bienes —sean materiales o simbólicos—, la economía de los intercambios, la localización de las instancias normativas ideales, los valores cognoscitivos, etc.⁴⁷ El sentido se aliena en estas configuraciones ya que la política es —entre otras cosas— la incesante reapropiación tanto del sentido como de los puntos en los que se articula la alienación del sentido para cada cual. De alguna manera, cuando se invisibiliza la política de los grupos —sus propios juegos de poder— familiarizando, edipizando sus rebeliones y sumisiones, tras un aparente tecnicismo aséptico se ejerce una violencia: *la apropiación de sentido, que politiza, despolitizando su lectura.*

El contrato o la edad del capitán

“En un barco hay 26 ovejas y 10 cabras. ¿Cuál es la edad del capitán?” En una investigación realizada con alumnos que oscilan entre 6 y 12 años en escuelas primarias francesas⁴⁸ de 97 alumnos, 67

⁴⁶ Saidon, O. “Grupos, teoría y técnica”, en G. Barembli (comp.), Ibrappsi, Rio de Janeiro, 1983.

⁴⁷ Kaës, R. *El aparato psíquico grupal*, Gedisa, Barcelona, 1977.

⁴⁸ Chevallard, I. *Remarques sur la notion de Contrat Didactique*, IREM, D’Aix, Marseille. Facultad de Ciencias Sociales de Luminy. (Agrazeczo a J.A. Castorina haber facilitado este material.)

respondieron la posible edad del capitán realizando operaciones con los números del enunciado. Frente a esta respuesta “absurda” a un problema absurdo los investigadores construyeron luego una lista de problemas del mismo tipo agregándoles una pregunta: “¿Qué piensas tú del problema?” De 171 alumnos encuestados, 121 respondieron, sin expresar duda sobre las características del problema planteado por el docente. Algunos reconocen que el problema es un poco tonto o raro, pero no dudan en la validez del mismo y rápidamente entregan su respuesta.

¿Qué sostiene este absurdo?

El tipo de problema planteado pone dos lógicas en conflicto: la lógica del pensamiento operatorio de los niños, y la lógica del contrato didáctico. Una profana, lógica natural, la otra sagrada, ritual, que está inserta en la trama del contrato. Sagrada en tanto organizada en el ritual escolar, profana en tanto abandonada en la puerta de la clase.

Como puede observarse se necesita una intervención disruptiva —el problema “absurdo”— para que las dimensiones del contrato didáctico cobren visibilidad. De lo contrario, está ahí operando como un verdadero organizador institucional, —pero también— subjetivo de las prácticas de alumnos y docentes en la escuela.

El contrato didáctico rige la interacción didáctica entre el maestro y el alumno a propósito en un saber; los contratantes despliegan sus prácticas en una institución inventada a tal efecto. El contrato organiza para los contratantes —dice Chevallard— una *Weltanschauung* particular, una visión del mundo: didáctica, excluyente y en varias maneras extraña a la visión del mundo donde evolucionan los individuos ordinariamente; *se instaure allí una cierta concepción de las cosas del mundo pedagógico que no son las mismas fuera de ese mundo.* En tal sentido, para comprender el problema de la edad del capitán es necesario pensarlo a partir del *sistema generador de sentido que constituye el contrato didáctico.*

Sorprendente investigación. En nuestro campo también el contrato grupal al explicitar las normas de funcionamiento establece un acuerdo entre las partes, un código y sus rituales. Esta es su dimensión explícita funcional; a partir de ella se disparan diversas significaciones imaginarias (ver ejemplo de dramatización de obe-

sos anónimos). Nunca está todo dicho en un contrato. Sus dimensiones no dichas, implícitas, operan sus efectos en latencia. A partir de allí puede inferirse que en el contrato grupal —podría hacerse esto extensivo a los contratos “psi”— se instala también una cierta concepción de las cosas que no son las mismas fuera de ese mundo, es decir se produce un sistema de significaciones que construye —y da sentido— al contrato grupal.

Es importante no apurar maniqueísmos y saltar a imaginar posibilidades de agrupamientos por fuera de contratos. Así como sin contrato didáctico no hay enseñanza ni aprendizaje posibles, no pueden pensarse dispositivos grupales por fuera de contratos. Estos normativizan enunciados y prácticas —como también sus lógicas— estableciendo qué es pertinente en determinada inscripción institucional y qué no lo es. Por lo tanto, al demarcarlo, hacen posible el campo de intervención.

De todas formas *¿cuál será la edad del capitán en nuestros contratos “psi”?*

ADDENDA

EL CAMPO GRUPAL: CURA E IMAGINARIO SOCIAL*

El universo de la significación clausura toda posibilidad de acceso a la singularidad del sentido.

Jean Oury

I

El campo grupal se despliega en la compleja labor de desmontar dos ficciones, siempre recurrentes: la ficción del individuo (sujeto indiviso de conciencia) que impide pensar cualquier plus grupal, y la ficción del grupo como intencionalidad que permite imaginar que tal plus grupal radicaría en que ese colectivo —como unidad— posee intenciones, deseos y sentimientos.

El análisis crítico de tales ficciones implica la revisión permanente de los paradigmas teóricos y de las prácticas grupales que se instituyen.

Esta permanente revisión de los criterios teóricos y de los dispositivos diseñados ha constituido una constante epistémica de nuestro trabajo con grupos. Desde tal perspectiva se abordan en esta ponencia una serie de consideraciones sostenidas desde una interrogación: *¿qué instituímos cuando instituímos grupos?*

Los dispositivos grupales, en tanto espacios tácticos pueden diseñarse e implementarse de maneras muy diferentes.

Si por cura entendemos aquel operador conceptual —pero también ético— que ha permitido desmarcar las intervenciones “psi”

* Ponencia presentada en el V Congreso Metropolitano de Psicología. Buenos Aires, 1989.

de los discursos y dispositivos médicos de la curación, pero también aquel conjunto de nociones que permiten interrogar a una intervención "psi" por sus eventuales efectos de sugestión, supresión de síntomas, ortopedias del yo, maternajes terapéuticos, etc., la problemática de la cura abre en el campo grupal varias cuestiones específicas. Si bien tales cuestiones suelen hacerse más evidentes en el diseño del lugar de coordinador, atraviesan todo el dispositivo grupal.

El lugar de la coordinación se instituye desde la renuncia al liderazgo y al saber-certeza de lo que en un grupo acontece. Implica, por ende, crear condiciones para superar los efectos de sugestión y el tipo de violencia simbólica que caracteriza a sus mecanismos de inducción. Sus intervenciones puntúan insistencias, interrogan rarezas, resaltan sinsentidos y paradojas de manera tal que al interrogar el universo de significaciones circulantes, crea condiciones de acceso a la singularidad de sentido.

La cuestión de la articulación singular-colectivo que supera la antinomia individuo-grupo, como la redefinición de la latencia grupal como aquello que late-insiste en los pliegues de la superficie, permiten sortear algunos lugares comunes en las prácticas grupales, tales como interpretar al grupo, leer estructuras subyacentes, buscar un inconsciente grupal, etcétera. Asimismo evita sobreimpresiones de efecto-masa, que en realidad, más que una característica esencial o inherente a los dispositivos grupales, es un efecto producido por un tipo particular de coordinación que confunde lo colectivo con lo homogéneo y busca lo idéntico donde debería encontrar resonancias de singularidades.

Cuando los dispositivos grupales trabajan con montajes de escenas (psicodrama psicoanalítico) se vuelve imprescindible un trabajo que evite la escena como catarsis, expresión de sentimientos y/o exhibición, es decir, es necesario desmontar aquellas significaciones que vuelven sinónimos cura y descarga. Festivales narcisistas, coordinador-mago, animadores grupales, son las denominaciones con que algunos colegas¹ han caracterizado estas formas de

¹ Albizuri de García, Olga. "Riegos del grupalismo y del psicodramatismo". Gili, Edgardo, Percia, Marcelo. "El riesgo del psicodramatismo. Apuntes para un debate interno". En *Rev. Arg. de Psicodrama y Técnicas Grupales*, nº 4, Buenos Aires, 1987.

trabajo con grupos con las que venimos polemizando hace mucho tiempo.

Estas sinonimias suelen apoyarse en ideologías que valoran la espontaneidad y la creatividad fruto de los "buenos" vínculos, soslayando en relaciones humanas no conflictivas la irreductible violencia.

La preocupación con respecto al montaje de dispositivos grupales eficaces en disponer condiciones para la gestión y la producción colectiva *versus* la manipulación y la sugestión de los colectivos humanos —bien denunciada hace ya tiempo por Pontalis—, es un debate teórico-técnico, pero también ético, de absoluta vigencia en el campo grupal. Así, muchos trabajos de elucidación sobre el lugar del coordinador sostienen este tipo de interés: cómo crear, desde la coordinación, condiciones de posibilidad para la producción colectiva, cómo evitar deslizarse hacia la sugestión, la manipulación; en síntesis, cómo no inducir. Estas indagaciones se despliegan a partir de una convicción. Aquella por la cual los pequeños grupos son pensados como espacios virtuales de producción colectiva. En tal sentido el coordinador no es quien descifra o traduce una verdad oculta, sino alguien interrogador de lo obvio (universo de significaciones). Provocador o disparador, pero no propietario de las producciones colectivas, alguien que más que presenciar el desfile de juegos especulares en un escenario grupal, se implica *al abrir condiciones para que, desde el universo de significaciones que circulan en un grupo, se acceda a diversas singularidades de sentido.*

En síntesis, posición que vacila en su neutralidad, pero insiste en ella permitiendo identificaciones y transferencias en red.

La complejidad del lugar del coordinador, como la especificidad teórico-técnica de los dispositivos grupales, hace necesario un proceso de formación del coordinador, que no siempre suele visualizarse en su complejidad. Para sostener un posicionamiento de coordinador de grupo es necesaria una formación específica, y no agregar algunas técnicas o juegos a la formación preexistente. Incluye, junto a formación teórica multidisciplinaria, una experiencia prolongada en un grupo terapéutico o de formación; adquirir el oficio de la coordinación supone tanto el pasaje por experiencias grupales como formación teórica específica.

Las formas de coordinación criticadas líneas arriba suelen ser satisfactorias fallidas por falta de formación especializada.

Estos son algunos de los requisitos de confiabilidad que, desde la perspectiva que aquí se supone, es necesario instrumentar al diseñar dispositivos grupales. Tales requisitos no son excluidos de los diseños grupales en el área de la clínica. Muy por el contrario, son condiciones de formación y coordinación de todo dispositivo grupal. En tal sentido, otro requisito que podría agregarse a los ya enunciados es que quien instrumentaliza este tipo de prácticas, junto al entrenamiento de pensar en escenas, va organizando una particular disposición: la producción permanente de diferentes diseños de intervención. Esta capacidad imaginante implica el desarrollo de otra disposición: la elucidación crítica de los instrumentos que se instituyen evitando su autonomización en una pragmática.

Si estos requisitos son inherentes a todo dispositivo grupal que sostenga las prioridades antes señaladas, la dimensión institucional —ese impensable de los grupos, al decir de Lapassade— atraviesa sus producciones marcando de manera particular sus formaciones. En tal sentido, se hace necesario señalar que la inscripción institucional en la que un dispositivo grupal despliega sus acciones y sus ficciones produce efectos que si bien una “dinámica de grupos” invisibilizó, hoy han permitido importantes reflexiones teóricas y técnicas.

Estas son —en muy apretada síntesis— algunas de las líneas de debate que se despliegan hoy en el interior del campo grupal en los avatares de su legitimación.

II

Otro punto que interesa abordar en esta ponencia se refiere a la implementación de dispositivos grupales clínicos en servicios hospitalarios.

Dicha implementación no se agota con “abrir grupos psicoterapéuticos”. Los grupos en serie o serie de grupos resuelven sólo un problema: la cantidad de pacientes abordados, pero no la calidad y

continuidad de las prestaciones. Si la oferta es grupal, para que ella sea efectiva debe asentarse en una *organización también grupal*.² Es decir que el conjunto de profesionales involucrados se instituya como equipo, esto es que diseñe colectivamente los dispositivos a implementar, evalúe su desarrollo, trabaje como conjunto en sus actividades de formación, analice las demandas que recibe, elabore sus estrategias y políticas institucionales con otros servicios y con la comunidad, participe de la gestión de las políticas en salud, etcétera.

La institución de equipos hospitalarios debería tender a una integración multidisciplinaria, donde si no priva una noción restringida de su lugar institucional, enfermeros y asistentes sociales juegan un papel destacado. Esto implica, por supuesto, re-pensar las territorializaciones —muchas veces excesivas—, de nuestra práctica.

Un equipo supone, asimismo, la periódica institución del mismo como grupo, creando un espacio para pensarse a sí mismo en sus logros y dificultades, en sus conflictos, en sus atravesamientos, políticas, etc. Es importante diferenciar esta propuesta de algunas concepciones que estimulan un grupismo en los equipos y que tiende a producir narrativas afectivo-familiaristas del acontecer de los mismos.

Cuando algo de todo esto logra implementarse, es interesante constatar que los equipos adquieren una dinámica muy particular donde inventan diseños de intervenciones de todo tipo: grupos de admisión, trabajos comunitarios, grupos de reflexión, asambleas de sala, grupos de lectura de diarios, talleres expresivos, actividades de huerta, etcétera. Las supervisiones en dispositivos psicodramáticos colaboran sustancialmente en esta modalidad.³ Se crean mejores condiciones para escuchar demandas de la comunidad más abarcativas que lo asistencial y, si el territorio no se ha compartimentado con excesiva violencia, se establecen relaciones con otros servicios de interés mutuo.

² Fatale, Nelly. “Psicodrama en Instituciones: Perpetuación o Transformación” Mesa Redonda. *Rev. Arg. de Psicodrama y Técnicas Grupales*, n° 3, Buenos Aires, mayo 1988.

³ Fatale, Nelly. *Op. cit.* También Kononovich, B. “Psicodrama comunitario con psicóticos”, Amorrortu, Buenos Aires, 1981.

En síntesis, interesa subrayar dos ideas:

- una oferta de grupos, presupone una organización grupal del servicio;

- tal oferta y tal organización diseñan sus dispositivos, sus necesidades de formación, a partir de la especificidad de la institución donde inscriben sus prácticas.

Para transformar estos lineamientos generales en el cotidiano de un servicio, las dificultades son de todo tipo; desde aquellas más generales que implican desmarcarse de fuertes pautas de la cultura hospitalaria, donde oferta y demanda se sostienen desde criterios de curación, pasando por la inestabilidad de los equipos por concurrencias *ad honorem*, las inercias burocráticas, la falta de presupuesto, etcétera.

Junto a estas dificultades generales quiere subrayarse un obstáculo particularmente efectivo en la organización grupal de los servicios: un peculiar imaginario "psi" que vuelve invisible lo específico del espacio público y trata de re-producir en espejo los dispositivos y contratos privados.⁴

III

Antes de comenzar a desarrollar las reflexiones al respecto, se hace necesario demarcar el uso que se da al término imaginario en esta ponencia. Tal término no se utiliza aquí en su acepción psicoanalítica. Por el contrario, se trabaja con la acepción que en los últimos años va adquiriendo en Historia y Ciencias Sociales.

¿A qué se alude con el término Imaginario Social? Este término, de uso frecuente pero ambiguo en la Historia de las Mentalidades, es precisado por C. Castoriadis⁵ para referirse al conjunto de signi-

⁴ Vélez de Gallegos, Edith. "Algunas reflexiones acerca de los obstáculos al intercambio en el ámbito institucional", *Rev. Arg. de Psicodrama*, n° 2, Buenos Aires, 1987. También Fernández, Ana M. "¿Legitimar lo grupal? (Contrato público y contrato privado)", en *Lo Grupal* 6 Búsqueda, Buenos Aires, 1988.

⁵ Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona, 1983. También *Domaines de l'homme. Les carrefours du Labyrinthe*, Du Seuil, Paris, 1986. Véase Cap. VII.

ficciones por las cuales un colectivo, un grupo, una sociedad, se instituye como tal, inventando no sólo sus formas de relación social y sus formas contractuales, sino también sus figuraciones subjetivas. Así, por ejemplo, la Antigüedad, para instituir la esclavitud, tuvo que inventar, imaginar, que un grupo de personas fueran percibidas como animales. En tal sentido, la esclavitud —como otras figuras de la Grecia antigua: el ciudadano, la polis, etc.— conforman el conjunto de significaciones imaginarias que instituyeron la sociedad democrática griega como tal, estipulando lo permitido y lo prohibido, lo valorado y lo devaluado, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo.

Lo imaginario social cuenta con mitos, rituales y emblemas (lo imaginado o imaginario efectivo) que tienden a la reproducción de tal instituido y, por tanto, permiten *anudar el deseo al poder*, e instancias instituyentes que darán lugar a prácticas transformadoras y diseñan las utopías (lo imaginario radical) en tanto conjuntos de deseos *no anudados al poder*.

IV

El imaginario "psi" al que hacemos referencia produce sus contratos, dispositivos rituales y emblemas invisibilizando la especificidad del público. En tanto re-produce en espejo el privado —se trata de que los tratamientos hospitalarios se parezcan lo más posible a los abordajes privados— se produce una inevitable *degradación* de contratos y dispositivos privados.

Esta degradación pareciera que no llega a constituir un eje de preocupación, ya que tales prácticas —de todos modos— forman parte de los actos de legitimación necesarios para la institución de la emblemática profesional y posibilitan un entrenamiento que, si bien beneficiará al usuario privado más que al hospitalario, van otorgando un saber-hacer del profesional "psi" considerado básico. Como el Estado sostiene desde siempre la salud mental en la Argentina con un voluntariado *ad honorem* —somos aves de paso, decía un concurrente— se incluye activamente en tal particular pacto entre el privado y el público.

Como consecuencia de ello al denegarse la especificidad del espacio público, se despilfarran aquellas potencialidades y posibilidades que éste ofrece; al no existir en el privado se transforman en impensables o su rechazo los vuelve inviables.

Este imaginario profesional que reduce el despliegue de su capacidad imaginante (*imaginario radical*) a la reproducción de rituales y emblemas válidos para otro espacio (*imaginario efectivo*), debe encontrar alternativas que permitan sostener las tensiones y contradicciones que tal denegación con sus consecuencias (degradación-despilfarro) producen.

En tal sentido sostiene sus tensiones a través de un proceso de reducción semiológica de sus referentes teórico-técnicos por el cual se establecen complejos procesos de *autonomización de sus códigos*.⁶ Se organizan varios mecanismos que, si bien en algún posible momento fundacional podrían actuar por separado, operan generalmente en forma global (se los distingue meramente a los efectos de su mejor comprensión):

a) Institución de un sistema de significaciones que tiene la particularidad de formarse en un conjunto de *oposiciones distintas*. De esta manera toda práctica o propuesta de trabajo es evaluada en función de este sistema de oposiciones; lo que se organiza entonces es un *proceso de significación*: institución de un conjunto de significaciones imaginarias que establecen lo permitido y lo prohibido, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, las prácticas legitimadas y aquellas que deben sancionarse en su transgresión.

b) Pero este sistema de oposiciones que establece la significación no es neutro; siempre jerarquiza en privilegio de uno de los términos del sistema de oposiciones. Se establece un *proceso de discriminación*. Es importante aclarar que la significación no implica necesariamente procesos de discriminación jerarquizada (sí de diferencia) pero que, por el contrario, la discriminación jerarquizada supone siempre la función/signo reductora de las significaciones.

⁶ Baudrillard, Jean. "Fetichisme et ideologie: la reduction semiologique", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, N° 2, Paris, 1970.

c) Estos procesos de significación y discriminación conducen a una autonomía formal de los sistemas de signos: *autonomización del código*. Los referentes así autonomizados trabajan sobre sí mismos, permitiendo que tal trabajo se realice sobre un material homogéneo-homogeneizado que la autonomización del código hizo posible.

d) La reducción semiológica genera una función de coherencia, sutura de contradicciones y limitaciones. Allí radica su poder de fascinación: se instituye la *fetichización del código*.

Es interesante la observación que realiza Baudrillard al respecto. Plantea que el efecto de fascinación no es producido por virtudes intrínsecas del código, sino porque el sistema de significaciones que establece permite "olvidar las diferencias".

Esta totalización permite no sólo olvidar las diferencias fetichizando el código, sino que —al mismo tiempo— en su reproducción especular funda y perpetúa hegemonías y discriminaciones reales.⁷

Opera desde lo imaginario efectivo, *instituyendo las significaciones imaginarias en un universo que clausura —una vez más— el acceso a la singularidad del sentido*. Opera así desde aquella dimensión imaginaria que anuda el deseo al poder.

V

Retomando lo planteado en el punto II, una oferta de grupos presupone una organización grupal del servicio. Esta hace posible el diseño de dispositivos de trabajo y planes de formación en virtud de las características de la institución donde inscribe sus prácticas. Si esto es así, se vuelve imprescindible incluir en nuestro instrumento de trabajo la reflexión y acción en relación a las organizaciones hospitalarias y a las características de las regiones de la comunidad que utilizan los servicios hospitalarios a los que concurrimos.

⁷ Baudrillard, Jean. *Op. cit.* También De Brasi, J.C. "Crítica y transformación de fetiches", en *Lo Grupal 6*, Búsqueda, Buenos Aires, 1988.

Si bien en la historia de sus abordajes hospitalarios, las intervenciones “psi” —en general— se han delimitado a sí mismas en su diferenciación de las formas y valores médicos de operar con el sufrimiento —y esto ha sido posible en función de la noción de cura operando como organizador— todavía se nos presentan algunas confusiones que es necesario trabajar y debatir.

Dos son las características de la Argentina hoy que hacen más necesarios estos debates. Por una parte, la continuidad democrática, que más allá de sus inconsistencias y debilidades permite otra articulación entre una comunidad profesional y el Estado. Esto hace posible y necesaria nuestra participación en la planificación de políticas en salud. Por otra parte, la crisis económica, de una dimensión que es difícil imaginar aún, va configurando un angustiante perfil de patologías en relación a la violencia y a la carencia extrema para lo cual, bueno es reconocerlo, estamos poco preparados.

Volviendo a la primera cuestión, ¿cuál es el lugar de los “psi” en la planificación de políticas en salud?, ¿cuál es su lugar, esto es, *qué debe hacer* por ejemplo en un servicio de psicopatología infantil en relación a otra institución, la escuela, derivadora de fracasos escolares?, ¿qué acciones “psi” implementar, más allá de “atender el caso”? Obsérvese que transformar a ese niño en paciente, y por lo tanto “ponerlo en tratamiento”, supone obturar muchas cuestiones al mismo tiempo. Otra vez: *un universo de significaciones clausura la posibilidad de captar la singularidad del sentido.*

Si no pensamos el lugar social y político de los “psi” —más allá de las preferencias personales— en la planificación de políticas en salud, si no pensamos su lugar frente a diversas demandas de la comunidad, más allá de lo asistencial, si restringimos nuestros dispositivos a la asistencia de pacientes, aunque ésta cubra todos los requisitos teórico-técnicos, el fantasma de la noción médica de curación que habíamos echado por la puerta grande de la conceptualización teórica, vuelve a colarse por la pequeña pero implacable ventana de las prácticas cotidianas.

INDICE

<i>Prólogo de uno incluido como lector en el texto</i> “El campo grupal. Notas para una genealogía”.	
Armando Bauleo	9
<i>Introducción</i>	17
A. Para una elucidación crítica del campo grupal	17
B. Una manera de leer, una manera de pensar	21
C. Los tres momentos epistémicos	24
<i>I El vocablo grupo y su campo semántico</i>	29
A. Producción histórica del vocablo grupo	29
B. Líneas de significación	30
C. Referentes etimológicos	32
D. Primeras puntuaciones antes de avanzar	35
<i>II Lo singular y lo colectivo</i>	37
A. Antinomia individuo-sociedad	37
B. Espacios	40
C. La relación grupo-sociedad	51
D. La categoría de intermediario	53
E. Problema epistémico	56
<i>III La demanda por los grupos</i>	61
A. La ilusión de los orígenes	61
B. La dinámica de grupos	63

C. Criterios epistémicos de Kurt. Lewin	66
D. Primer momento epistémico: el todo es más que la suma de las partes	69
E. Análisis de la demanda	72
F. El nacimiento de lo grupal	78
IV Hacia una clínica grupal	83
A. Primeros dispositivos grupales terapéuticos	83
B. Aplicaciones iniciales del psicoanálisis a los grupos	88
C. El todo no lo es todo	91
D. Del líder al oráculo	99
V El segundo momento epistémico	101
A. Cierta especificidad grupal (la noción de supuestos básicos)	101
B. El segundo momento epistémico: los organizadores grupales	107
C. El encargo a Bion y su producción teórica	108
VI Los organizadores fantasmáticos	113
A. Hacia la enunciabilidad de los organizadores fantasmáticos	113
B. Problemas de demarcación	121
C. Tercer momento epistémico: El agotamiento del objeto discreto	131
VII El nudo grupal	135
A. Lo grupal como campo de problemáticas	135
B. Un número numerable de personas (cuerpos discernibles)	140
C. La relación texto-contexto grupal	146
D. La latencia grupal	152
E. Lugar del coordinador	156
F. La dimensión institucional de los grupos	158
G. Algunos impensables	163
<i>Addenda</i>	
El campo grupal: cura e imaginario social	171

Colección Psicología Contemporánea

Aragónés, Raúl J.: El narcisismo como matriz de la teoría psicoanalítica
Baremlitt, Gregorio: Saber, poder, quehacer y deseo
Bleger, José: Psicoanálisis y dialéctica materialista
Bleichmar, Hugo: Introducción al estudio de las perversiones
Bleichmar, Hugo: El narcisismo
Bleichmar, Hugo: La depresión. Un estudio psicoanalítico
Braier, Eduardo: Psicoanálisis. Tabúes en teoría de la técnica. Metapsicología de la cura
Braier, Eduardo: Psicoterapia breve de orientación psicoanalítica
Castoriadis, Cornelius: El psicoanálisis, proyecto y elucidación
Certcov, Daniel: Psicopatología general dialéctica
Cyrułnik, Boris: Los alimentos afectivos: Violencia, incesto, ancianos, rituales
Fiorini, Héctor J.: Teoría y técnica de psicoterapias
Fiorini, Héctor J.: Estructuras y abordajes en psicoterapias psicoanalíticas
Flem, L.: El hombre Freud
García Arzeno, María E.: Nuevas aportaciones al psicodiagnóstico clínico
García Arzeno, María E.: Reflexiones sobre el quehacer psico-diagnóstico
Grassano, E.: Indicadores psicopatológicos en técnicas proyectivas
Harari, Roberto: Discurrir el psicoanálisis

Herrmann, Fabio: **Clínica psicoanalítica - El Arte de la Interpretación**

Kogan, A. Aisenson: **Introducción a la psicología**

Kogan, A. Aisenson: **Propuestas en psicoterapia**

Maldavsky, D.: **Investigaciones en procesos psicoanalíticos. Teoría y métodos.**

Maldavsky, D.: **Judeidad. Modalidades subjetivas**

Maldavsky, D.: **Lenguaje, pulsiones y defensas**

Maldavsky, D.: **Lenguajes del erotismo**

Maldavsky, D.: **Sobre las ciencias de la Subjetividad. Exploraciones y conjeturas.**

Mannoni, Octave: **Freud. El descubrimiento del inconsciente**

Masud R. Khan, M.: **Alienación en las perversiones**

Mercader, Patricia: **La ilusión transexual**

Morel, Denise: **Las familias de creadores. Portar un talento. Portar un síntoma**

Olivier, Christiane: **Los hijos de Orestes, o la cuestión del padre**

Paz, José Rafael: **Psicopatología. Sus fundamentos dinámicos**

Rodrigué, Enrique y Tahin Lopes, S.: **Un sueño de final de análisis**

Rogers, Carl R.: **Terapia, personalidad y relaciones interpersonales**

Roitman, Clara R.: **Los caminos detenidos. Del desarrollo psíquico a la defusión pulsional**

Rosfelter, P.: **El nacimiento de una madre. Bebé blues**

Salas, Olga: **La femineidad. Una revisión de la fase fálica**

Sauri, Jorge (comp.): **Las fobias**

Sauri, Jorge (comp.): **Las histerias**

Sauri, Jorge (comp.): **Las obsesiones**

Segal, Hanna: **Sueño, fantasma, arte**

Siquier de Ocampo, M.L. y otros: **Las técnicas proyectivas y el proceso psicodiagnóstico**

Speier, Anny: **Los sueños. Simbolismo y terapia**

Taragano, Fernando: **Identificación psicológica del paciente. Metodología de investigación**

Tort, Michel: **El deseo frío. Procreación artificial y crisis de las referencias simbólicas**

Psicología social y grupal

Baudes de Moresco, M.: **Grupos operativos**

Baudes de Moresco, M.: **¿Grupo o psicoanálisis?**

Bendersky, Nora: **¿Es posible disfrutar del matrimonio?**

Billett, Laura F.: **H.I.V.- S.I.D.A. La época de inmunodeficiencia**

Bleger, José: **Temas de psicología (entrevistas y grupos)**

Cochrane, R.: **La creación social de la enfermedad mental**

Fernández, Ana: **El campo grupal (Notas para una genealogía)**

Fernández Mouján, O.: **Crisis vital. Un modelo transformador en psicoanálisis y psicología social**

Hooper, Carol-Ann: **Madres sobrevivientes al abuso sexual de sus niños**

Komblit, Ana L. y otros: **Estudios sobre la drogadicción en la Argentina. Investigación y prevención**

Maisonneuve, Jean: **La dinámica de los grupos**

Neri, Claudio: **Grupo. Manual de psicoanálisis de grupo**

Orsi, Alfredo: **Actitudes y conducta. Algo más que Psicología Social**

Palmonari, Augusto y Zani, B.: **Psicología social de la comunidad**

Pichon-Rivière, Joaquín y colab.: **Diccionario de términos y conceptos de psicología y psicología social**

Pichon-Rivière, Enrique: **El proceso creador**

Pichon-Rivière, Enrique: **El proceso grupal**

Pichon-Rivière, Enrique: **La psiquiatría. Una nueva problemática**

Pichon-Rivière, Enrique: **Psicología de la vida cotidiana**

Pichon-Rivière, Enrique: **Teoría del vínculo**

Videla, Mirta: **Maternidad, mito y realidad**

Videla, M., A. Grieco: **Parir y nacer en el hospital**

Psicología del niño y el adolescente

Békei, Marta: **Trastornos psicósomáticos en la niñez y en la adolescencia**

Brün, Danièle (comp.): **Pediatría y psicoanálisis**

Cordié, A.: **Un niño psicótico**

Cordié, A.: **Los retrasados no existen: psicoanálisis de niños con fracaso escolar**

Dunn, Judy: **Los comienzos de la comprensión social**

Eliacheff, Caroline: **El cuerpo y la palabra. Ser psicoanalista con los más pequeños**

Eliacheff, Caroline: **Del niño rey al niño víctima - Violencia familiar e institucional**

Fava Vizziello, G., C. Zorzi, M. Bottos (comp.): **Los hijos de las máquinas. La vida de los niños internados en terapias intensivas neonatales**

Fejerman, N. y Fernández Alvarez, E.: **Fronteras entre neuro-pediatría y psicología**

Fernández Mouján, Octavio: **Abordaje teórico y clínico del adolescente**

Jerusalinsky, Alfredo: **Psicoanálisis del autismo**

Jerusalinsky, Alfredo: **Psicoanálisis en problemas del desarrollo infantil - Edición ampliada**

Laznik - Penot, M. Ch.: **Hacia el habla - Tres niños autistas en psicoanálisis**

Lebovici, S. y Kreisler, I.: **La homosexualidad en el niño y en el adolescente**

Levin, Esteban: **Discapacidad - Clínica y educación - Los niños del otro espejo**

Levin, Esteban: **La clínica psicomotriz. El cuerpo en el lenguaje**

Levin, Esteban: **La función del hijo - Espejos y laberintos de la infancia**

Levin, Esteban: **La infancia en escena. Constitución del sujeto y desarrollo psicomotor**

Mannoni, Maud: **El niño, su "enfermedad" y los otros**

Mathelin, Catherine: **La clínica psicoanalítica con niños**

Mathelin, Catherine: **Clínica Psicoanalítica en bebés prematuros - La Sonrisa de la Gioconda**

Neves, N., Hasson, A. (comp.): **Del suceder psíquico. Erogeneidad y estructuración del yo en la niñez y la adolescencia**

Romano, E. M.: **Psicopatología Infantil y Psicoanálisis - La Clínica**

Rondal, Jean. A.: **Desarrollo del lenguaje en el niño con síndrome de Down. Manual práctico de ayuda e intervención**

Tallis, J., y Soprano, A.M.: **Neuropediatría. Neuropsicología y aprendizaje**

Los casos de Sigmund Freud

El hombre de los lobos

El caso Schreber

El hombre de las ratas

Divulgación

Jocelyne Robert: **Mi sexualidad**

¿Cómo abordar la sexualidad en el niño?

¿Qué decir? ¿En qué momento?

¿Con cuáles palabras? ¿Cómo reaccionar ante sus preguntas?

De 0 a 6 años.

De 6 a 9 años.

De 9 a 12 años.

Jocelyne Robert: **Para jóvenes enamorados. Por una sexualidad responsable**

Educación sexual para adolescentes.

Anticoncepción, homosexualidad, sida.

Esta edición de 1.500 ejemplares
se terminó de imprimir en abril de 2005
en Impresiones Sud América
Andrés Ferreyra 3767/69 , Buenos Aires